



EXCMO. SR. D. HONORIO CORNEJO
Ministro de Marina en el actual Gobierno español, retratado por el ilustre pintor José Ramón Zaragoza

UN LIBRO FUNDAMENTAL

«NOTAS DE UNA VIDA»

La actualidad literaria de mayor relieve, tal vez porque es algo más que puramente literaria, está en el libro que con el nombre de «Notas de una vida» ha comenzado á publicar el conde de Romanones, y del que el primer tomo, único aparecido hasta ahora, está siendo comentadísimo. Todo él es extraordinariamente interesante y muestra ya la personalidad real y efectiva del ilustre político, muy distinta de la forjada por la leyenda popular. Como de supremo interés para los que deseen saber cómo se formó el espíritu del conde de Romanones, copiamos á continuación los capítulos en que el autor relata su estancia en Italia como colegial de la fundación del cardenal Albornoz

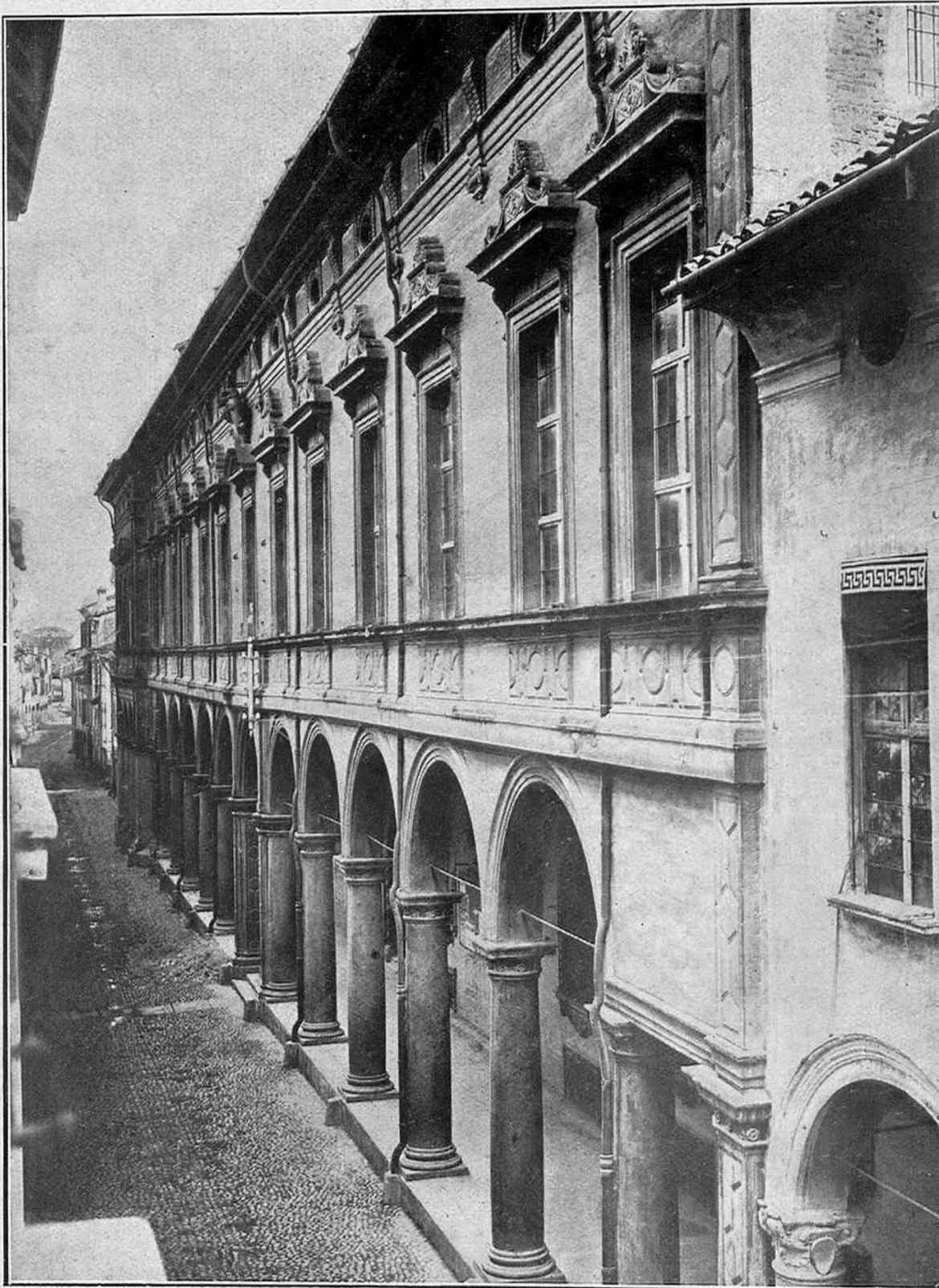
CAPITULO II

SUMARIO: *Al salir para Italia.—Camino de Bolonia.—La Institución Albornociana. La «Laurea in Giurisprudenza».—Falsa acusación en el Congreso.—Un libro de Minghetti.—El alma política italiana.—El premio «Vittorio Emmanuele».—Josué Carducci, el Maestro y el poeta. ¿Romántico?—Leopardi y Stechetti.—Un buen poeta amigo del Colegio.—Me aficiono al Derecho Penal.—Enrico Ferrri.—Salgo de Bolonia.—El bagaje científico, la política y el talento de los demás. Mis compañeros de Colegio.—Pedro Dorado.—El Rector Irazoqui.—El sepulcro del Cardenal en Toledo.—La Sociedad de Bolonia y los colegiales.—Los Duques de Montpensier. La Duquesa de Galliera. En Venecia.—Almuerzo con Don Carlos.—Unos días en Roma.*

SE habla bastante en estos tiempos de la Institución Albornociana. No creo, sin embargo, que sea bien conocida.

El Colegio fundado por el gran Cardenal Carrillo de Albornoz tenía por única finalidad proporcionar á los estudiantes españoles cómodo y digno albergue para que pudieran formar su espíritu en las enseñanzas que se daban en la Universidad en Bolonia, reputada en aquel siglo xv como superior á sus rivales, las de Alcalá, Salamanca, París y Montpellier. El Colegio está dotado de una magnífica biblioteca; pero en él no se da enseñanza alguna. Los becarios acudían á la Universidad para aprender las diversas disciplinas que en ella se cursaban. Estos, en los primeros tiempos, debieron de ser numerosos; hoy han quedado reducidos á diez.

Es el Colegio una hermosa mansión, con carácter entre Convento y Palacio, con amplio patio central, en el que hay un pozo que ostenta en su armadura de hierro la birreta cardenalicia. Este patio está circundado por una galería que da entrada á las celdas ó habitaciones de los colegiales. En el fondo del patio, una hermosa iglesia, y á su lado la biblioteca. El conjunto del edificio produce la impresión de un Convento;



La Universidad de Bolonia, donde cursó Jurisprudencia el conde de Romanones

mas pronto queda ésta desvanecida, pues nada tienen de frailes quienes lo habitan.

Pudo mi madre lograr para mí una beca, vacante dejada por Juan de la Cierva. Valióse para ello de su buena amistad con Sagasta. Por conducto de éste llegó á mis manos el nombramiento; presagio de aquellos otros, bien importantes, de él recibidos andando el tiempo.

Lleno de gozo y henchido de esperanzas, marché á Bolonia en Enero de 1885, deteniéndome en Marsella unos días por encontrarse allí mi hermano Gonzalo, en cuya alegre compañía comencé á disfrutar de los encantos de la libertad y de aquellos otros, compañeros siempre de la juventud. En pocos momentos de mi existencia me he sentido más feliz. Era dueño de mi vida,

efecto alguno. ¡Tantas imputaciones falsas he soportado! No quise contestar en el acto á tan menguado ataque, y me limité, horas después, á mostrar al Diputado el título académico, legítimo orgullo mío; desde entonces, para conocimiento de todos, ocupa sitio preferente en mi despacho

Al llegar en 1885 á Bolonia, era la docta é histórica ciudad centro, no sólo intelectual, sino político, de la moderna Italia unificada. Por lo mismo que Bolonia había pertenecido á los Estados Pontificios y había estado dominada por las tropas austriacas, era allí más vivo el odio al tudesco y encarnaba en la juventud progresiva el amor á las instituciones liberales. Los propios elementos conservadores eran defensores entu-

ó creía serlo; comenzaba á conocer el mundo y sentía fe en mis destinos.

Por fin iba á conocer Italia, el tesoro inmenso de sus bellezas artísticas, ya admiradas y conocidas por mí, gracias á las lecturas de Taine, entonces mi autor preferido. Iba á vivir en país extranjero, de idioma tan accesible á los españoles, que apenas pisamos su frontera solemos comenzar á hablarlo ó cosa parecida, y así me aconteció al llegar á Vintimiglia. Aunque no he tenido facilidad para los idiomas, ni logré nunca hablar bien el italiano, pude á los pocos meses de estar en Bolonia examinarme en su Universidad en la lengua de Dante. No eran esos exámenes cosa leve, sobre todo el necesario para obtener la «Laurea in Giurisprudenza», equivalente á nuestro grado de doctor.

Fuéme ésta concedida con *lode*, es decir, con calificación superior á nuestro sobresaliente.

A este propósito recuerdo la muy honda irritación que me produjo, cual picadura de avispa, escuchar años después en el Congreso á cierto diputado, al combatirme como ministro de Instrucción Pública, afirmar que sólo notas de suspenso había recogido en la Universidad italiana. Muy mal me supo tamaña falsedad, por referirse á mi vida de estudiante y, sobre todo, por ser todavía joven cuando la escuché. Si hubiera sido ya más entrado en años, no me hubiera producido

siastas del sufragio universal y de la fórmula del gran Cavour: «La Iglesia libre en el Estado libre». Mazzini y Garibaldi, los dos genios realizadores de la unidad nacional, el uno en el terreno de la propaganda y de la filosofía, y el otro en el de la acción guerrera, eran admirados y venerados por todas las clases sociales. A cada momento, con cualquier ocasión ó pretexto, se escuchaba el Himno á Garibaldi, que representaba en Italia lo que el Himno de Riego para nosotros.

El Estatuto de 1848, que es hoy todavía la Constitución fundamental de Italia, era interpretado en aquel entonces por la totalidad de los partidos en el sentido más amplio y liberal. El ideario de los conservadores de Italia era no sólo compatible, sino más avanzado que el de los republicanos españoles.

La monarquía de los Saboyas, por lo liberal y constitucional, sólo podía compararse con las instituciones inglesas. Los que hemos vivido aquella época no podemos con facilidad explicarnos el cambio regresivo que ha experimentado la novísima Italia.

Las grandes figuras políticas de aquella época, desde Depretis hasta Mazzini, pasando por Cairoli y Nicotera, disputábanse, cada uno dentro de su sector, la primacía como representantes de los principios de gobierno del pueblo por el pueblo. En la Prensa, en el Parlamento y en la Cátedra, imperaban las ideas de la separación de Poderes y del acatamiento á la voluntad nacional. Apenas existía el partido republicano; pero había infiltrado su espíritu en la gran masa monárquica, que, orgullosa de haber conseguido la unidad nacional, consideraba como su mayor timbre de gloria servir los postulados de la Revolución Francesa.

Esta era la Italia política que admiramos y amamos los que en 1885 nutríamos nuestros jóvenes cerebros en la clásica Universidad boloñesa.

Con afán, en mi vida no superado, estudié en aquellos meses de Bolonia. Aun conservaba la Universidad su universal renombre, y, si no tan preclaros como Irnerio, al frente de sus enseñanzas había personalidades de mérito reconocido é indiscutible.

Allí también imperaban los hombres progresivos. Era uno de éstos el profesor Saffi, compañero de Mazzini y Garibaldi en el triunvirato que gobernó á Roma en 1848, figura muy prestigiosa y venerada por los estudiantes.

Me consagré con preferencia al estudio del Derecho Político, asignatura conocida allí bajo la denominación de Derecho Constitucional; sin duda, los italianos, y sobre todo los de aquellos tiempos, entendían que la base y esencia del Derecho Político moderno sólo en la Constitución puede encontrarse.

Un libro de Minghetti, *Los Partidos Políticos*, apasionaba los ánimos. Estaba entonces en boga, aunque no tanto como ahora, poner en evidencia los defectos y lacras del régimen parlamentario. *Nihil novum sub sole*. Con demasiada facilidad me dejé arrastrar por la corriente, y por las sugerencias de este libro me convertí en corifeo del antiparlamentarismo. Era Minghetti figura emi-

nente
en la
política
italiana,
bolo-
ñés de

nacimiento y profesor de gran autoridad. La influencia perniciosa de los partidos políticos en la administración pública, la intromisión del Parlamento en los actos del Poder Ejecutivo, embarazando la libre actuación de éste, sugestionaba á gran número de gentes, convirtiéndolas en partidarios del sistema representativo puro, tal como se practica en los Estados Unidos de América del Norte y Suiza. Bajo estas influencias escribí la Memoria para el Concurso del Premio Vittorio Emmanuele.

En 1885, al Premio de la Facultad de Derecho concurrimos cuatro: dos italianos, Pérez Caballero y yo. El primer premio fué dado á Pérez Caballero y el segundo á mí.

•••••

Josué Carducci explicaba «Historia de la Literatura Italiana»; á sus lecciones asistí con alguna asiduidad. Para escucharle había siempre, como los italianos llaman, un *pienone*. Acudían no solamente estudiantes, sino también profesores y literatos de todas las partes del mundo. No se me olvida ni el temple de su voz vibrante, cálida y de puro acento toscano, ni la maravillosa exposición de sus ideas, reveladora de singulares dotes raramente reunidas y armonizadas.

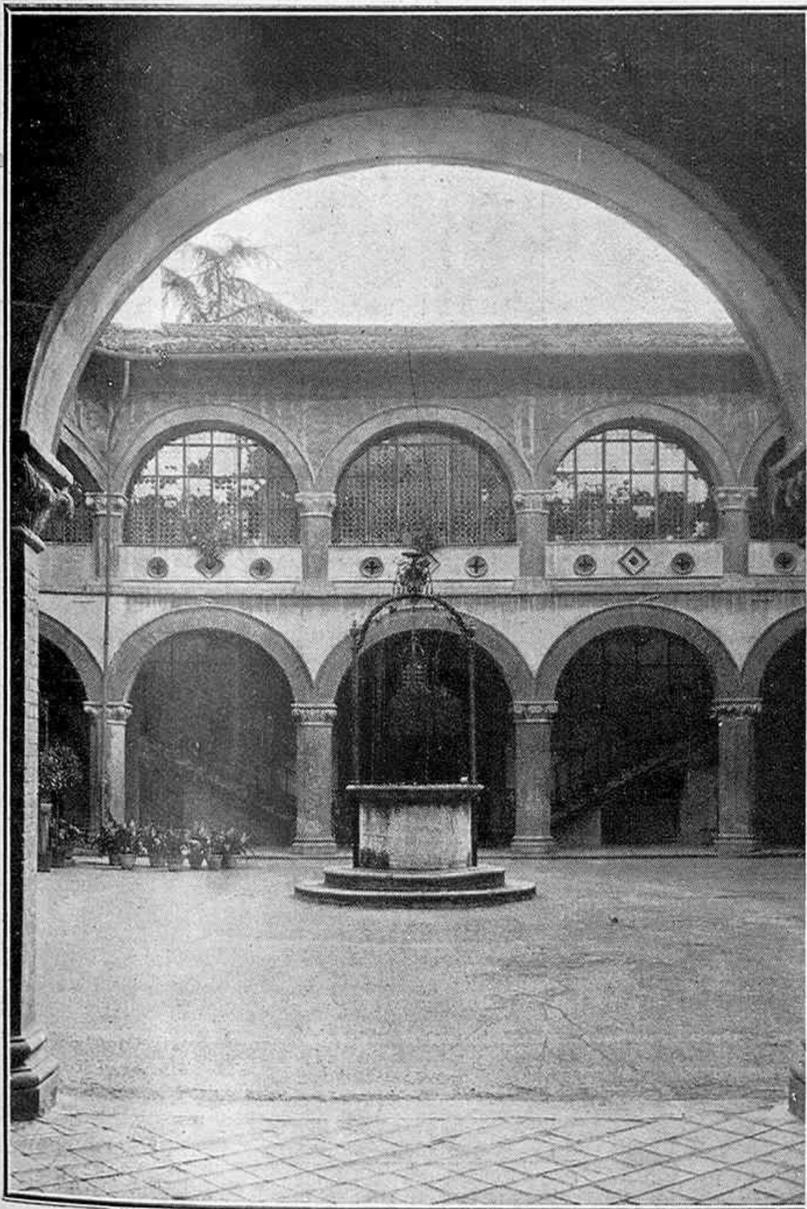
Con dichas explicaciones orales, solían alternar en el aula magna las lecturas de sus magistrales estudios sobre los clásicos patrios, á guisa de primicias antes de publicarlos. Pero en las lecciones dadas en clase más reducida é íntima, en la Escuela del Magisterio, era donde él se encontraba más á gusto y era más él mismo. Allí desaparecía el profesor renombradísimo, quedando sencillamente el maestro, revestido de suave austeridad doctrinal y de amor á la enseñanza. Nada de pontificar, ni siquiera discursar. Nunca subía á la cátedra; circulaba por las gradas, apoyábase á ratos en un banco, siempre con el libro en las manos. No era el maestro; era el decano de los estudiantes, colaborando con sus alumnos, enseñándoles. Interrogábales indistintamente, sabiendo que todos, por largos cursos precedentes, venían ya bien preparados para el estudio. Cuando se hallaba en presencia de hechos nuevos, casos oscuros de crítica, tras de un análisis extremado para encontrar la verdad, si no la hallaba, exclamaba resignado: «No lo sabemos; algún día se sabrá; en tanto, sigamos trabajando.» Así, de tal metodología, de semejante laboratorio de enseñanza, salieron tres generaciones de eximios profesores que, honrando á Carducci, difundieron y continuaron su trascendental labor.

Pequeño de cuerpo, de cráneo voluminoso, la barba hirsuta, ojos pequeños, de mirar intenso, y poblada melena, no se necesitaba conocerle para estar cierto al enfrentarse con él de que era alguien superior entre los demás mortales.

En su mocedad reveló en «Juvenilia», como un vate pleno de cultura clásica, de una forma mesurada, perfecta, impecable. Su himno á Satanás conmovió á Italia entera, produciendo entusiasmo en unos, admiradores de su amor al culto pagano, á la Naturaleza, la belleza y la libertad, y levantando violentas protestas de cuantos lo estimaron como grito irreverente, blasfemo é irreligioso.



Portada del Colegio de San Clemente, de Bolonia



El patio del Colegio de San Clemente, de Bolonia, con el famoso pozo que ostenta el atributo cardenalicio

Con posterioridad, la bellísima oda á la Reina Margarita, con ocasión de la visita de ésta á Bolonia, produjo otra tempestad, pero en sentido contrario, pues concitó contra él las censuras de los más avanzados, sus antiguos amigos.

La aparición de las Odas Bárbaras revolucionó la métrica clásica italiana, consagrándole como el poeta moderno más grande de su patria.

De la literatura española, el mayor encanto de Carducci era el Romancero del Cid, que conocía á fondo, y el poeta por él más admirado, Calderón.

Cuando murió Garibaldi, pronunció Carducci en Bolonia su oración fúnebre, cantando al héroe legendario de la Libertad y de la Unidad Patria con acentos tan vibrantes y pensamientos tan profundos, que conmovió la liberal alma latina.

Dolor sincero causó la muerte del gran poeta: Italia entera lo consideró como duelo nacional; Bolonia, como duelo de familia. La ciudad toda le adoraba como á su hijo (aun sin haber nacido en Bolonia), y de ella era principal orgullo.

•••••

Había pasado medio siglo de la muerte de Leopardi cuando llegué á Bolonia; allí comencé á conocerle; ningún otro poeta ha producido en mí emoción más honda. ¡Cuántas veces habré repetido aquellas divinas estrofas!

«Fratelli a un tempo stesso, Amore e Morte
Ingenere la sorte
Cosse quaggiù più belle
Altre il mondo no ha, non ha le stelle.»

En aquella época estuve á punto de convertirme en un sentimental. ¡Quién lo dijera! Por fortuna, aquel estado patológico pasó pronto.

Una dama de gran talento y cultura, ya bien entrada en años, amor ciego de uno de nuestros compañeros y madre de dos gentilísimas muchachas que traían de cabeza á todos los colegiales, era nuestro mentor en achaques literarios. Por ella conocí los lípidos y musicales versos de Olindo Guerrini (Stechetti), versos que recitaba de modo admirable, produciendo el efecto de música dulcísima.

Asiduo concurrente al Colegio, verdadero compañero nuestro, era un notable poeta, crítico y orador: Enrique Panzacchi. Andando los años alcanzó justo renombre.

•••••

Al propio tiempo que la Ciencia Política y la Literatura, atraía mi interés el Derecho Penal. Eran los días del renacimiento de esta ciencia. Cuando Lombroso definió los principios de sus nuevas doctrinas, y Enrico Ferri escribía *Los nuevos horizontes del Derecho Penal* y las profundas páginas de *Ambiente y Educación*, cuando se daban á conocer Garofalo y Zuno. Me apasioné por Ferri y casi decidí dejar los estudios políticos para consagrarme por completo á los de la Ciencia Penal. Aunque Ferri me entusiasmaba, nunca logró llevar mi espíritu hacia el socialismo. Ni aun su obra admirable *Socialismo y Criminalidad* pudo convencerme.

La intensidad, la vibración del alma italiana en aquel momento de renovación intelectual era admirable. Se respiraba en todo su ámbito un espíritu de libertad capaz de ensanchar los pulmones. Entonces no había «camisas negras», pero sí hombres libres proclamando libremente su pensamiento.

Fué para mí grave torpeza no haber seguido en Italia más tiempo, siquiera un par de años. Esto hubiera sido de gran provecho para el futuro de mi vida política: me hubiera impedido comenzarla demasiado joven y con bagaje científico poco sólido.

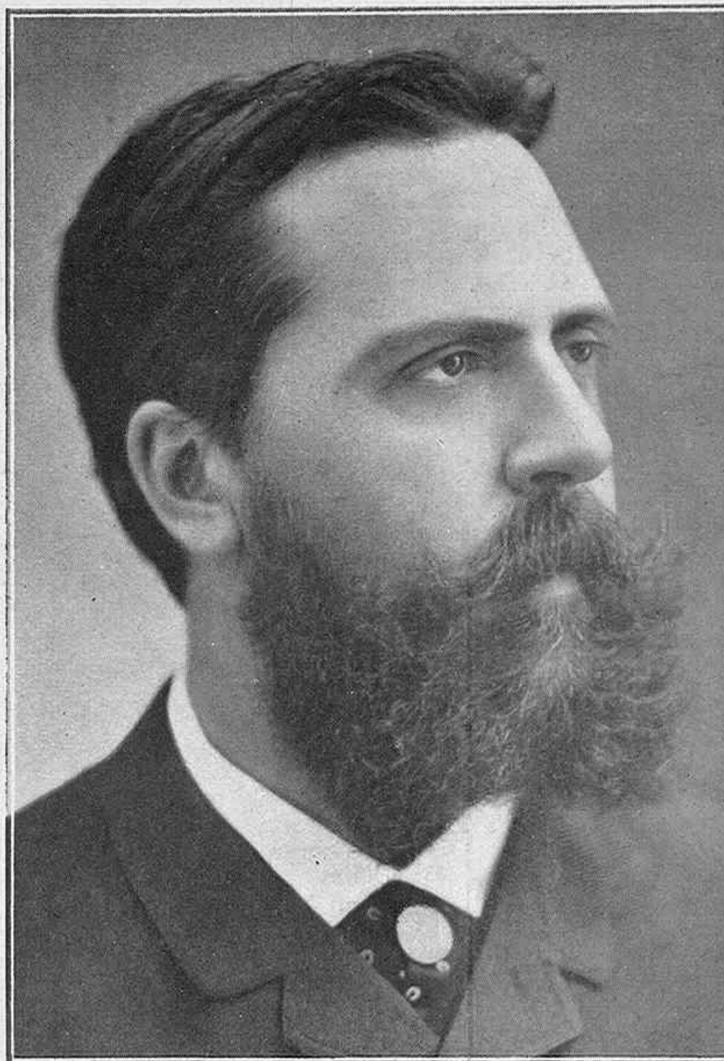
Es posible que la solidez de este bagaje no me hubiera servido para adelantar más en mi carrera, ni siquiera para darme más medios al llegar al Gobierno. Lo indispensable para gobernar no se aprende en los libros. Para ello no se ha escrito aún el texto único. Todo depende de la inspiración de cada momento; del golpe de

vista para apreciar las circunstancias y los hombres; para advertir los peligros, para descontar el porvenir. Esto no quiere decir que no sean provechosos los libros. Lo son, y en alto grado. Pero quien gobierna puede aprovecharse de cuanto encierran los libros sin haberlos abierto; para ello ni aun tiempo debe tener; basta con que halle á su lado á alguno que se queme las cejas en sus lecturas, un técnico, que los técnicos son utilísimos cuidando de no sacarlos de su esfera, porque fuera de ella son hartos peligrosos.

En la vida, y sobre todo en el Gobierno, constituye especial talento saber aprovecharse del talento de los otros.

•••••

Poco voy á decir de mis compañeros en el Colegio Albornociano, pues la mayoría, por fortuna, vive, y no quiero ofender su modestia, ó hacer que se enfríe nuestra amistad por adjetivo de más ó de menos.



DON CARLOS DE BORBON
Fotografía dedicada en Venecia al conde de Romanones

Sólo uno desapareció de la vida y en la plena madurez: Pedro Dorado Montero, el gran penalista, el Catedrático de Salamanca que tan honda huella ha dejado en la enseñanza del Derecho.

Con Dorado fué la Naturaleza avara en lo físico y muy pródiga en la inteligencia.

Era, como pocos, infatigable para el estudio. Los demás colegiales teníamos muchos ratos de vagar y de divertimento; para Dorado no existía el mundo fuera de la Universidad y las Bibliotecas.

Pérez Caballero, Manuel Muledo, Pérez Oliva, Madrid Moreno y Nicolás Oliva fueron mis compañeros. Todos se han abierto paso en la vida y logrado puestos preeminentes, ganados en noble lid, en la Diplomacia, en la Política y en la Cátedra.

Todos dejaron en la capital de las Romañas bien puesto, en todos los terrenos, el pabellón español, y alguno con el sexo débil alcanzó triunfos dignos de un segundo Don Juan. Temo dar detalles más precisos, pues los celos, aun retrospectivos, siempre son peligrosos.

Era nuestro Rector D. José María Irazoqui aragonés de la mejor cepa, natural de Tarazona; hablaba con perfección el italiano y el dialecto boloñés, pero con acento el más propio para cantar la jota.

Los estatutos albornocianos imponen á los colegiales la soltería; pero como aun tiene más fuerza de obligar el precepto bíblico *Crescite et multiplicamini*, nuestro buen Rector á éste se atuvo y se multiplicó prolífica y naturalmente.

Poco versado en Letras y Humanidades, sentía por cuanto fuese instrucción instintiva antipatía. De inteligencia despierta y voluntad tenaz, en los treinta años que permaneció solo en el Colegio supo defender la Institución en horas bien difíciles contra las intromisiones del Gobierno italiano y las ambiciones del Ayuntamiento de Bolonia.

La fundación albornociana parece tener protegida su vida por la Providencia misma. Sólo así se explica que, después de tantos siglos y de tantas vicisitudes, viva hoy lozana y fuerte como cuando nació, por la voluntad de hierro, tanto en los menesteres de la paz como en las lides de la guerra, del gran Cardenal cuyas cenizas descansan en una de las principales Capillas de la Catedral de Toledo, conducidas en hombros, durante un año de viaje, desde Roma la inmortal.

Visito esta Capilla con frecuencia. Para mí, acercarme al sepulcro de Carrillo de Albornoz es tanto como pagar una deuda de gratitud, pues me fué de gran provecho el breve tiempo de residencia en la Institución por él fundada.

•••••

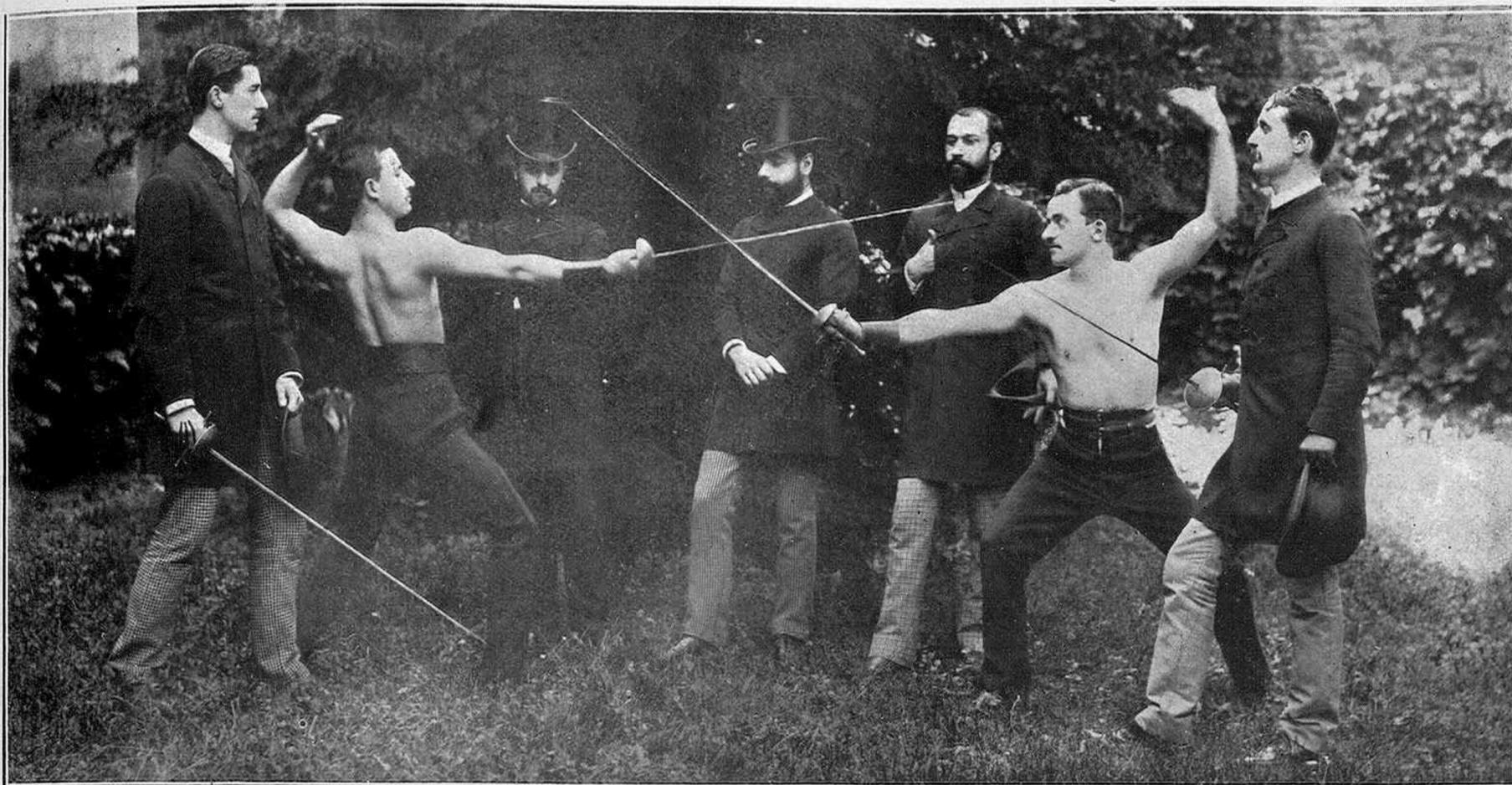
Hallaban los colegiales complemento á su educación y medio de conocer la Sociedad en la generosa hospitalidad que encontrábamos en todas partes, y especialmente en la rancia aristocracia boloñesa, que, muy hermética, abría por tradición y con complacencia sus puertas á los de Albornoz como tributo de consideración á España.

En Italia, cada ciudad ha representado siempre una faceta de la prismática sociedad nacional. De las presentes capitales de provincia, muchas, habiendo sido pequeñas cortes, conservan aún restos del pasado esplendor. En todas existen círculos sociales y salones en que predomina la nota de particularidad.

La exuberancia de su propia vida y de su creciente población, la proximidad de otras importantes urbes, la facilidad y el hábito de los viajes, los enlaces de parentesco y demás circunstancias propicias, estableciendo como una especie de intercambio social, habían hecho de Bolonia un centro de atracción y de mundanidad, convirtiéndola por el aspecto de la ciudad y por la idiosincrasia de sus habitantes, y hasta por un cierto aire de familia, en una Roma menor.

Era natural que mis compañeros, compenetrados con tan delicioso ambiente mundano, se apresuraran á conducirme á los salones por ellos frecuentados. El primero á que concurrí fué el de los Condes de Malvezzi; esta familia era á la sazón la primera y la más aristocrática de la nobleza boloñesa. Habitaba espléndido é histórico palacio. Daba frecuentes bailes y banquetes é imponía en la ciudad la moda y el buen tono. Por tradición era la encargada de presentar en la alta sociedad á los jóvenes estudiantes españoles. El fundador del Colegio había exigido acreditar nobleza para ser nombrados colegiales en Bolonia. Este requisito fué suprimido en nuestra época revolucionaria del 69 al 70; pero el prestigio continuaba, y la familia Malvezzi, de rancias tradiciones, se envanecía en acoger á los jóvenes becarios recién llegados y presentarlos en sociedad, y de aquí que á esta familia se la denominase la decana del Colegio de España.

Compartían los fueros de elegancia y distinción otras familias no menos respetadas, entre las que descollaban los Condes de Talón, de origen francés por parte de su padre y español



Un duelo fingido por los colegiales de Bolonia compañeros del conde de Romanones.—De izquierda á derecha: Sres. Pérez Caballero, Nicolás Oliva, conde de Romanones, Pérez Oliva, Madrid Moreno y Multedo

por la de su madre, la Marquesa Sampieri, descendiente del Príncipe de Esquilache, de madrileña memoria, é hija del General de Gregorio, y que, como tal, percibía orfandad en España. De edad muy avanzada, era archivo inagotable de recuerdos de personas y sucesos de los comienzos del siglo XIX.

Entre bocanadas de humo del cigarro puro, que no se le caía de la boca, nos narraba episodios y anécdotas tan interesantes como subidas de color.

Además de estas familias, acudían á los salones de las Condesas Salina, Zuchini Solimiei; Marqueses de Tanari, Mazacorati, Bebilaaqua y de otros muchos que no recuerdo, quienes llegaron á ser en poco tiempo amigos y amigas mías.

No sólo se extendían nuestras relaciones á las casas aristocráticas; frecuentábamos también las casas burguesas, donde hacíamos el papel de grandes señores y donde éramos llevados materialmente en andas. Pero, sobre todo, era el Palacio Galliera, residencia de los Duques de Montpensier, la mansión considerada como más amiga, entrando en ella cual si fuera una prolongación del Colegio.

Mucho había oído yo hablar del Duque antes de conocerle, formándome de él idea bien distinta á la ofrecida por la realidad; por eso quedé sorprendido al encontrarme con un señor afable y cortés, como lo era en grado extremo el matador del Infante D. Enrique. Poseía el Duque gran cultura, y hacía gala de ella en conversación siempre amena, hablando el español correctamente, con ligero acento francés. Su ilustre consorte, la Infanta Doña María Luisa, hermana de la Reina Isabel, daba la impresión de la mujer resignada, no sólo con el infortunio (hacia poco habían perdido á su hija Mercedes, Reina de España), sino con la coyunda de un hombre autoritario.

El Infante D. Antonio, su hijo, de nuestra misma edad, celosamente vigilado por dos oficiales de Artillería, los ayudantes de su padre, llevaba con los colegiales vida de camarada. Ofreció él un ejemplo de la poca eficacia de la exagerada severidad paterna en la educación de la juventud; al lado de su padre no se atrevía ni á levantar los ojos, y cumplía estrictamente las órdenes recibidas. Era una de éstas montar á caballo dos horas, cuando menos, cada mañana; y por atenerse á la consigna se agravó mucho

en una dolencia que le aquejó, propia de la juventud, padeciendo muy agudos dolores.

•••••

No es posible recordar la sociedad boloñesa de aquella época, y menos aún después de hablar de los Duques de Montpensier, sin hacer especial mención de la Duquesa de Galliera, heredera y viuda del riquísimo banquero genovés, que había hecho inmensa fortuna en Francia durante el reinado de Luis Felipe. Por razones no bien esclarecidas, la vieja Duquesa estaba liquidando su fortuna, repartiéndola principalmente entre los hijos de Luis Felipe. Es de notar que vivía un hijo del Duque, quien nunca quiso aceptar ni el título ni la fortuna de su padre, renunciándola en favor de su madre. Constituía esto un caso singular, un verdadero misterio, que sólo algunos se atrevían á descifrar, suponiendo, quizá sin fundamento, que no era hijo de quien legalmente aparecía ser su padre, y que no quería beneficiarse de lo que entendía no era suyo, optando, para no ofender la reputación de su madre, por renunciar á la herencia y dedicarse en París á la propaganda del socialismo. El caso es que la Duquesa de Galliera donó al Duque de Montpensier inmensas extensiones de terreno en la Marca Boloñesa y el magnífico palacio de la ciudad.

•••••

Terminados los exámenes y deseoso de conocer Italia, emprendí con mi compañero Oliva un viaje. Fué nuestro primer vuelo á la divina Venecia.

He viajado después no poco, pero jamás visita á ciudad alguna me ha producido impresión más profunda que la recibida al descender del tren y poner el pie en la góndola. No voy á descubrir Venecia, ni á cantar sus maravillas. De aquel viaje sólo consignaré un recuerdo.

Habíamos tomado el pequeño vapor que hace el servicio del Lido, entonces modesta playa, hoy emporio del lujo y de la moda, y á poco de estar sobre cubierta, llamó mi atención un caballero, buen mozo, de señorial presencia, llevando un enorme y hermoso perro. Reconoció al personaje: era Don Carlos, cuyo retrato tantas veces había visto reproducido por el grabado. Al escuchar nuestra charla española, amablemente y en correcto castellano, entró en conversación con nosotros, preguntándonos acerca de nuestra proce-

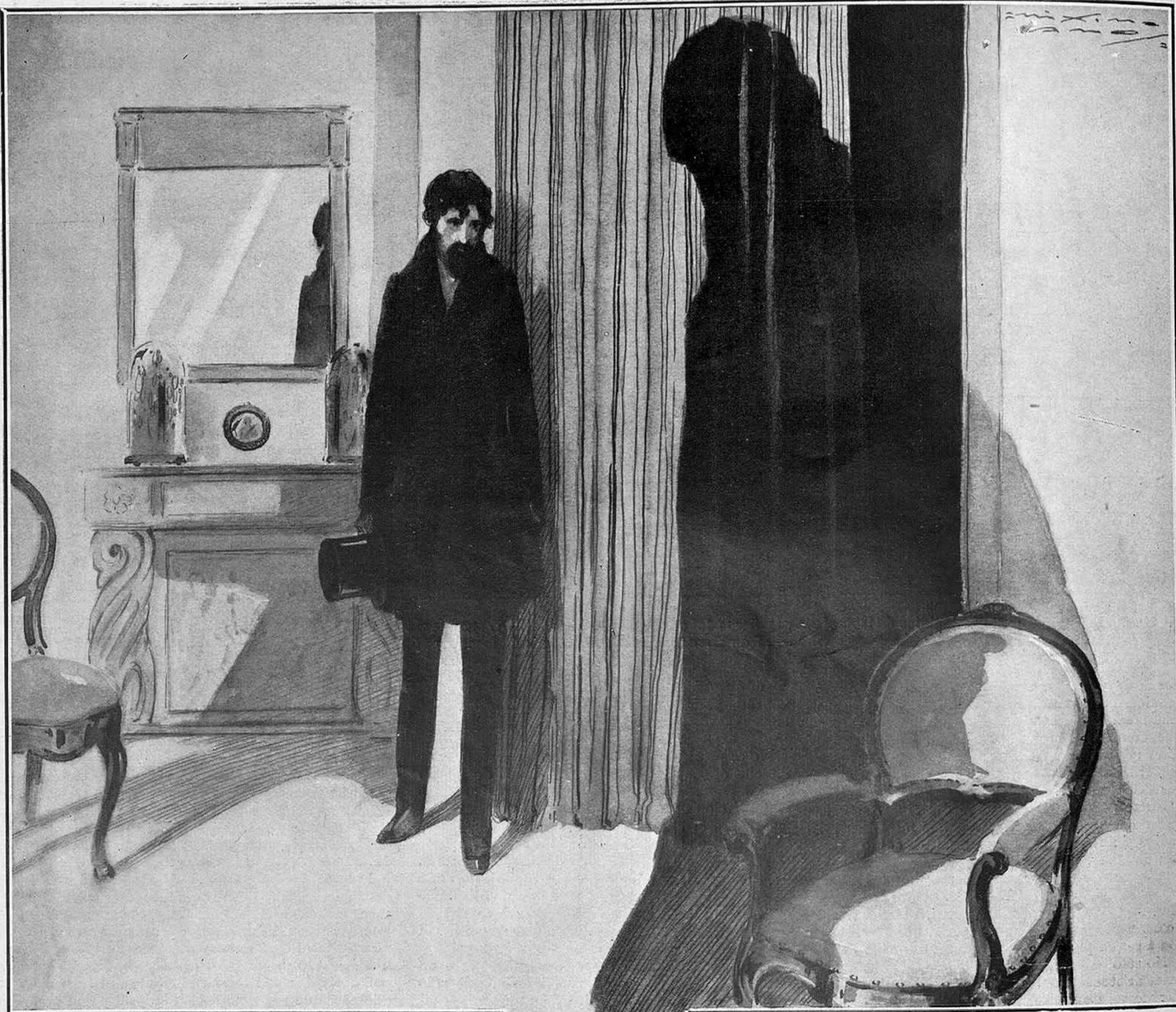
dencia y de las causas de nuestra estancia en Italia. Le contesté con alguna inquietud, pues, como no se había dado á conocer, dudé del tratamiento que le era debido. Poco más de un cuarto de hora duró la travesía, y durante ella no decayó la conversación, mostrando Don Carlos satisfacción por oír hablar español. A punto de despedirse, nos invitó para almorzar al día siguiente en su palacio. Apenas tuvimos tiempo de contestarle, pues ligeramente saltó á tierra y desapareció entre el pasaje que desembarcaba.

Fué grande nuestro apuro al darnos cuenta del alcance que podría tener este inesperado convite. Estaba aún reciente la terminación de la guerra carlista, de esa guerra estúpida entre hermanos, tan llena de enconos y de sangre. Quizá hubiera sido mejor rehusar la invitación. Yo no podía olvidar mis convencimientos liberales. Y, además, que era colegial de nombramiento del Gobierno; pero la curiosidad por un lado, y por otro la simpatía inspirada por Don Carlos, venció todo escrúpulo, y con verdadera impaciencia esperamos el siguiente día. A las doce de él amarraba nuestra góndola en los pilotes, pintados con los colores nacionales, del palacio Loredan. Nos preocupaba también nuestro no muy lucido indumento; en aquellos tiempos la gente joven no viajaba con la impedimenta de ahora.

En un gabinete del piso bajo fuimos recibidos por Melgar, el secretario del Pretendiente; con habilidad y en breves minutos nos sometió á un estrecho interrogatorio para identificar nuestra personalidad y procedencia. Nos sentamos á la mesa Don Carlos, Melgar, mi compañero y yo. No poco duró el almuerzo y aun más la sobremesa. Don Carlos mantuvo todo el tiempo la conversación, siempre discreto, para no herir nuestros sentimientos: sabiendo no simpatizábamos con su causa, no aludió á nada referente á la política; pero, al hacernos los honores de su palacio y al visitar todos sus salones, tuve que pasar por el trance, para mí muy amargo, de entrar en uno, á modo de museo, donde estaban reunidos los recuerdos y trofeos de la guerra: banderas, armas, lápidas con inscripciones recordando las victorias del carlismo, etc., etc.

Al despedirnos me entregó un retrato firmado, diciéndome lo aceptara como recuerdo de un buen español á quien no sería fácil volviera á ver.

CONDE DE ROMANONES



PAGINAS POETICAS

*De mi infancia en las horas soñadoras,
en momentos de plácido reposo,
escuchaba sombrío largas horas
un niño silencioso
mis cantos y mis risas bullidoras.*



*Cuando del baile me alejé, cansado,
por el jardín, vagando enamorado,
á departir conmigo llegó un hombre,
pálido y enlutado,
que me habló de ella y pronunció su nombre.*



*Una noche que, amante desdeñado,
ante las rejas de mi antigua amada
gemía con el pecho destrozado,
oí gemir también al enlutado,
mi triste camarada.*



Al declinar de un día obscuro y frío,

EL ETERNO AMIGO

*vi entrar á un hombre pálido, enlutado,
en mi cuarto sombrío,
que, silencioso, se sentó á mi lado
y unió su amargo llanto al llanto mío.*



*Sobre mi frente la pistola, un día,
al borde ya del insondable abismo,
vi al rayo de la luna blanca y fría
que el enlutado aquel que me seguía
parecía el cadáver de mí mismo.*



*— ¿Quién eres? — pregunté al inseparable,
el que con un fantasma de sonido
respondió misterioso: — El insondable
huésped desconocido,
el peregrino eterno é inefable.*

Emilio CARRERE

(Dibujo de Máximo Ramos)

LA CONFUSIÓN DE LAS EDADES

LA lectura, aplaciente y confortadora, de esa *Restauración de la razón* que á Europa aconseja el crítico Ernest Robert Curtius, me ha retraído, gozosa é inevitablemente, al discurso *Las Modas* de nuestro racionante padre Feijóo.

Curtius proclama una nueva era de imperio de la razón sobre los afectos, que impida la sobreproducción intelectual y artística, el análisis excesivo, el disociamiento de los esquizofrénicos, el arbitrario subconsciente, y reponga la hegemonía del espíritu sobre la materia. Todo esto implica, sencillamente, la vuelta á lo que es eterno, al rectorado espiritual de la idea, á un mundo nuevo, ordenado y mensurado, á la religiosidad de una creación lógica.

Entiendo que esta llamada de Curtius á la razón debe ser tenida muy en cuenta por la juventud española. Es de justicia elogiar esta actitud del crítico alemán, aun reconociendo, claro es, que espíritus españoles, superiores y equilibrados, la vienen preconizando, aun á trueque de ser tachados de inactuales cuando son ellos, mensores del modo y no siervos de la moda, los que de continuo se hallan en trance de modernidad.

He podido advertir, en mi afán crítico de captación del momento actual español, que nuestra juventud muéstrase disgregada en dos partes antagónicas. Frente á la pirueta y á la acrobacia intelectivas se opone, ó trata de oponerse, el derrame vital y biológico. Sin duda alguna, es preferible lo segundo á lo primero. Pero tal como van las cosas, ni el rector intelectual ni el biológico pueden darse por satisfechos. No en balde somos de nuestro tiempo, y ni este sector puede dejar de sentir la melancolía de una norma que aprese y encauce lo biológico, ni el otro puede satisfacerse perdurablemente en esa orgía pueril de «juguetes y golosinas» de que habla Curtius. Dejo los «explosivos» á un lado, porque esta superior jerarquía de desorden no la conoce, ni por asomos, en ningún aspecto, la juventud española.

Pero, sobre todo, es mi deseo alentar á los que, como aquel loco á que se refiere Feijóo, llevan al hombro, desnudos, el paño que adoptará la última moda. También hay jóvenes en España que, como aquel loco, están esperando ver en qué paran las cosas.

Y no digamos de aquellos que, como los amigos de Alejandro, aceptan, á contrapelo y sin previo análisis, las deformidades de esos modistos del arte y de las letras, por ver de servirles, en busca de honor ó nutrimento. Tales adoptan no sólo lo psíquico menguado, sino lo físico, con lo que las aberraciones se propagan y equiparan á los truncamientos de órganos de los siervos del monstruoso rey de Etiopía.

Contra esos modistos arremete Curtius en buena hora. Una de las afirmaciones que en mí han provocado una mayor adhesión, es esa de que se está confundiendo la naturaleza y conexión de las edades. Sólo un boxeador, un futbolista ó un artista mediocre, «nuevo joven» ó «nuevo rico» de la literatura, pueden creer que la juventud es capaz de reinar é imponer una marcha al mundo. Sólo un joven que no ha sido niño, que no ha tenido, como es conveniente, una larga infancia, que ha sido un seminarista, un colegial, un interno, un cohibido, un represado, puede creer, al

salir de su cascarón, al verse al aire libre, alma pueril, que él es el dueño del mundo, en vez de una promesa que aspira, conscientemente, á una franca realización de madurez.

Dice bien Curtius: honrar los balbuceos de la juventud es abdicar del espíritu y de la virilidad. Y dicho hoy, está mejor dicho que nunca. No ignoro que esto, sostenido por mí, por un joven, moverá tal vez á indignación. Contesto que estando á salvo, como lo estoy, de esquizofrenias y subconscientes creadores, me produce no mayor indignación ese elogio aparatoso é irreflexivo con que á la juventud española se la está deformando y castrando, imposibilitándola para una tarea perdurable de trabajo y de creación. Porque tal como es ese joven al cual se le elogia con absoluta inconsciencia, es un engendro monstruoso, parido á fuerza de cópulas de infantilismo y de senectud: renacuajo, lagarto y camaleón, todo en una pieza.

El espíritu, la virilidad, la norma son fruto y obra de madurez. Y la misión de la juventud es tratar de alcanzar esas supremas cualidades, animada por un entusiasmo, rebeldía y esfuerzo de creación que á estas horas parece relegado á los viejos, á esos viejos que con su ejemplo están avergonzando á la juventud que cree que «ya no se usan los ojos negros».

El desorden y la sobreproducción intelectuales están disociando á tal grado el espíritu de la juventud, que se impone, apremiantemente, un cauce sereno por donde discurrir la energía potencial, en busca de un ideal supremo, regulador y normativo. A este respecto, el espectáculo que ofrece nuestra juventud es desolador. Toda ella está hecha de balbuceos y de alusiones. Su cultura es epicena y superficial. Sobre un estrato inconsistente de pedantería, de pueril engreimiento, discurre, ya una vena instintiva, ya una serie de capilares exangües. A la degeneración

y superficialidad del sentimiento se las está substituyendo con aportaciones librescas, pero someras, de portada de libro y de catálogo editorial. Esta inconsistencia ideológica, este vagar excéntrico acarrea falta de carácter, cobardía, vejez, gregarismo consciente, anulación de la personalidad, favor recíproco... Como dice Curtius, cuando no se es nada ó se es muy poco, se busca el encasillamiento en una generación.

Este encasillamiento origina actitudes prominentes de orden negativo. No hay combate ni estímulo personal. Sólo hay fútbol literario, donde se cuaja la aversión y el odio al equipo contrario. No hay discrepancia ideológica, sino unas cuantas ideas, ó mejor sensaciones de ideas, desarraigadas, desvinculadas del resto del espíritu, apresadas con tenacillas, como las canas aisladas y prematuras. No hay la discreta y noble paciencia que es esperanza y confianza en sí mismo. Hay, en cambio, la febrilidad del impotente que presintiéndose tal, acucia con riguroso extremo, mediante ardides, súplicas y forzada bondad, á un falso lugar, desde donde simular su impotencia, ocultar su secreto y vivir de prestado.

Consecuentemente, falta la ilación, el punto de engarce, la continuidad prolífica y creadora. A la oposición ideológica, que al par que niega, selecciona y crea, se la suplanta con una oposición instintiva, basada en móviles personales, en actitudes externas. El estilo ó la carencia de él, la creación ó ausencia de ella, sirven tan sólo para preferir á unos y denigrar á otros. Se juzga femeninamente, por simpatía ó antipatía. A tal extremo se ha llegado en esto, que ya es irreductible la tirantez entre jóvenes y viejos, entre los jóvenes que sólo se acercan á los viejos para obtener favores, y los viejos que sólo quieren á los jóvenes para mantener su primacía. En una palabra: falta de amor, de un amor que no sea

ciego, sino sereno, ideal, gracias al cual el joven acepte con las restricciones de la razón reguladora, y el viejo, ante todo, sepa serlo, estimulando noblemente, y cuya ironía, si es capaz de ella, sea la de Sócrates, sabia y enseñante, pero no alcahueta y fisgona.

Esta ausencia de unidad espiritual origina, aceleradamente, una falsa posición, un desquiciamiento ético, una superestima de lo accidental, transitorio y efímero. Los viejos y los jóvenes están desvariando constantemente, acuciados por una anarquía en bruto, por un desfogamiento absurdo, en que la inquina ó el agradecimiento se sobreponen al más elemental y sereno juicio. Edad crítica y neurastenia; exaltación postera y exacerbada, ó volatines equívocos é inconfesables. Discípulos que no aprenden de los maestros, ó, á lo sumo, lo externo y accidental, y maestros que sólo enseñan en su trato personal á disminuir la inicial admiración por su obra.

Jóvenes y viejos parecen tener motivos de recíproca abominación. A mí, las razones puramente personales que se aducen para justificar esa abominación me tienen completamente sin cuidado. Lo que me interesa advertir es que ya suena la hora de abrazarse fervientemente á la idea y á la creación, dando á ésta el carácter sagrado que ella posee. La idea quiere ocupar su puesto. Ante la razón sucumbirán todos los infrapsíquicos, más ó menos disimulados.

FRANCISCO AGUSTIN

UN RADIÓLOGO EMINENTE



El Gobierno ha tenido un indudable acierto al nombrar al insigne doctor don Julián Ratera representante de España en el importante Congreso de Radiología que ha de celebrarse en Stockolmo. Ninguna figura rodeada de tan indiscutibles prestigios y de tan vivos méritos como esta del eminente Dr. Ratera, para representar dignamente á nuestro país en esta Asamblea científica, que tendrá lugar á finales de Julio

UN BELLO LIBRO DE EXALTACION ESPAÑOLA

« LA BENDITA TIERRA »

A COSTUMBRADOS están los que aman el libro de arte, y que hasta hace pocos años habían de buscar lo editado en el Extranjero, al inteligente escrupulo y estético buen gusto que, por fortuna, ya se encuentra en algunas editoriales españolas.

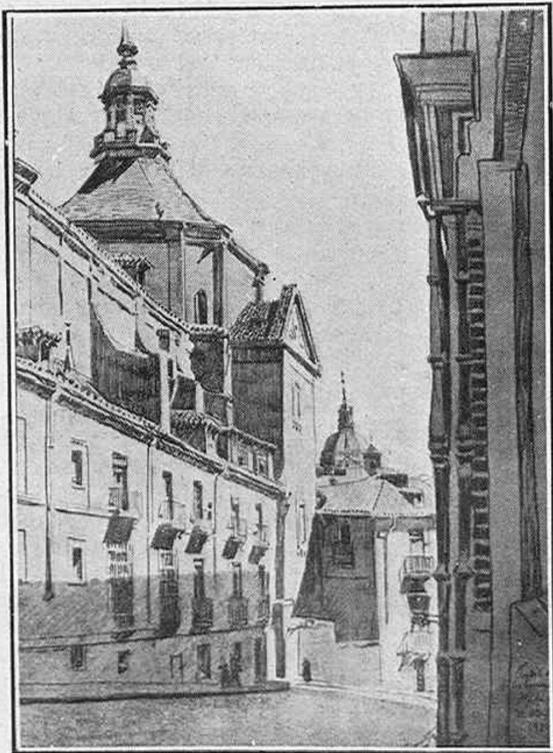
Y entre las primeras, *Voluntad*, cuyo apelativo no es peligroso alarde, sino sobria expresión de la fuerte y activa virtud que le dió vida y le sostiene.

Voluntad se ha especializado no solamente en el libro de digna presentación externa y espiritual esmero interior; no sólo cuida, hasta en aquellas obras de precio humilde y carácter popular, de que ningún detalle descuide la nobleza tipográfica y el ornato expresivo, sino que viene definiéndose cada día con mejores testimonios de competente privilegio, como una buena productora del libro de arte, con sus naturales exigencias artísticas bien satisfechas.

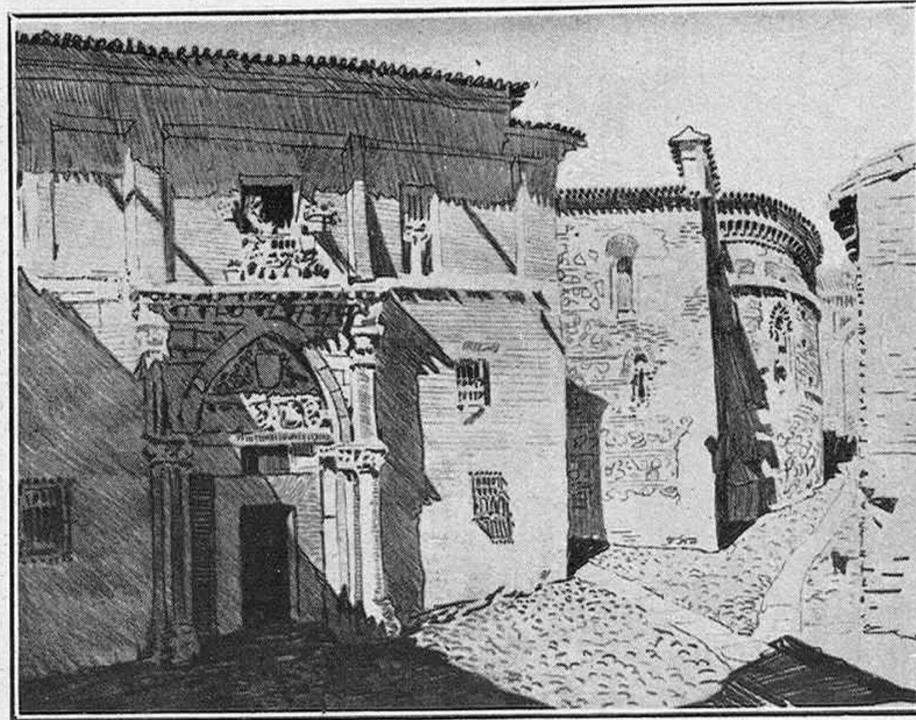
Originales ó traducciones—pero en este último caso atañederas á motivos hispánicos—, *Voluntad* acoge obras que consienten la riqueza inteligentemente empleada de los buenos medios editoriales.

Unas veces exaltan las artes patrias; otras difunden lo pintoresco y típico de nuestras costumbres, indumento y lugares característicos; otras aportan esclarecimientos nuevos á temas históricos y fervorizan con ejemplos gráficos esa enorme curiosidad de fuera por cuanto nuestra Península atesora de atrayente para las miradas exóticas, y no siempre contemplado con filial ternura por las nacionales.

Esta labor de *Voluntad*—á la que tal vez deba añadirse el ejemplo reiterado de la Sociedad de Amigos del Arte con las publicaciones de los catálogos monumentales de sus Exposiciones— empieza á dar frutos de emulación en otras Casas productoras del libro de arte. Tanto en Barcelona como en Madrid pueden irse encontrando tentativas y logros cada vez más numerosos y de certera trayectoria, y á los que también convendrá alentar difundiendo sus esfuerzos.



Pretil de los Consejos (Madrid)



Santa Ursula (Toledo)

Porque al hacerlo así cumplimos un deber de españoles, no siempre ejercitado como es debido á causa de la torpe micropsia que nos corroe. Hay que pensar seriamente en que no sólo deben organizarse exposiciones del libro extranjero, sino demostrar que también en este género de producción nacional no está rezagada.

El día en que tal se haga, no será, ciertamente, la editorial *Voluntad* de los expositores menos importantes, ni dejará de enorgullecerse legítimamente de obras como esta titulada *La bendita tierra*, tan laudable de finalidad propuesta como de resultado estético conseguido.

La bendita tierra es una colección de dibujos de Salvador de Azpiazu, que reproducen sitios y lugares de diversas ciudades y pueblos españoles. A cada dibujo—espléndida y verazmente reproducido—acompaña una glosa breve de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, quienes han escrito además un prólogo exegético del artista y del espectáculo múltiple que inspiró su arte.

Salvador de Azpiazu fué un hombre en quien la sensibilidad pudo confundirse con la desdefiosa soberbia frente á los fáciles ecos que otros solicitan y buscan á toda costa. Le gustaba vivir en la paz de las horas libres, ajeno, por fortuna, á la servidumbre que impone la vida literaria ó la llamada artística á sus cultivadores por necesidad ó por vanidoso afán. Tenía el culto de la amistad bien elegida, del hogar bien hallado y del arte bien creado sin codicia de lauros inmediatos. Repartía, pues, el tiempo que le fué dado existir en este mundo, entre los viajes por España y por Europa, y las treguas sedentarias en Madrid ó Sevilla, donde amigos—cuales estos de limpia fidelidad que hoy prohijan con tanta donosura como afecto su obra póstuma—dilectos eran los únicos conocedores de sus bellos apuntes dibujados á lo largo de las andanzas del artista por la que ahora nombran con legítima ufanía *La bendita tierra*.

«Viajero infatigable—dicen Serafín y Joaquín Alvarez Quintero en el *Prólogo*—, la recorrió como un enamorado, como un artista, si es que no hay redundancia en el empleo de estas dos palabras, puesto que el enamorado, por el sólo hecho de serlo, se convierte en artista, y el artista es siempre un enamorado. En su maletilla romántica llevaba constantemente más de un álbum, como inseparables compañeros, que habían de ofrecerle el mejor empleo de sus ocios y el más sabroso plato en sus mil idas y venidas. Al comenzar cada viaje, las hojas de

los álbumes iban blancas y mudas; al regreso venían llenas de rasgos sin fin, animadas, parlantes... ¿Qué traían? ¡Cuanto los ojos ambiciosos del artista habían contemplado digno de copiarse y de conservarse en la memoria! ¡Caminos reales, sendas y vericuetos, puentes y ríos; lo que era vulgar y famoso y lo que nadie apreciaba ni conocía; posadas y ventorrillos; castillos enhiestos ó solitarios claustros conventuales; templos y obispalías; palacios de próceres y chozas de pastores ó de cabreros; siluetas de ciudades y de villas; portaladas, torres, espadañas, alminares, escudos, callejuelas, balcones, rejas, solanas, celosías, retablos, capiteles!... Y en aquellos croquis magistrales iba sin pretenderlo plasmando día por día el alma nacional, la historia nacional, la vivaz y rica diversidad de la bendita tierra; su severidad y su gracia; su sombra y su luz.»

Capítulos gráficos de esa «historia vivaz y rica» de nuestra España son las láminas que ahora se publican con las notas marginales,

con las agudas ó líricas glosas que los escritores sevillanos han querido—á mi juicio muy oportunamente—atraer la curiosidad, indiferente, ó añadir sazón de buen gusto á la obra del artista alavés.

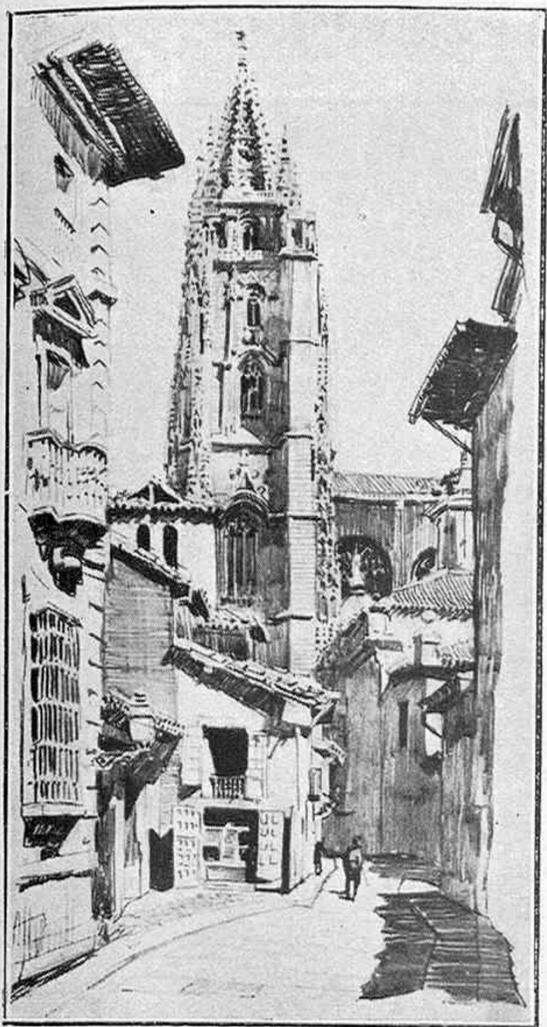
Salvador de Azpiazu nació en Vitoria, «ese bello suspiro de Castilla», hará poco más ó poco menos de medio siglo, y ha muerto cuando comenzaba á formarse este libro, donde, venciendo su modestia y el indolente señorío de su espíritu, al que le bastaba ser estimado de sus amigos como hombre y como artista para sentirse feliz de serlo.

Antes del retrato que de él traza la doble pluma fraternal, hay uno dibujado por el lápiz de Serafín, que lo copia del que le hiciera otro pintor también hoy fallecido: Manuel López de Ayala.

Con su sombrero haldudo y su capa terciada; con su bigote fuerte y grande, de hidalgo de otro tiempo, Salvador de Azpiazu se nos aparece como el español arrogante y ávido de aven-



Mi parroquia (Vitoria)



Torre de la Catedral de Oviedo

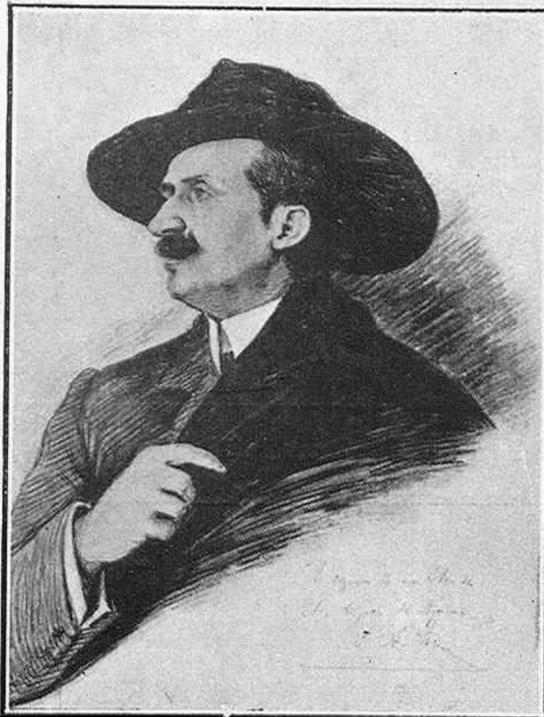
turas que su nombre sugiere. Diríase, en efecto, que ese nombre y esa traza evocan un español de la época de las hazañas trasatlánticas, de un fundador de ciudades, de un capitán explorador de selvas y ríos americanos. En el temple del alma acaso igualará con aquellos separados de él por una distancia de siglos; pero sus armas eran los lápices, las finas plumas de dibujo; su escudo, el álbum de apuntes, y sus aventuras, aquellas más inmediatas y semejantes á las de personajes de las novelas andariegas del diecisiete por mesones, posadas, y pueblos esparcidos por esta «bendita tierra».

No es frecuente que la recorran así españoles de hoy, cuando, en cambio, la recorren alemanes, franceses, norteamericanos, con igual afán de

conocimiento y de aprehender bellezas ignoradas y descubrir rincones inéditos, con sus máquinas fotográficas, sus pinceles de pintor y sus lápices de dibujante. En la bibliografía extranjera abundan los libros reveladores de España á los españoles. Recientemente, Vernon Howe Bailey nos mostraba la publicación, editada en francés y en inglés, donde se reproducían con prodigiosa exactitud sus acuarelas y litografías de tipos y pueblos españoles; al mismo tiempo, otro gran artista francés, Hermann Paul, recorría la Mancha para ilustrar una edición especial de ensayos literarios sobre el país de Don Quijote. No se han olvidado, ciertamente, aquellas fotografías de Hielscher que antes de aparecer en el álbum *La España Incógnita* se publicaron en estas mismas páginas de LA ESFERA. Y en la actual Exposición de *El Libro alemán* abundan las obras en que dibujantes ó pintores germánicos dan fe de haber recorrido de un extremo á otro nuestra bendita tierra.

Pero el caso de Salvador de Azpiazu no es frecuente. Un alemán, un francés, un norteamericano que conoce á España y lo demuestra artísticamente, sí; pero el español viajero por España resulta más curioso por insólito.

Son más los que dicen «bendita tierra!» refiriéndose á esta en que nacimos, con gesto de amargura y acento de sarcasmo, que aquellos, como los hermanos Alvarez Quintero, que la pronuncian con arrobó y deliquio apasionado, salida del alma la frase, «como espontánea é in

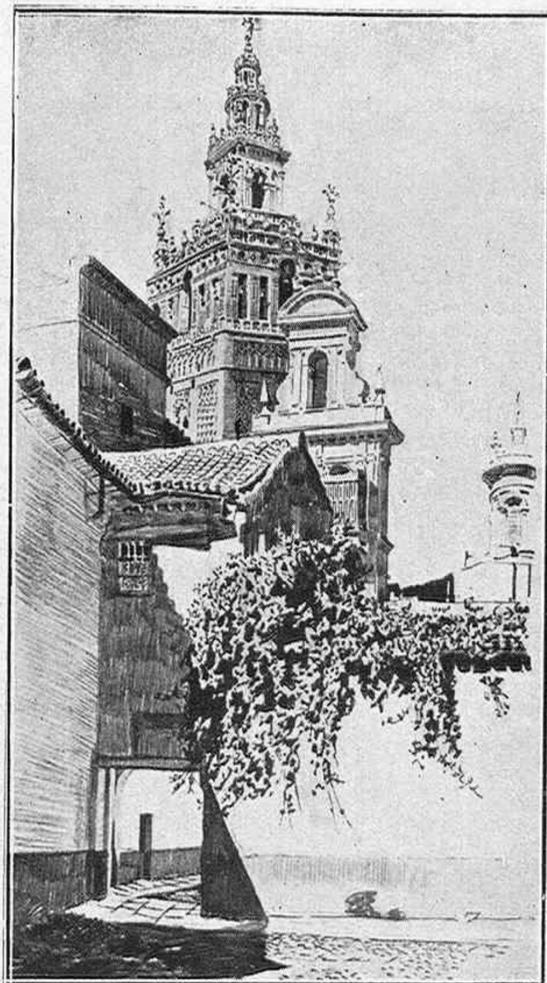


SALVADOR DE AZPIAZU
Dibujo de Serafín Alvarez Quintero

genua oración no pensada ni escrita, en los instantes supremos de la vida».

Salvador de Azpiazu la conocía, la bendecía y la exaltaba en estos dibujos llenos de gracia y de firmeza. Al reunirlos con él—bien ajenos de que iban á ser sus testamentarios artísticos—, pusieron empeño los ilustres escritores sevillanos en que la obra fuese como un viaje ideal por España, reservándose con el singular gracejo y aquella finura sentimental que definen bien su teatro en la historia de la literatura, el papel de «dos cicerones de Andalucía», de los que emplean para mostrar bellezas eternas y fugitivos momentos «tal ó cual juego de ingenio ó de imaginación, chuscada ó coplilla oportuna, leyenda ó chascarrillo, cuando no refrán, aforismo ó adagio».

Más de eso dan los dos escritores junto á la evocación plástica del dibujante. Grato es en su compañía, que el ingenio anima y el sentimiento emociona, seguir el itinerario que comienza en sitio de tal modo entrañablemente madrileño como es el que ocupa la fachada del antiguo Hospicio y termina en la esbelta promesa de la torre de la Giralda desde el recoleto patio de Santa Marta, en pleno corazón sevillano.

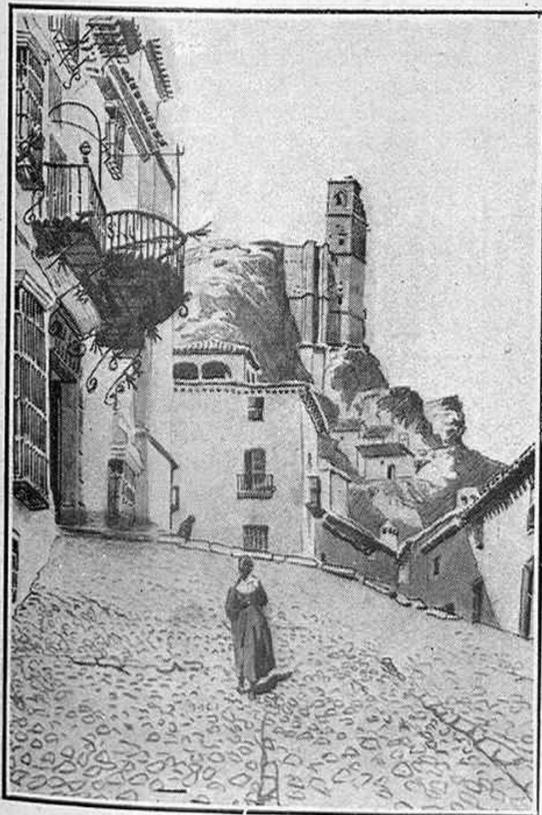


La Giralda desde Santa Marta (Sevilla)

Y hasta llegar aquí, ¡cuántas y cuán diversas! sugerencias evocadoras de lo visto ó prometedoras de lo desconocido nos aguardan en la extensa serie de dibujos y de escolios literarios! Rincones del Madrid viejo; sitios característicos de Segovia, de Avila, de Salamanca, de Zamora, de Palencia, de Sahagún, de León, de Asturias, de Galicia, de Cataluña, de Aragón, de Burgos, de Logroño, de Alava, de Andalucía...

Alma y ojos se empapan del gozo de ver y de sentir. Y cuando se dobla la última página, un impulso de gratitud mueve la palabra hacia quienes han colaborado en esta obra de sano, limpio y castizo españolismo que el andariego dibujante, en reposo eterno ya, empezó hace veinte, hace veinticinco años, á mayor gloria de la bendita tierra donde nació.

JOSÉ FRANCES

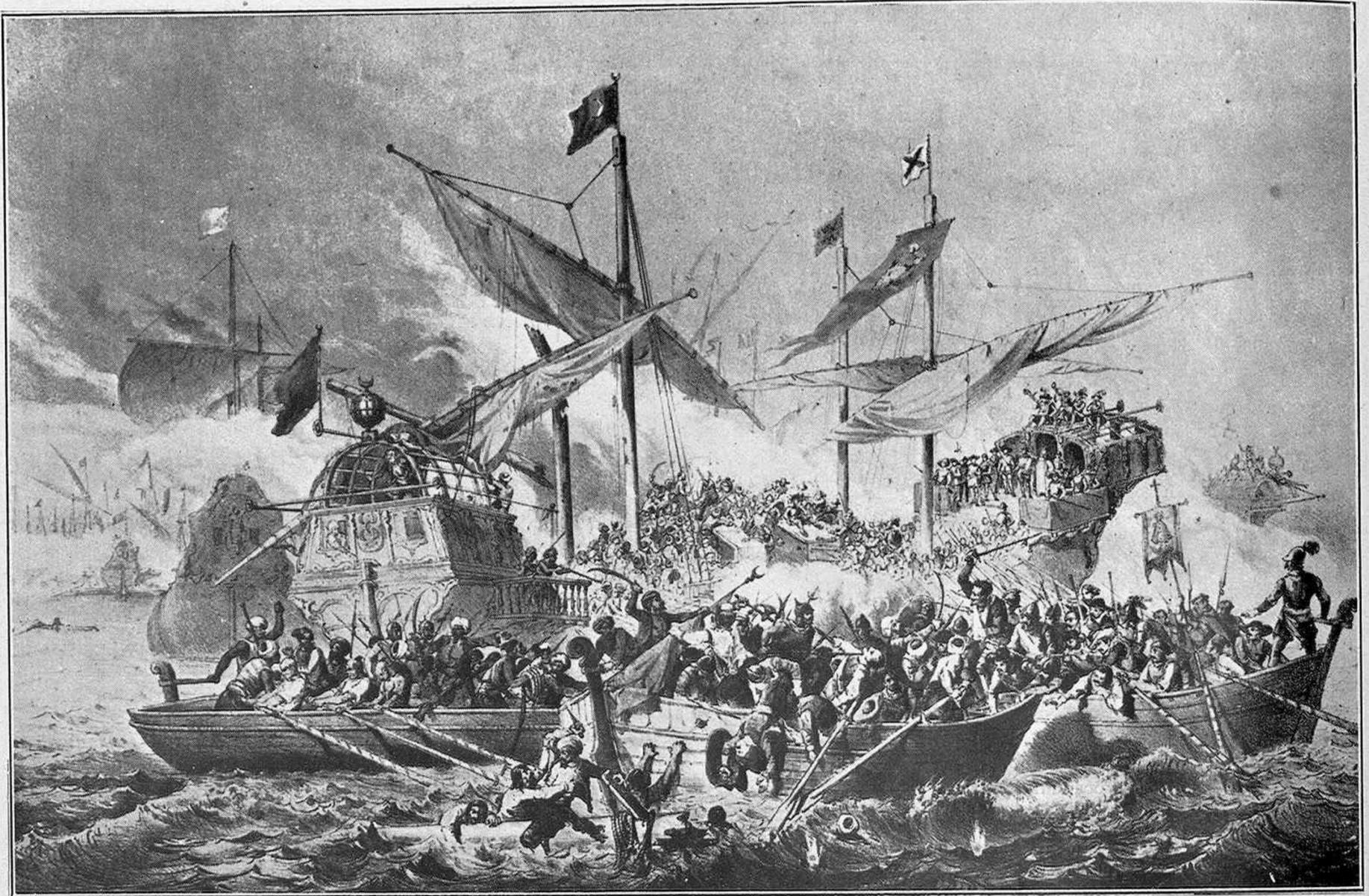


Montefrío (Granada)



San Lorenzo (Sahagún)

L E P A N T O



Batalla naval de Lepanto

(Dibujo de Montleón)

NUNCA el Mediterráneo vió en sus senos, ni volverá á presenciar el mundo, conflicto tan obstinado ni mortandad más horrible ni corazones de hombres tan animosos ni encrudecidos», ha dicho un historiador, hablando con visión exacta de realidad del combate naval de Lepanto.

Para librarla, los cristianos reunieron en Mesina, bajo el mando de don Juan de Austria, más de 300 naves, 112 venecianas, entre ellas 6 galeazas, que eran grandes galeras de construcción tosca, pero muy resistentes y apropiadas para contener, en vanguardia, el empuje de los agarenos; 12 galeras y 6 fragatas del Pontífice, y el resto españolas, que eran, además, las más importantes por sus condiciones marinas y guerreras.

Aquella poderosa escuadra llevaba á bordo 80.000 hombres, entre marinería y tropas de desembarco, y todos ellos confesaron y comulgaron antes de partir. Un Legado del Papa los llevó, además, en el momento de partir, todas las indulgencias de cruzada, es decir, que la expedición fué considerada por el Pontífice como una nueva empresa rescatadora de los Santos Lugares.

La escuadra turca, por su parte, estaba formada por 250 barcos bien artillados, que llevaban á bordo 120.000

MIGUEL DE CERVANTES
«El Manco de Lepanto»

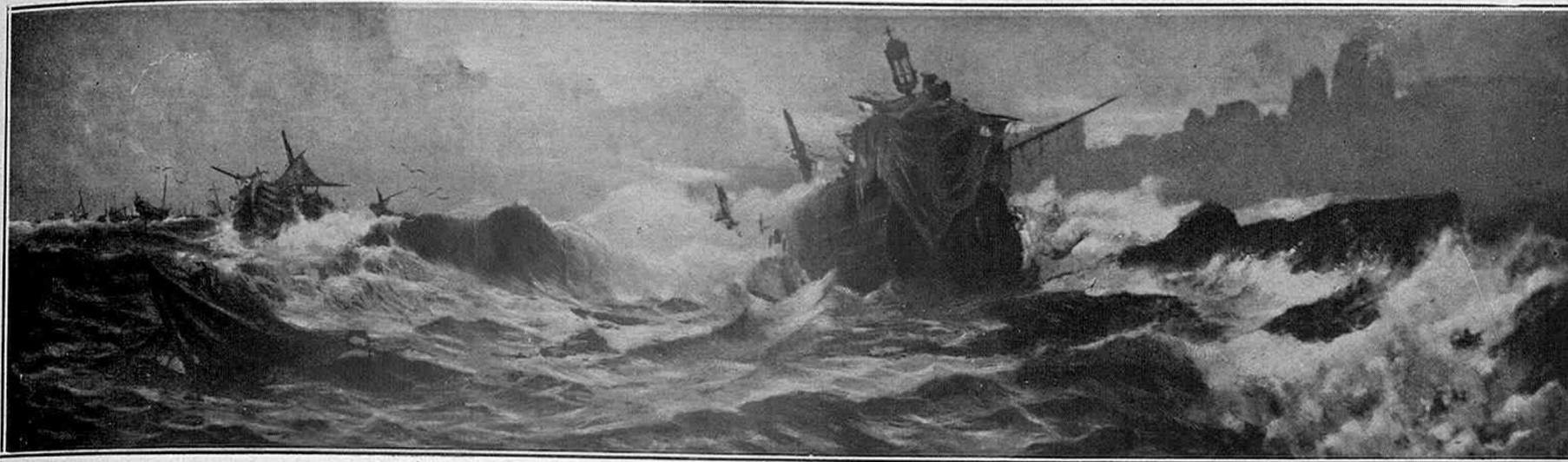
hombres, á las órdenes de Alí Bajá. Los generales de la escuadra cristiana no creían prudente entablar el combate; pero D. Juan de Austria, que sentía vivísimos deseos de combatir, pronunció la frase: *Ya no es hora de aconsejar, sino de combatir.*

El combate más encarnizado fué en el centro de la línea. Allí, los españoles, con D. Juan de Austria, que fué herido, al frente, intentaron por tres veces el abordaje de la capitaneada por Alí Bajá. Le lograron en el tercer intento, y el choque fué terrible. Alí Bajá fué muerto por un arcabucero español, que, cortándole la cabeza, se la presentó á D. Juan de Austria como trofeo.

El generalísimo español reprendió la hazaña, y mandó que la cabeza fuese arrojada al mar. No lo hicieron sus soldados sin pasearla antes por los barcos clavada en una lanza, y al verla las tripulaciones comenzaron á lanzar gritos de triunfo, que pronto fué definitivo.

Nadie ignora que Cervantes asistió como soldado á la batalla y la cantó después como poeta. Herido, de allí su glorioso sobrenombre de *El Manco de Lepanto* á que el Cuerpo de Inválidos acaba de hacer honor colocando el busto de Miguel de Cervantes en el cuartel que los aloja.

LA CATASTROFE DE LA INVENCIBLE



«La Invencible», cuadro de José Gartner de la Peña

FERNÁNDEZ Duro, que ha estudiado, con su doble calidad de historiador y de marino, la triste campaña de la Armada Invencible, censura á los historiadores anteriores á él que para exaltar la serenidad de Felipe II ante el desastre, hayan pulido, adicionado, comentado con demasiado encomio y hasta quizá inventado la famosa frase: «Yo envié mis barcos á luchar contra los hombres, no contra los elementos.»

Fernández Duro tiene razón: con esa exaltación no gana nada, antes pierde, la figura del tétrico rey, que de ser cierto todo lo que con esa ocasión cuentan de él, más que de sereno, quedaría acreditado de insensible, que no es seguramente una característica de los hombres superiores.

La abundantísima documentación recogida por Fernández Duro, y publicada en dos tomos nutridísimos, demuestra además que, aun habiendo sido las tormentas la causa ocasional, la causa final del desastre, antes le había preparado, siendo su causa verdadera la impericia de los hombres, y singularmente del general de aquella flota, investido en ella de la más plena autoridad real, y que abandonó cobardemente el pendón regio, que le había sido entregado con toda pompa y solemnidad y mediante juramentos que no cumplió.

Son muy numerosas las relaciones de aquellos sucesos escritas en la época, y que Fernández Duro ha publicado en su libro, y leyéndolas se ve con toda claridad cómo fué preparándose la catástrofe, hasta qué punto fué absurda la dirección de aquella campaña, desde su preparación misma, y cuán grande fué la superioridad de los marinos ingleses, que manteniéndose siempre en contacto con las naves españolas, pero á distancia suficiente para no ser inútilmente batidas—á más de tiro de cañón—, sólo aceptaron batalla cuando, por su superioridad material indiscutible, estaban seguros de vencer, y siempre vencieron.

El duque de Medina Sidonia estaba muy lejos de tener la capacidad necesaria para vencer en aquella magna empresa de atacar y derrotar á los ingleses, que constituyó uno de los mayores y más constantes empeños de Felipe II y uno de sus mayores fracasos también.

Los preparativos hechos no atendieron suficientemente á las necesidades que aquella enorme escuadra forzosamente había de seguir; la torpeza de sus movimientos, por impericia del mando supremo, á duras penas obedecido por los verdaderos marinos, que constantemente iban dándose cuenta de los errores; la primera retirada y otras concausas semejantes, aumentaban esa desproporción entre el objetivo señalado y los medios de acción, y sobre todo, y esto fué naturalmente lo peor, dieron ocasión á que la escuadra inglesa, muy débil al principio y, por tanto, fácil de vencer, se acrecentase enormemente hasta lograr una superioridad indiscuti-

ble, y que forzosamente se hubiese hecho sentir llegado el momento culminante, que no llegó, de un combate definitivo.

Efectivamente: en tanto que los ingleses acrecentaban y concentraban su fuerza, la Invencible se disgregaba, dispersándose cada vez más y perdiendo unidades, y no de las peores.

Cada movimiento de la Invencible era un gigantesco paso hacia la derrota, y esto ocurría cuando las tripulaciones, diezmadas ya por las privaciones y por la temperatura, ya que las tropas no llevaban ropas apropiadas para defenderse del frío propio de aquellas latitudes en que habían de combatir, eran víctimas de una terrible epidemia: «una pestilencia sutil», según uno de los cronistas de la época, que estudios médicos modernos han identificado con el escorbuto.

Las naos, además, no llevaban médicos á bordo, de manera que los enfermos no recibían ningún género de cuidados, y sucumbían casi todos; si alguno se salvaba, era también por verdadero milagro.

Sin fuerza y desmoralizadas las tripulaciones; sin medios de defensa los navíos, entregados al capricho de los vientos, dispersados, constituyendo así fáciles presas ó enemigos excesivamente débiles, la escuadra Invencible fué quedando reducidísima, y la obra de los elementos no tuvo, efectivamente, mucho que destruir cuando su hora llegó.

Ante el desastre, además, y por si todo ello fuese poco, el almirante de aquella magna fuerza sólo pensó en huir: su preocupación constante consistió en que la velocidad de su navío fuese grande y en aproximarse lo más pronto posible á las costas de España.

Ni siquiera al llegar á ellas pudo recuperar la dignidad á que su alto cargo y la representación regia que ostentaba le obligaban: cuanto antes pudo abandonó la escuadra, dejando en ella el estandarte real é inmediatamente pidió licencia para retirarse á su casa.

Por si eso era poco, aun llegó á más, deshonorándose, como dice con exactitud Fernández Duro, en un memorial en que hacía explícita declaración de su fracaso y de su ineptitud.



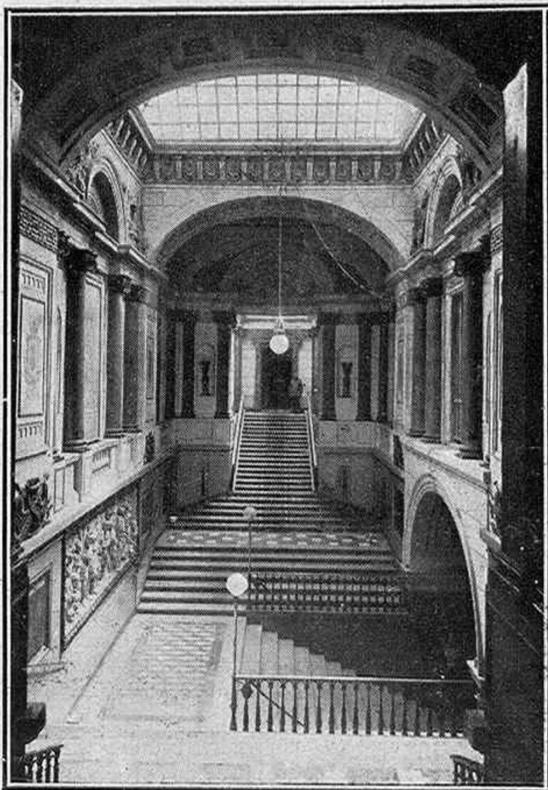
«Retrato de Felipe II», por Pantoja de la Cruz

(Fot. Cortés)

D. T.

UNA VISITA AL MUSEO NAVAL

La piqueta convertirá pronto en cascote el viejo Ministerio de Marina



Escalera del Ministerio de Marina

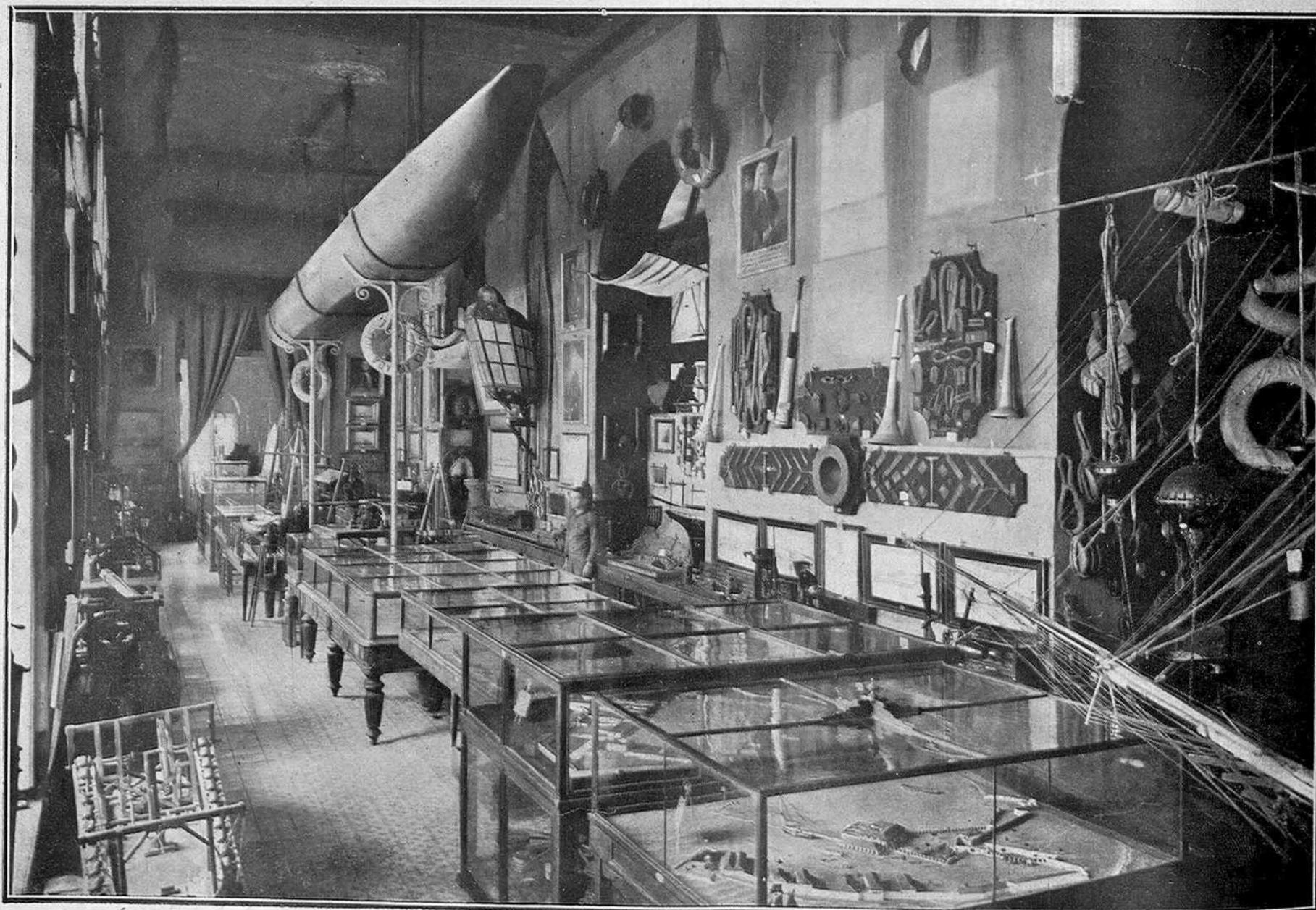


Fachada del Ministerio de Marina

TENEMOS del mar una idea literaria. Algunas veces hemos «combinado» la gaviota, la vela latina, el palo de mesana y el «lobo de mar». Con estos elementos bien adobados hemos escrito esas crónicas de rayadillo y de playa que tanta fama han dado á algunos compañeros. Hay reputaciones hechas de retazos de literatura descriptiva. ¿Quién que se estime un poco no ha escrito frente al Mediterráneo ó el Cantábrico estas ó parecidas palabras: «¡Agua! ¡Agua! La lámina plateada é iriscente brilla herida por el sol como el recamado atavío de

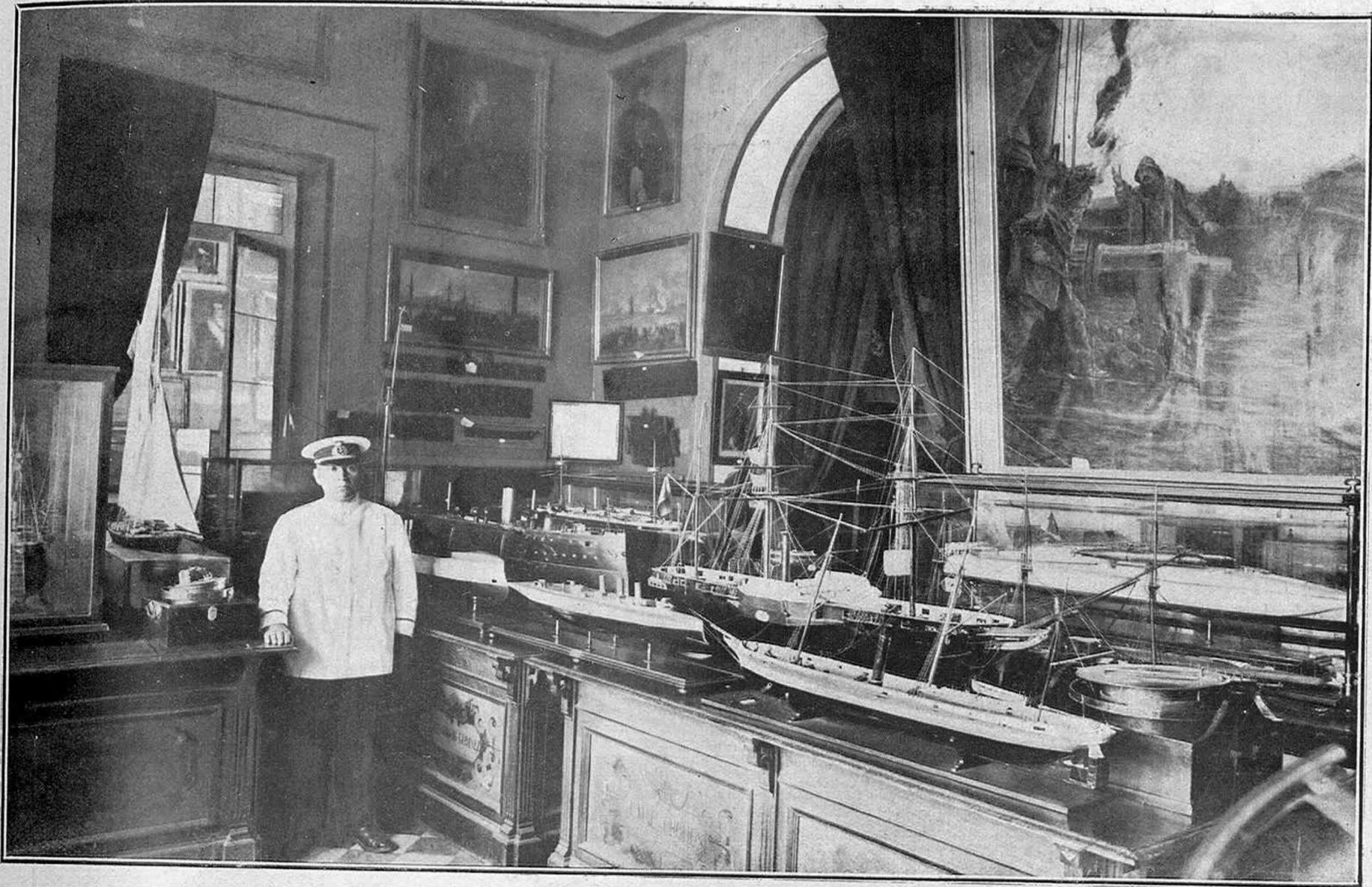


Frontis de la escalera del Ministerio de Marina



Una de las salas del Museo Naval

(Fots. Cortés)



Sala de modelos del Museo Naval

(Fot. Cortés)

una danzarina. ¡Agu! La sábana verde inquieta, reverberante y movediza, hace juguete de sus olas á la frágil barquilla, como el mar de las pasiones golpea y juega con nuestro corazón. «Agu!...»

Esta crónica, enviada por mí á un cotidiano, dió lugar á un telegrama escueto y fulminante del director:

«Deje inmediatamente Cantábrico. Ya es demasiada agua. Está usted expuesto á coger un reuma. Véngase á Madrid.»

EL ANTIGUO PALACIO DE GODOY QUEDARÁ VACÍO ANTES DE FIN DE AÑO. LOS FALUCHOS, PIRAGUAS Y FRAGATAS DEL MUSEO.

Para el escritor es más importante la descripción del Cantábrico que el Cantábrico mismo. Apretarse la barbilla en un acantilado viendo pescar el «chipirón» en un cascarón de nuez no sugiere grandes ideas. La proximidad de las cosas le quita grandeza. Desde la meseta seca y árida, el mar toma proporciones desmesuradas. Aviva la hoguera imaginativa. El «mar literario» que bulle en la cabeza del periodista es más grande, más profundo y más extenso que todos los mares. Frente á los modelós de barcos del Museo Naval, junto á estas anclas, corbetas, piraguas, hélices y banderolas, yo he sentido más emoción que si hubiera visto estos aparatoscos en su elemento acuático.

Dentro de poco, la piqueta hará una obra de justicia convirtiendo en cascote el viejo Ministerio de Marina. El antiguo palacio de Godoy es un caserón destartado, antiestético, angosto, de cuyo anatema sólo se salva la gran escalera central. La casa del favorito Godoy sufre el oprobio del reinado de Carlos IV, tan mezquino, tan lleno de roña espiritual, tan falto de gallardía y de grandeza.

Ya ha comenzado el traslado de objetos al nuevo Ministerio, espléndido edificio que se alza en el Prado. Antes de que el viejo Ministerio de Marina quede para «usufructo» de las arañas, el

reporter, con permiso del ayudante mayor, don Julio Suances, hombre de exquisito trato, ha recorrido las salas, pasillos y dependencias de la casa. Y ha quedado perplejo en los salones del Museo donde se guardan tantas reliquias históricas, que al trasladarse á la nueva mansión estarán guardadas con la dignidad, el rango y el cuidado que merecen.

—Hay un poco de barullo—nos dice el marino que nos acompaña—; figúrese usted todo lo que hay que remover, desclavar y amontonar para trasladarlo á la nueva casa. Si una mudanza particular equivale á un terremoto, el traslado de tanto cachivache y artillugio da calofrío.

—¿Cuándo estarán ustedes en el nuevo edificio?

—Yo calculo que á primeros del año próximo. Ya se van porteano, poco á poco, algunos utensillos y los muebles de los despachos. Los cuadros de Goya que decoraban la biblioteca están ya en la nueva casa.

Paseamos por el Museo entre cientos de modelos de goletas, faluchos, pataches, barcos mercantes, piraguas y acorazados de guerra. Aquí el modelo de palo y mastelero de cuña; el escandallo para sondar grandes profundidades; tensores de hierro forjado para tesar jarcias; cuñas de mastelero de juanete; popas con hélices de cuatro aspas; bitas y bozas con estofor para los cables de cadena; un magnífico plano en relieve del Peñón de Gibraltar; modelo de un navío del porte de 100 cañones, anclas y hélices, todo lo inventado por el hombre para dominar el mar desde los tiempos prehistóricos en que se lanzó á la gran aventura hundido en el tronco hueco de un árbol ó en barquichuelos de juncos.

EL PASO DE LOS DARDANELOS POR LA ESCUADRA ESPAÑOLA. UNA CARTA DE COLÓN. EL DOMINIO DE LA TIERRA ESTÁ EN EL AGUA.

En un marco hay un documento en árabe. Al pie la traducción en castellano. Dice así: «Firman expedido por el Sultán Abdul Hamid en 1782, que el general de Marina D. Gabriel

Aristizábal usó para poder penetrar, con la escuadra que mandaba en los Dardanelos, y llegar hasta Constantinopla.»

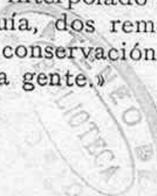
Se pegan los ojos á la vitrina que guarda el modelo de la carabela de Colón. En el testero, tapado por una roja cortinilla, está la carta del glorioso navegante cuando cruzó, el 3 de Agosto de 1492, la barra de Saltes, comenzando la grandiosa epopeya del descubrimiento de América.

Sobre una plancha de hierro hay pegados trozos de granada. En una placa de metal, los nombres de los marinos españoles—de algunos, porque han sido legión—que dieron su vida por España. La grandeza de las naciones está en el mar. Un pueblo sin barcos es un pueblo bloqueado. Hasta ahora, el dominio de la tierra está en el agua, como quizá en el porvenir se dispute en el aire. La quilla de un buque es un trozo de frontera movediza.

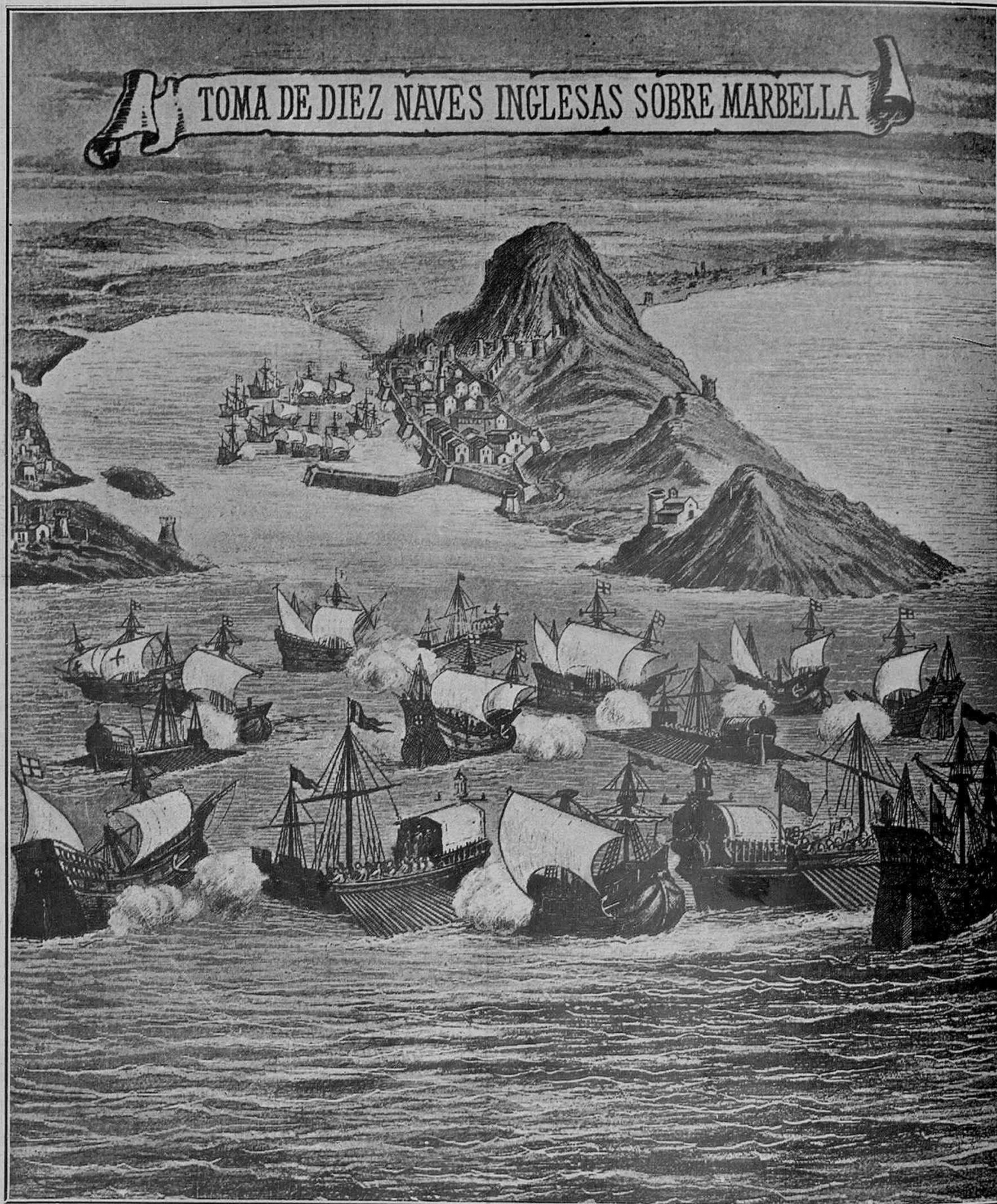
Es cierto que nos gustaría ver siempre en los Museos todos los aparatos de destrucción inventados por el hombre. Aquí, en sus estantes y vitrinas, pregonarían al individuo del porvenir, estos cañones y hachas de abordaje, la ferocidad de sus antepasados. Es que había surgido en el mundo una nueva conciencia. ¡Todas las armas á los Museos! No construir más que barcos mercantes y declarar la guerra fuera de la ley. Estas palabras de Coolidge son la gran ironía de nuestro tiempo. El presidente de los Estados Unidos preconiza la paz y pide al Senado la construcción de la flota de guerra más grande que vieron los siglos.

Junto á estos recuerdos de nuestro pasado esplendoroso, yo pienso que el mar hizo grande á España y le quitó su poderío. Para ser libres y fuertes en la tierra, hay que ser dueños del agua. Y, como dijo el maldiciente Suárez de Figueroa en *El Pasajero* hace ya cuatro siglos: «... cuando se halla interpolado con mares el cuerpo de la monarquía, dos remedios son importantísimos para su conservación y defensa: muchos bajeles y mucha gente.»

JULIO ROMANO

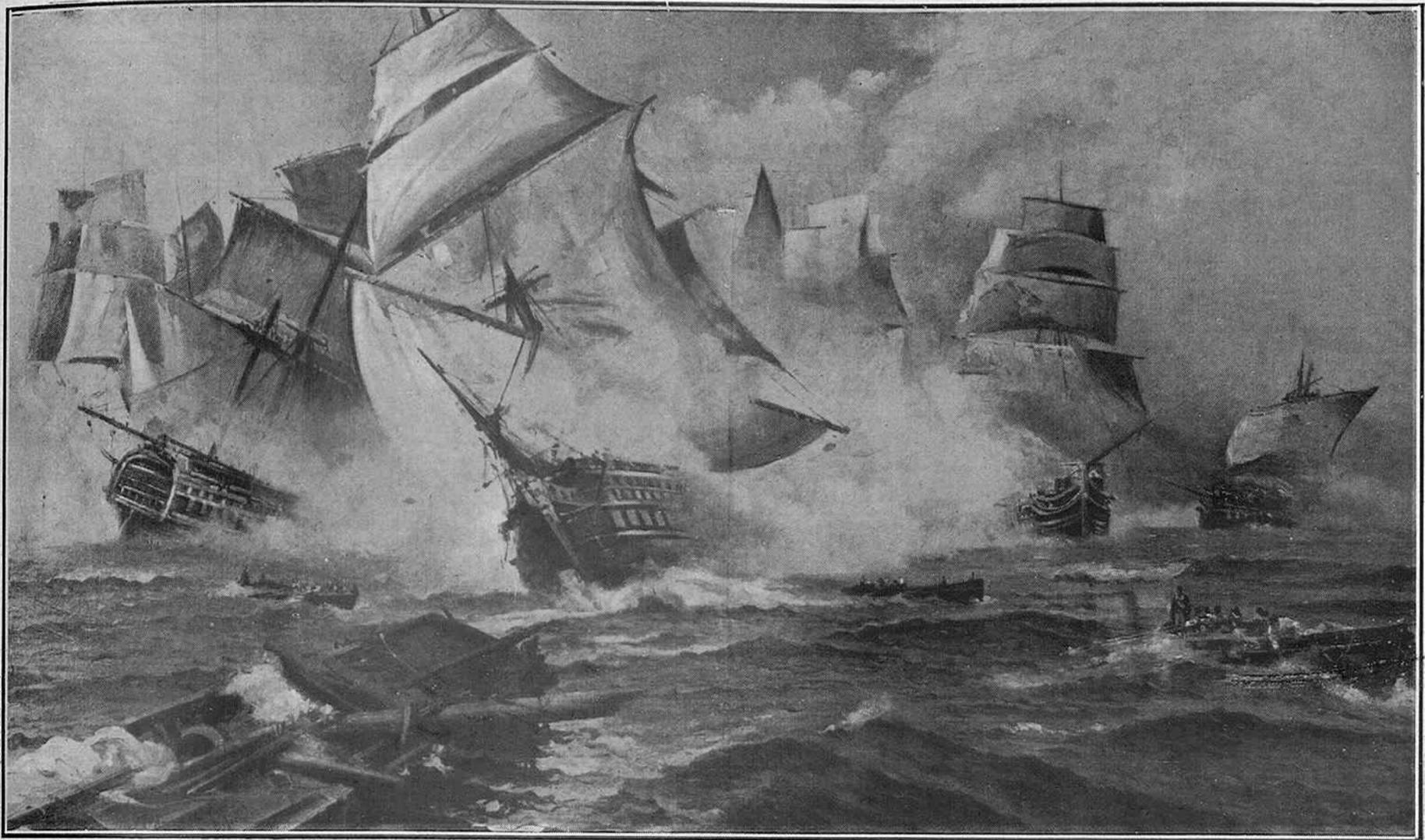


HAZANAS DE LA ARMADA ESPAÑOLA



«Toma de diez navíos ingleses sobre Marbella», según una pintura mural del Palacio del Viso

T R A F A L G A R



«Trafalgar», cuadro de R. Verdugo Landi

EL día 7 de Octubre de 1805, el almirante en jefe de la combinada mandó aprontarse á dar la vela; pero cambiando de resolución, según tenía por costumbre, citó á los generales españoles para que, con algunos de sus capitanes, concurriesen al navío *Bucentauro* en el siguiente día, á fin de examinar si era ó no conveniente la salida.

No reinó en el consejo la mejor armonía entre españoles y franceses. Estos, y especialmente el general en jefe, temiendo más que á nada al desagrado del Emperador, estaban por salir y aceptar una batalla, cualesquiera que fuesen el resultado y consecuencias. Los españoles, menos temerosos de una censura que no habían merecido y más conocedores de las circunstancias en que la acción iba á empeñarse, no convenían con los franceses en la oportunidad de aquel momento. Veían, por el contrario, que, fracasado el primitivo plan contra Inglaterra y adelantada la estación, forzar á los ingleses á pasar á la vela lo crudo del invierno en el saco de Cádiz era hacerles perder una campaña, sin haber combatido, á la vez que ese tiempo, aprovechado por los nuestros en completar sus armamentos y en adiestrar á las tripulaciones nuevas que acababan de ser reclutadas por el procedimiento de las levas, las disponía á caer luego con ventaja sobre los ingleses; observación que si hoy, con los modernos medios de movimiento y de combate, pudiera parecer inaceptable, era muy digna de tenerse en cuenta en aquellas tan largas campañas, que habían durado, y aun habían de durar años enteros, sostenidas con buques de vela.

Algunas reticencias del general francés Magón, contestadas con acritud por Galiano, dieron lugar á que Gravina pusiese fin al acto dirigiendo al almirante en jefe las siguientes palabras: «cabeis, señor almirante, que los navíos españoles han sido siempre los primeros en entrar en fuego y los últimos en retirarse. Nos habéis pedido consejo, y os le hemos dado lealmente. Si resolvéis atacar á los ingleses, no tendréis que esperarlos.»

Mientras el desacuerdo de los jefes venía á caer como última desgracia sobre la escuadra combinada, un espectáculo distinto ofrecíase á bordo del *Victory*, en que Nelson había reunido á los suyos para exponer sus planes con una previsión casi profética hasta de los errores en que había de incurrir su contrario, un tino y un acierto tales, que, al acabar de reseñarlos, todos sus capitanes creían segura la victoria.

Las instrucciones dadas á una y otra escuadra por sus respectivos almirantes evidencian el estado de ánimo de cada uno de ellos. La confianza en la victoria brotaba de los labios de Nelson: el desaliento y la duda de los de su contrario.

«El que no se hallare en el fuego—decía Villeneuve—no estará en su puesto; la señal de que acuda será un baldón, una deshonra para él; el éxito puede depender de la pericia, mas de seguro cabe á la mejor suerte.»

«En el caso—decía Nelson—de que mis señales no se vean, todo capitán habrá cumplido su deber si abarloa un navío enemigo. Hay que dar algo á la fortuna; mas confío en obtener la victoria antes que la cabeza del enemigo llegue en auxilio de la cola.»

Villeneuve, pues, emprendió la batalla con el presentimiento de la derrota: pensaba de antemano en que sus capitanes pudieran no encontrarse en el fuego; creía que el factor principal era la suerte, siendo la suya tan aciaga. Nelson, por el contrario, aunque dejando algo á la fortuna, creía segura la victoria. La escuadra combinada no tenía confianza en su jefe; la inglesa, por el contrario, creía al suyo infalible.

Gravina, por su parte, reducido á pasiva obediencia, subordinado á un jefe cuya impericia le era conocida; después de haber expuesto su opinión en el consejo, nada tenía que hacer ni que decir sino lanzar sus navíos á la muerte cuando para ello fuese requerido. Únicamente suplicó á Villeneuve que en el orden de marcha interpolase los navíos españoles y franceses, á fin de que en el caso, que empezaba á temer por lo

que había observado en Finisterre, de que una sola división entrase en fuego, franceses y españoles participasen por igual de los honores del combate.

Villeneuve, accediendo á su ruego, distribuyó la escuadra en esta forma. La vanguardia, compuesta de cuatro navíos franceses y tres españoles, sería mandada por el general Alava, que arbolaba su insignia en el navío de tres puentes *Santa Ana*; la del centro, compuesta de igual fuerza, sería regida por Villeneuve y por Cisneros, que ocuparían su centro, montando respectivamente el *Bucentauro* y el *Santísima Trinidad*; la retaguardia, compuesta de otros siete, la mandaría Dumanoir, que arbolaba su insignia en el navío *Formidable*. La escuadra de reserva, compuesta de doce navíos, por mitad españoles y franceses, sería mandada por Gravina en el *Príncipe de Asturias*, llevando por segundo á Magón con el navío *Algeciras*, y á Escaño como jefe de su Estado Mayor.

Supo, al fin, Villeneuve que se encontraba ya en Madrid su sucesor, el almirante Rossilly, y ansioso de rehabilitarse, siquiera como hombre de valor, antes de ser llevado á la presencia del irascible Emperador, se entregó por completo á la fortuna, decidido á que el éxito ó la muerte le salvaran de aquella situación violentísima, que ante propios y extraños consideraba insostenible.

Al amanecer del 19 de Octubre, puesta en el *Bucentauro* la señal de dar la vela y repetida por Gravina á los suyos en el *Príncipe*, desplegaronse á un tiempo las velas de treinta y tres navíos y de siete fragatas auxiliares. Un levante calmoso hacía moverse perezosamente aquellas moles de madera, y un inmenso gentío contemplaba desde las murallas aquel majestuoso espectáculo que nunca había de repetirse. Un siniestro presentimiento retratábase en algunos semblantes; ¡cuántos corazones palparían en aquellos movidos por distintos resortes!

La calma, las mareas, la aglomeración de los

navíos en los pasos estrechos, la dificultad de maniobrar de los que habían sido tripulados con recientes levadas y tropas del ejército, hicieron prolongar la maniobra de salida durante todo el día y hasta la amanecida del siguiente, que lo verificó el navío *Rayo*.

Apenas franqueada la escuadra de todos los peligros de la tierra, el viento fué rolando por el sur hasta fijarse en sudoeste fresco. Villeneuve ordenó quemar dos rizos á las gaviás; ceñir mura á babor y dirigirse mar afuera sin sujeción á orden. A las tres de la tarde, algo amainado el viento, mandó virar á un tiempo por redondo, largar los rizos á las gaviás, formar cinco columnas paralelas y hacer derrota hacia el Estrecho.

Una de las fragatas avanzadas señaló entonces 18 velas; pero desde la escuadra no llegaron á verse en todo el día más que cuatro fragatas, que formaban la avanzada de Nelson. Gravina destacó á Magón con tres navíos para perseguirlas, y anochejó sin otra novedad ni cambio en la derrota.

Hacia la media noche se oyeron varios cañonazos, indicadores de señales, por los que pudo calcularse que el enemigo estaba á menos de una legua; Villeneuve nada disponía.

Impaciente Gravina por la inacción del general en jefe y la proximidad del enemigo, le advirtió por señales la necesidad de formar una pronta línea de combate sobre los navíos sotaventados, á fin de no ser sorprendidos en desorden á la amanecida; consejo tan racional y cuerdo que el almirante en jefe ordenó acto continuo el movimiento, quedando nuestra escuadra en este orden: la de reserva, con Gravina y Magón á la cabeza, hacia el Estrecho; después de ellos Alava; en el centro, Villeneuve y Cisneros; Dumanoir á retaguardia, la proa al sur y el viento algo más flojo del oeste.

Durante el resto de la noche se vieron luces y cohetes de señales que indicaban mayor proximidad del enemigo.

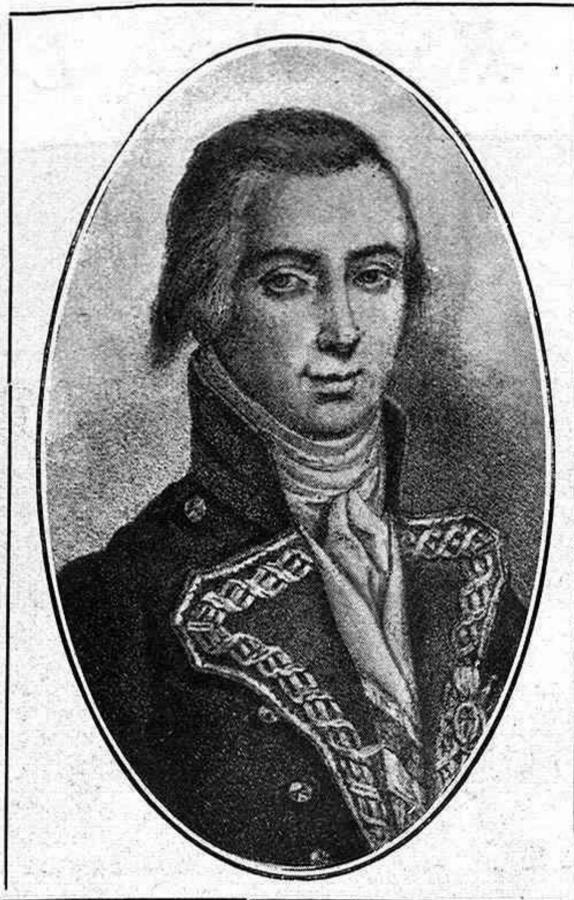
Cuando los claros de la aurora rompieron las tinieblas de la noche, viéronse á barlovento, mar afuera, 27 navíos enemigos, siete de ellos de tres puentes, y seis fragatas auxiliares, en línea de batalla de la mura contraria, proa al norte.

A las siete de la mañana, Nelson mandó arribar á sus navíos en columnas sobre el centro y la retaguardia de nuestra extensa línea. Una hora después ordenó Villeneuve á los suyos virar á un tiempo por redondo, ceñir el viento por babor en el navío de cabeza y formar todos por sus aguas; evolución que invirtió la escuadra; y la numeración de los buques y ocasionó cierto desorden, á causa de la necesidad de arribar, la calma y el desigual andar de los navíos, que no había sido previamente comparado.

Esta primera maniobra, por lo que se refiere á la virada, sobre todo si hubiese sido hecha algunas horas antes, no puede censurarse en sana crítica, porque el propósito de Villeneuve, en previsión de un descalabro, era tener como refugio á sotavento á Cádiz. Verificado el movimiento, sin embargo, cuando ya el enemigo estaba encima, se produjo el desorden consiguiente: algunos navíos se sotaventaron, y la línea quedó deformada, ofreciendo á las columnas enemigas los claros que precisamente deseaban para pasar por ellos, orzar por sotavento los que hubieren pasado, coger á nuestra línea entre dos fuegos y decidir en combates parciales el éxito de la batalla.

Gravina, que comprendió el peligro al ver que las columnas inglesas, con la ventaja que les daba su posición de viento en popa, después de nuestra maniobra enmendaban su rumbo, persistiendo en atacar el centro y la nueva retaguardia, que era ahora la escuadra de Alava, se abstuvo de arribar, como le había mandado Villeneuve, y manteniéndose á barlovento con Magón y sus doce navíos, pidió permiso al almirante en jefe para maniobrar con independencia, á fin de disminuir la extraordinaria extensión de nuestra línea y caer con sus doce navíos arribados sobre las columnas inglesas en el momento en que trabasen el combate, para cogerlas entre dos fuegos, entre la escuadra principal y la reserva, y hacer con ellos precisamente lo que intentaban hacer con nosotros.

Dios puso entonces una venda tupida, más tu-



DON FEDERICO GRAVINA

pidas que nunca, sobre los ojos del almirante desgraciado y funesto, que aun después de destituido por el Emperador, continuaba pesando como losa de plomo sobre la privilegiada inteligencia de Gravina, que aun con tan malos elementos pudo haber invertido el éxito de la jornada con su acertada maniobra. Villeneuve se negó á recibir tan previsor consejo, y contestó con seca negativa, ordenando á la escuadra de reserva alinearse en una fila sobre la cola de la línea. ¡Yerro tremendo que le privó de auxilio, alejando del fuego, por el pronto, á los doce navíos y dejando inactivo al hombre más inteligente de la escuadra! ¡Maniobra funesta que obligaba á perder sin objeto la ventaja del viento, y fué unánimemente reprobada por los mismos generales franceses!

Siendo tan evidente el yerro y siendo extraño el general que lo mandaba, ¿debió Gravina, piensan muchos, desatenderse del general en jefe en el momento mismo de trabar combate? El patriotismo empuja involuntariamente en monosílabo afirmativo hacia los labios; pero la obediencia, el deber, la disciplina, la inseguridad del éxito, la misma recomendación de no buscar ó de evitar conflictos, unieron en aquel momento para torturar el alma de Gravina, para hacerle arrojar de sus manos las probabilidades de victoria, dar alto ejemplo de sumisión á los mandatos de su Rey y ejercitar su abnegación



DON COSME CHURRUGA

hasta el extremo de dejarse vencer por obediencia. Dió, pues, la orden de arribar á sus navíos, y desde aquel momento se tuvo por perdida la batalla.

En aquellos momentos de amargura para la escuadra combinada, cuando vió Nelson confirmado el mismo yerro que esperaba, apareció sobre los toques del *Victory* la famosa señal que como anticipado canto de triunfo ha conservado la Inglaterra y que aun hoy permanece grabada sobre la rueda del timón del *Victory*, para que sea repetida por cuantos extranjeros le visitan en la rada de Portsmouth: *England expects every man will do his duty* (Inglaterra espera que cada uno haga su deber).

Allí la he visto no hace muchos años; allí he llevado á traducirla á los guardias marinas españoles, y allí, sobre la misma plancha que señala el lugar en que Nelson reclinó su cabeza para dar su alma á Dios, bendiciéndole por la victoria conseguida, les he recomendado que no aborrezcan, sino que imiten á los grandes hombres que, aunque enemigos nuestros, consagraron su vida y sus talentos á su Patria.

Circulada á su escuadra aquella breve arenga, Nelson bajó á su cámara y arrodillado escribió en su diario la siguiente sentida plegaria:

«Quiera Dios omnipotente que adoro conceder á Inglaterra, para la salvación de Europa, una completa y gloriosísima victoria. Quiera también concederle que ningún acto de debilidad individual venga á empañar su brillo, y que después de la victoria ningún inglés olvide los sagrados deberes de la humanidad. Y en cuanto á mí, personalmente, mi vida pertenece á El, que me la ha dado; que El bendiga mi esfuerzo mientras combato por mi patria. En sus manos encomiendo mi persona y la justa causa, cuya defensa me está confiada.»

Mientras que Nelson imploraba los favores del Cielo, Churruga, que había quedado á la cola de la línea, después de reprobar nuestra funesta maniobra y predecir sus consecuencias, congregaba su gente en el alcázar, y cuando el capellán hubo acabado la fórmula de absolución de los pecados, pronunció las siguientes palabras: «En el nombre del Dios de los Ejércitos prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo sus deberes. Si alguno falta á ellos, le haré morir sobre la marcha; y si escapase á mis miradas, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado.»

El viento había aflojado. Movíanse perezosamente las columnas inglesas con todo su aparejo largo, incluso alas y rastreras. El *Victory* y el *Royal Sovereign* llevaban á la cabeza de ellas las insignias de Nelson y de Collingwood, éste por estribor de aquél, más hacia el sur y algo más próximo á los nuestros.

Cerca de mediodía, el navío español *San Agustín*, de la escuadra del centro, disparó su primer cañonazo, dirigido á la insignia de Collingwood para medir si estaba dentro de su alcance; fué preciso esperar en silencio unos minutos para que se acortasen las distancias.

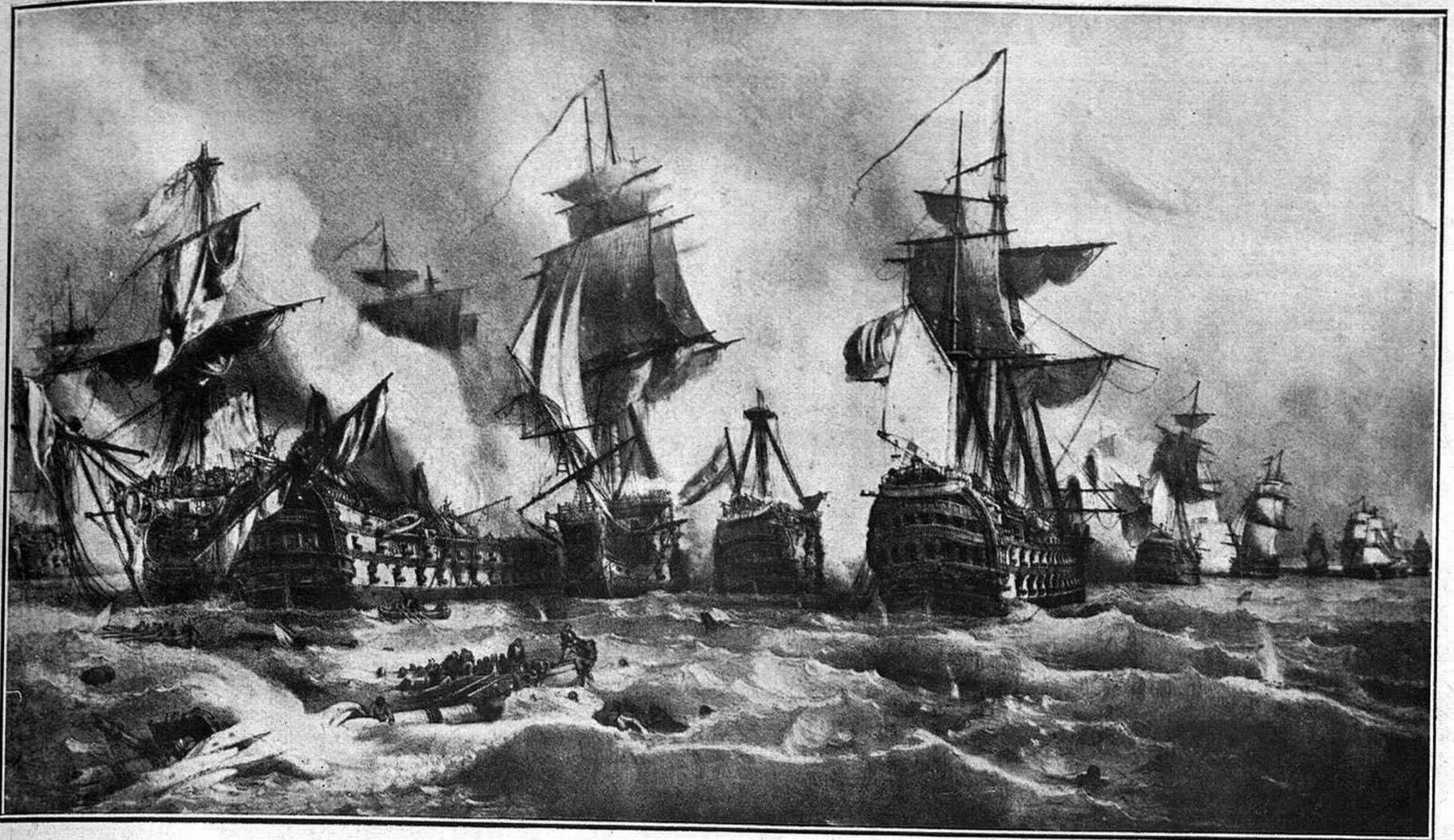
Era aquél un momento solemne y un espectáculo sublime. Sesenta navíos y trece fragatas, con todas sus velas desplegadas, surcaban lentamente aquel tranquilo mar, contando los segundos que faltaban para empezar el exterminio.

Nuestra línea única, en mal hora formada contra el consejo de Gravina, debía abarcar una extensión de seis á siete millas.

Nelson había ordenado que la cortasen por el undécimo navío, en tanto que él se dirigía sobre el *Bucentauro* con el doble propósito de apoderarse del general en jefe y de cortar á media escuadra, por lo menos, la retirada á Cádiz.

Collingwood, ó porque no contase los navíos que habían caído á sotavento, ó porque hallase mayor gloria en combatir con el *Real Santana*, que era el 17, puso la proa sobre éste, cayendo el peso de las dos columnas sobre el centro de la nuestra, que era la parte menos ordenada.

Aun cuando Villeneuve nada ordenaba, la evidencia del intento de Nelson exigía de los nuestros, ya que no hacer virar á la vanguardia desde luego, para venir á reforzar el centro, que hubiera sido lo acertado, por lo menos, estrechar las distancias para impedir el paso al enemigo, forzarle á mantenerse por babor y á ex-



La batalla de Trafalgar, según una estampa de la colección de Monleón que se conserva en la Biblioteca Nacional

(Fot. Cortés)

tenderse paralelamente á nuestra línea, para que entrase en fuego el mayor número. Esta última maniobra se verificó espontáneamente; pero con el desorden propio de la falta de dirección, unos navíos acortaron de vela y otros la forzaron, según el impulso propio de cada comandante; el movimiento no resultó uniforme; llegaron á chocar unos navíos con otros; viéronse algunos obligados á meter en facha las gavias; los pocos que arribaron para evitar el abordaje, quedaron sotaventados, abriendo nuevos claros, que era precisamente lo que trataba de evitarse; y en este punto de momentáneo desorden y de inacción del general en jefe, en el momento de estupor que precede á las grandes catástrofes, verificóse el choque con encarnizamiento y violencia tales cual si estuviese irremisiblemente decretado el exterminio de las tres escuadras.

«Con demasiada furia empieza para que dure mucho tiempo», dijo Nelson desde el principio del combate, y, en efecto, á los pocos momentos parecía el mar, un bosque ardiente que, por contraste singular de la Naturaleza, manteníase á flote para que aquellos desgraciados pudiesen elegir la muerte por combustión ó asfixia. El sol, todavía espléndido en su fulminación, alumbraba 60 navíos vomitando la muerte por las bocas de cinco mil cañones sobre 40.000 seres vivientes. Los motones, las jarcias, bergas, palos, aparejos enteros cortados á balazos, desplomábanse con horroroso estruendo sobre las cubiertas, arrastrando en su caída á los que maniobraban por los altos y aplastando cadáveres y heridos.

Las voces de maniobra, mezcladas con los gritos de dolor de los heridos; el choque de unos navíos con otros; el crujido de los aparejos, que se desploman; el estruendo de la artillería; el fuego de los fusileros; el ruido de las bombas pugnando por mantener á flote aquellos casi cementerios, formaban horroroso y lúgubre conjunto, que no es posible describir.

En aquellos momentos—dice Serviez con sublime lenguaje—la lucha es general; por todas partes se ha venido á las manos; cada navío es un volcán; del seno de la mar se eleva un inconmensurable incendio con zonas de arco iris y con pirámides de fuego; desaparecen los navíos tras espesos remolinos de humo y se muestran de nuevo saliendo de su nube como aquellas belicosas deidades de la fábula

que intervenían en los homéricos combates.

En medio de los horrores de la lucha, voló el navío *Aquiles*, el *Trinidad*, el *Agustín* y el *Argonauta*, acribillados á balazos, desmantelados y atestados sus puentes de heridos, se sumergieron para siempre, sin posibilidad de auxilio; el *Redoutable* y el *Fougueux* sufrieron igual suerte; cuatro navíos ingleses siguieron hasta el fondo del mar á los vencidos; Alava, en el *Santa Ana*, ya sin palos, combatía contra cuatro navíos; Gravina, con su *Príncipe*, se defendía de cinco; la muerte iba segando vidas á razón de 500 por hora, y otros tantos heridos, sin movimiento y sin auxilio, yacían sobre los puentes de los navíos desmantelados que aun flotaban, esperando el horrible momento de irse á pique. Nelson, herido de muerte, conservaba aún aliento para alabar á Dios por su victoria; Gravina, Alava, Cisneros y Escaño, los cuatro generales españoles, yacían en lechos de dolor; Magón, Churruca y Galiano se hallaban entre los cadáveres; de quince capitanes que mandaban navíos españoles, doce estaban heridos ó muertos; el desgraciado Villeneuve había caído prisionero; Collingwood, más afortunado, ileso en el combate, tuvo tiempo más tarde de abandonar su *Royal Sovereign* en el momento de irse á pique, y, atravesando en una lancha aquel sangriento mar, volvió á arbolar su insignia vencedora en la fragata *Eurygalos*.

Cuando el astro del día llegaba al horizonte, el ruido y el fuego se iban extinguendo por escasez de combatientes. De sesenta navíos que algunas horas antes se mecían sobre el tranquilo espejo de las aguas, once se hallaban en el fondo; cinco españoles ó franceses estaban en poder del enemigo; los cuatro de Dumanoir habían desaparecido para caer después en manos de Strachan; en torno de la insignia de Gravina se reunían doce, entre españoles y franceses; los demás no tenían aparejo; Collingwood conservaba veintidós, más los cinco apresados; pero ni vencedores ni vencidos se hallaban en estado de seguir el combate.

Hasta el cielo parecía horrorizado. Tornóse rojío el sol, como si reflejara aquel cuadro de sangre y de horrores con que acababa el siniestro día; oscuros ni barrones alzáronse del horizonte como fantasmas precursores del castigo del Cielo, é iba á caer sobre aquella cruel humanidad, que así ejercía la paz y la concordia pre-

dicadas por el que vino á redimir el mundo.

Gravina, presintiendo una horrible tormenta y conociendo el peligroso estado de los buques para resistirla, dispuso la retirada á Cádiz de los que pudieran efectuarla; pero la Providencia lo quiso de otro modo.

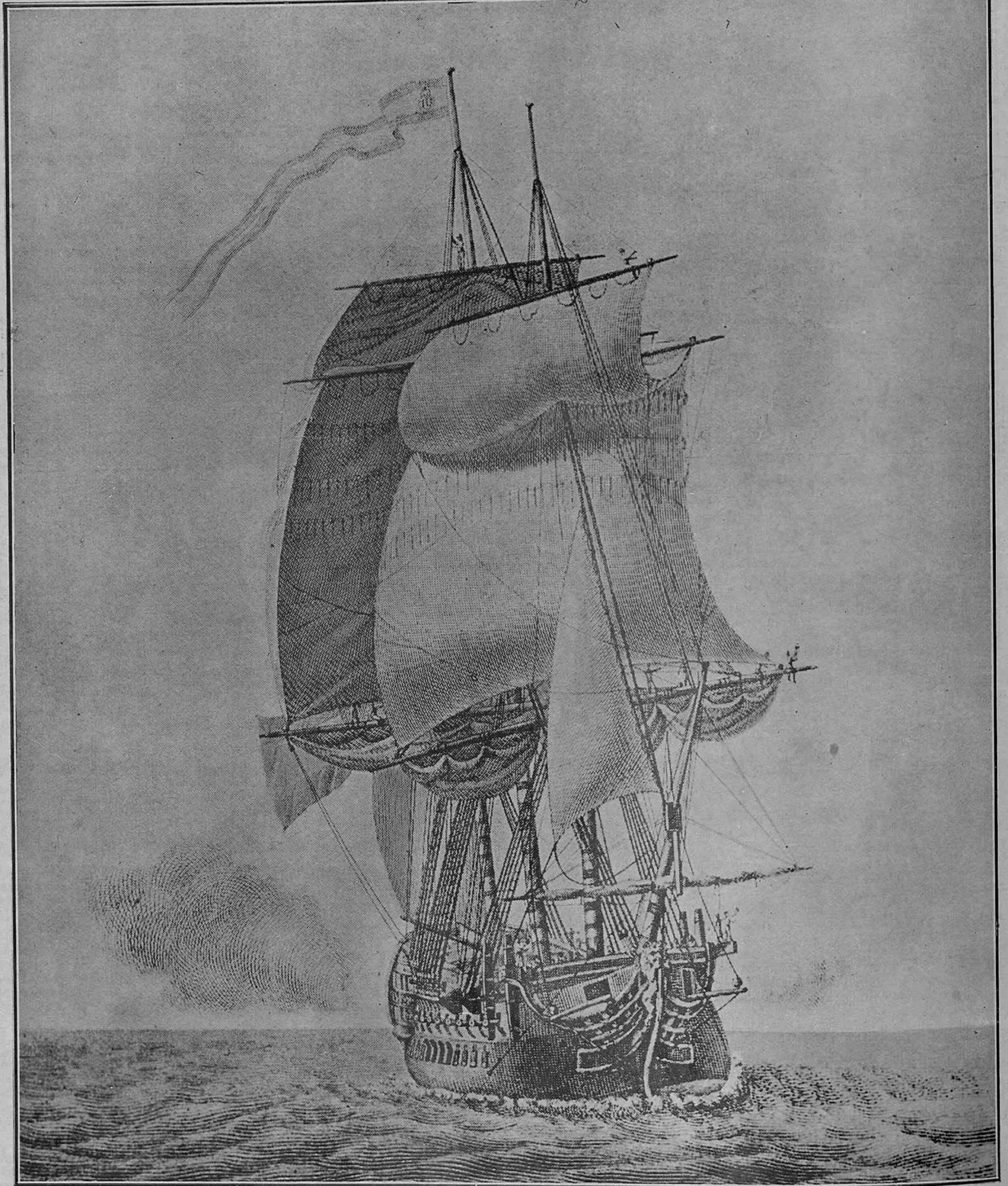
Al extender la noche su manto de tinieblas, una furiosa tempestad, que duró cuatro días, vino á unir sus horrores á los horrores del combate. Su fuerza asoladora, cayendo sobre vencedores y vencidos, sorprendiendo á los buques destrozados, sin aparejos, sin timones, sin comandantes ó con ellos heridos, sin hombres sanos suficientes para las maniobras, con muy escasos oficiales para dirigirlos, sin fuerzas para el trabajo de las bombas, arrollados por el viento, la mar y las corrientes sobre los peligrosos bajos de Trafalgar y Rotá, unió á las víctimas de la batalla las consiguientes al naufragio de otros once navíos y de dos más, que fué necesario entregar á las llamas, por imposibilidad de conservarlos á flote.

Olvidáronse entonces los rencores del día, y ante el nuevo y común enemigo, que á todos combatía por igual, sin preguntar por su bandera, españoles, ingleses y franceses, tornando su furor en humanitario sentimiento, llegaron á prestarse mutuo auxilio.

Con Gravina salváronse en Cádiz cinco navíos españoles y otros tantos franceses en malísimo estado. Nuestro almirante murió de sus heridas. Villeneuve fué llevado á Inglaterra, y dió más tarde fin á sus desgracias quitándose la vida. La mar en sus embates, la marea en su flujo y reflujo, continuó arrojando cadáveres á nuestras playas durante muchos días, y las corrientes del Estrecho se vieron enturbiadas con despojos humanos y con fragmentos de navíos de las tres escuadras. Entre muertos, heridos y ahogados sumáronse 14.000, una tercera parte de ellos españoles. ¡Tremendo cuanto estéril sacrificio y expiación terrible de pasados errores; pero á la vez expiación injusta en que parece innecesariamente el hombre honrado y valeroso, en que la patria pierde lo más selecto de sus hijos y lo más necesario y valioso de sus propiedades, mientras subsiste siempre, siquiera sea sumido en el descrédito, el, cuando menos torpe gobernante, que ocasiona tan terribles desastres y tan innecesarias hecatombes!

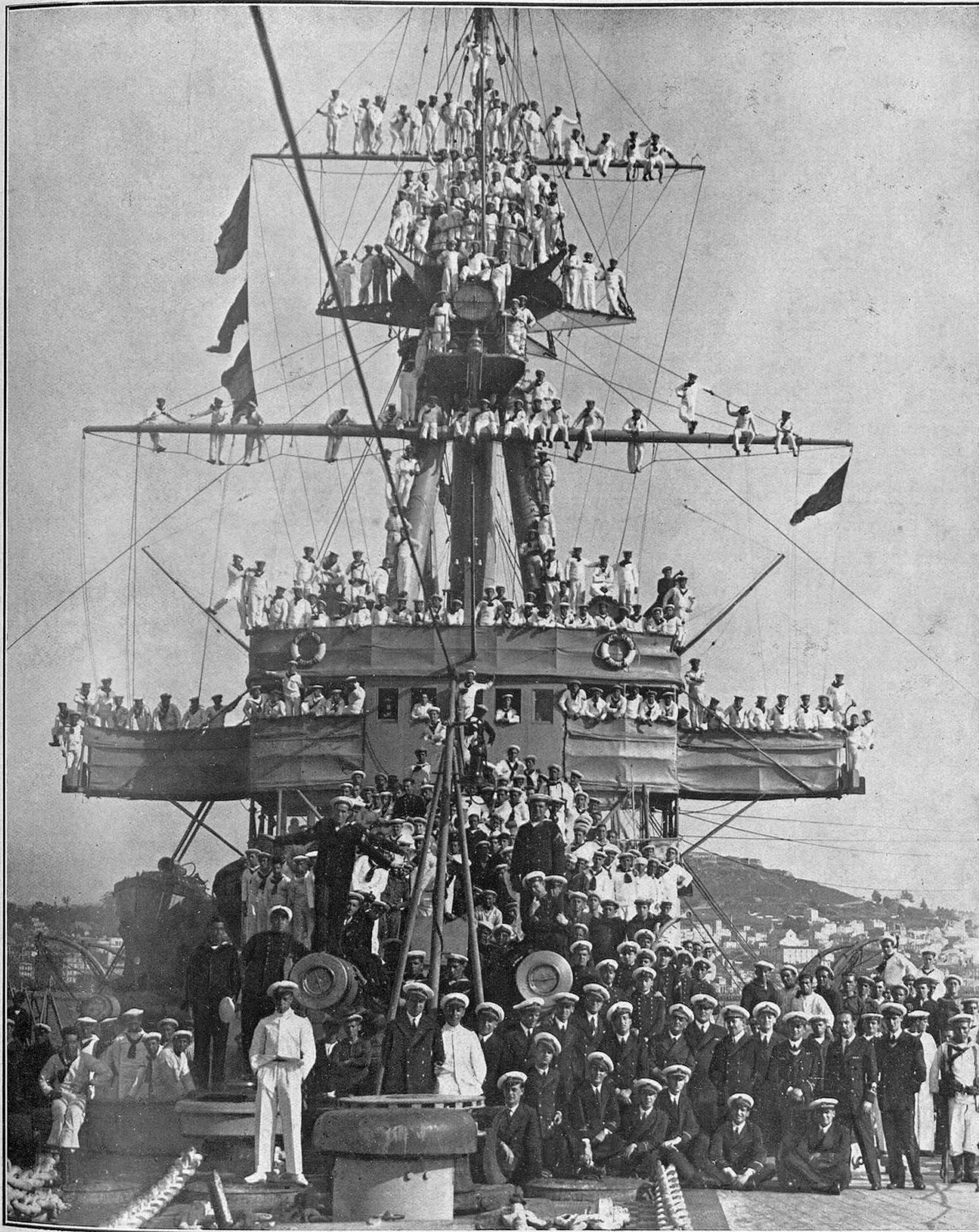
RAMÓN AUÑON Y VILLALON

EL COMBATE DE TRAFALGAR



Un navío de 47 cañones, de los que tomaron parte en el combate de Trafalgar

LAS UNIDADES DE NUESTRA ESCUADRA



Puente y torre del «Jaime I», con la tripulación del acorazado
Fot. Díaz Casariego)

1913



«La nueva nao "Santa María", al mando del capitán D. Víctor Concas, entrando en la rada de Hampton Cour», cuadro de W. L. Hudson, que se conserva en el Museo Naval de Madrid

LA GUERRA DE TÚNEZ



La conquista de Túnez, según la colección de tapices de la Real Casa.—El Ejército del Emperador Carlos V, dispuesto para embarcar en Barcelona (Fot. Laurent)

La conquista de Túnez es el tema de una de las magníficas colecciones de tapices que conserva la Casa Real. El asunto es merecedor de aquella perduración artística de su memoria, que es de muy notable belleza, y en la que aparecen los más interesantes episodios bélicos, marítimos ó terrestres de aquella campaña en que triunfaron, de tan grande enemigo como Barbarroja, las fuerzas de la cristiandad, con excepción de las francesas, que su rey, Francisco I, había puesto calladamente al servicio del turco.

Por éste dominaba en el mar Barbarroja, á quien el sultán había llamado poco antes á Constantinopla, ofreciéndole nombramiento de almirante bajá, porque, derrotada la armada de Suftí, sólo al bey de Argel, entonces en toda la pujanza y poderío, consideraba capaz de contrarrestar á Andrea Doria y deshacer los obstáculos que impedían á los turcos la soñada vuelta á Occidente.

La oferta llegó con toda oportunidad: Barbarroja, envanecido por sus triunfos y enriquecido por las presas logradas por sus naves en audacisimas expediciones, sentía extremada ambición, y aquel llamamiento del Señor de los creyentes había de parecerle el principio de nuevas fortunas. Para lograrlas quiso presentarse en Constantinopla con toda su fuerza y esplendor, y para lograrlo preparó espléndidamente su flota de siete galeras y once fustas, y emprendió su camino contando, y así fué, con que en el camino se le unirían los corsarios de los Gelves, y entre ellos el principal, Iusuf, que te-

nía una galera tomada á los venecianos y quince fustas. Así pensaba Barbarroja entrar en Constantinopla con magnífica escuadra. Sólo lo consiguió en parte. Su codicia le hizo ambicionar la galera veneciana de Iusuf y los 400 cautivos que conducía. La atacó traidoramente, y los corsarios, percatados de la traición, abandonaron á Barbarroja, que así vió muy mermadas sus fuerzas.

Hizo, sin embargo, una entrada espléndida con 40 velas engalanadas de banderas, tocando chirimías, haciendo una salva general, que pareció muy bien.

«Todavía mejor encontró el sultán—dice un historiador—el cortejo de 200 doncellas, cada una con un vaso de oro ó plata en la mano; los esclavos y muchachos que seguían; los 100 camellos en que se cargaron sedas, paños, curiosidades; los leones y otras fieras africanas formando el regalo al jefe de los creyentes. Lo que no le satisfizo tanto fué la persona del corsario, hallándole demasiado viejo para lo que quería exigirle; impresión aprovechada por los cortesanos contra el intruso, ya que estaba ausente su amigo y protector el gran visir Ibrahim, inspirador de la llamada, como de todo lo que tenía relación con la política otomana.»

Barbarroja demostró entonces su pujanza marchando en caminata de 250 leguas por montes nevados en busca de Ibrahim, y convenciendo al gran visir primero, y al sultán después, de que era el hombre indispensable.

Quedó al fin investido con las dignidades de capitán bajá, miembro del Diván, jefe supremo

del arsenal y de la escuadra. Solimán le tuvo en más concepto oyéndole declarar que no le asustaba el poderío de Andrea Doria, y que aun con fuerzas inferiores estaba seguro de vencerle. Aun acrecentó el prestigio del corsario la exposición que hizo del plan de campaña con que se proponía destrozár ó reducir á la impotencia la escuadra de Carlos V, y abrir así el camino de España á las huestes agarenas.

«Teniendo á su disposición tantas galeras como se dieron á su antecesor el año pasado, creía arrojar á los españoles de Berbería, ganándoles hasta el Estrecho de Gibraltar, y hecho esto, podría empezarse la reconquista de España con tanta facilidad como en tiempos de Tarik y de Muza; tomar las islas de Cerdeña, Córcega y Baleares, que no resistirían á su flota; ganar á Sicilia y á Otranto, y desde ellas toda Italia, quedando bajo la dominación de Solimán, desde Alejandría á Cádiz, las aguas mediterráneas.»

El principio de la campaña fué tal como el antiguo corsario, ya almirante y bajá, le había pintado. Partió mandando 80 galeras y 22 fustas, con 8.000 remeros griegos, 10.000 infantes turcos, entre ellos 800 genizaros de la guardia real, y con 800.000 ducados en sus arcas. Sorprendió á Reggio, pasó por Calabria, saqueó los pueblos, incendió naves, redujo á cautividad á 11.000 hombres, mujeres y niños, y así continuó hasta Civita-Vecchia, pasando por Nápoles y Gaeta, y sin que nadie se le opusiese. Doria, cuando más, se lanzó alguna vez á picarle la retaguardia con las siete galeras de Sicilia que mandaba.



La conquista de Túnez, según la colección de tapices de la Real Casa.—Nuestros arcabuceros obligan al enemigo á encerrarse en La Goleta

Andrea Doria vió el peligro, y envió al emperador un mensaje en que decía: «Vuestra majestad tiene armadas 35 galeras, y podrá pertrechar seis más en el reino; sería menester que concurrieran diez del Papa, cuatro de Malta, dos de Florencia, una de Génova, una de Lucca, tres de Nápoles; en total, 62, para afrontar á Barbarroja. Urge resolver.»

En tanto, el corsario, fracasada por culpa de las tropas francesas, que habían de auxiliarle,

una tentativa para apoderarse de Génova, se encaminó á Bizerta.

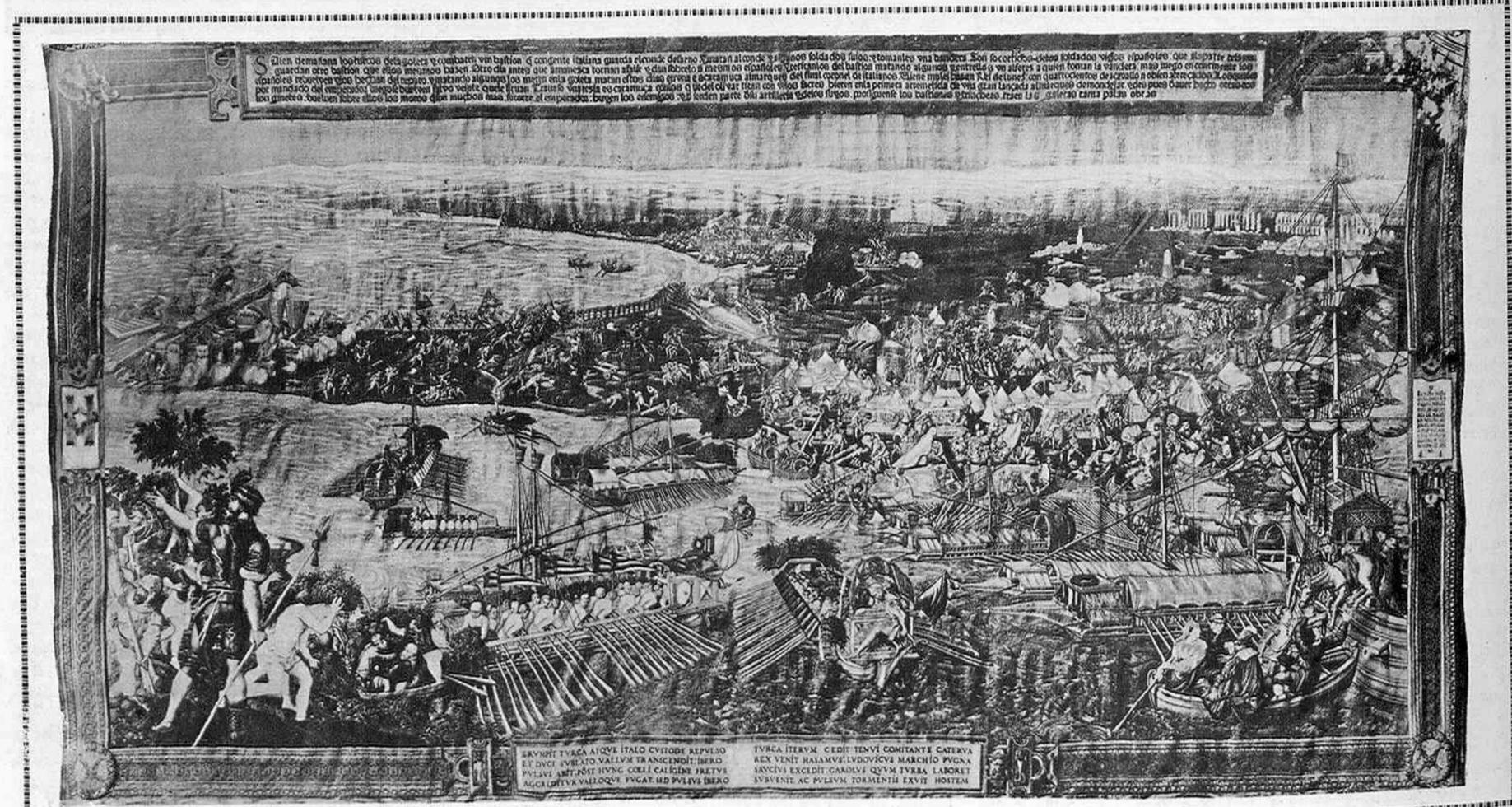
En Túnez le recibieron como á Salvador. Destronó fácilmente al odiado Muley Hassan, y quedó por dueño y señor.

El peligro señalado por Doria á Carlos V apremiaba aun más.

El emperador reunió Cortes en Madrid. La resolución consistió en hacer saltar de Túnez á Barbarroja antes de que tuviera tiempo de for-

tificarse, porque si de La Goleta hacía un nuevo Argel, no sólo Sicilia y Nápoles, mas también España estaría en jaque.

«En Barcelona se organizó la flota. A medida que las escuadras iban llegando hacían salva general, contestada por las otras con artillería, arcabucería y trompetas. Entró el infante D. Luis de Portugal, hermano de la emperatriz, con un hermoso galeón, 20 carabelas, muchos caballeros y 2.000 soldados. Virginio Ursino



Huída de los mahometanos, perdiendo parte de su artillería ante el empuje de las tropas imperiales (Fots. Laurent)



La conquista de Túnez, según los tapices de la colección de la Real Casa.—Reunión de los moros ante un asalto del Ejército imperial

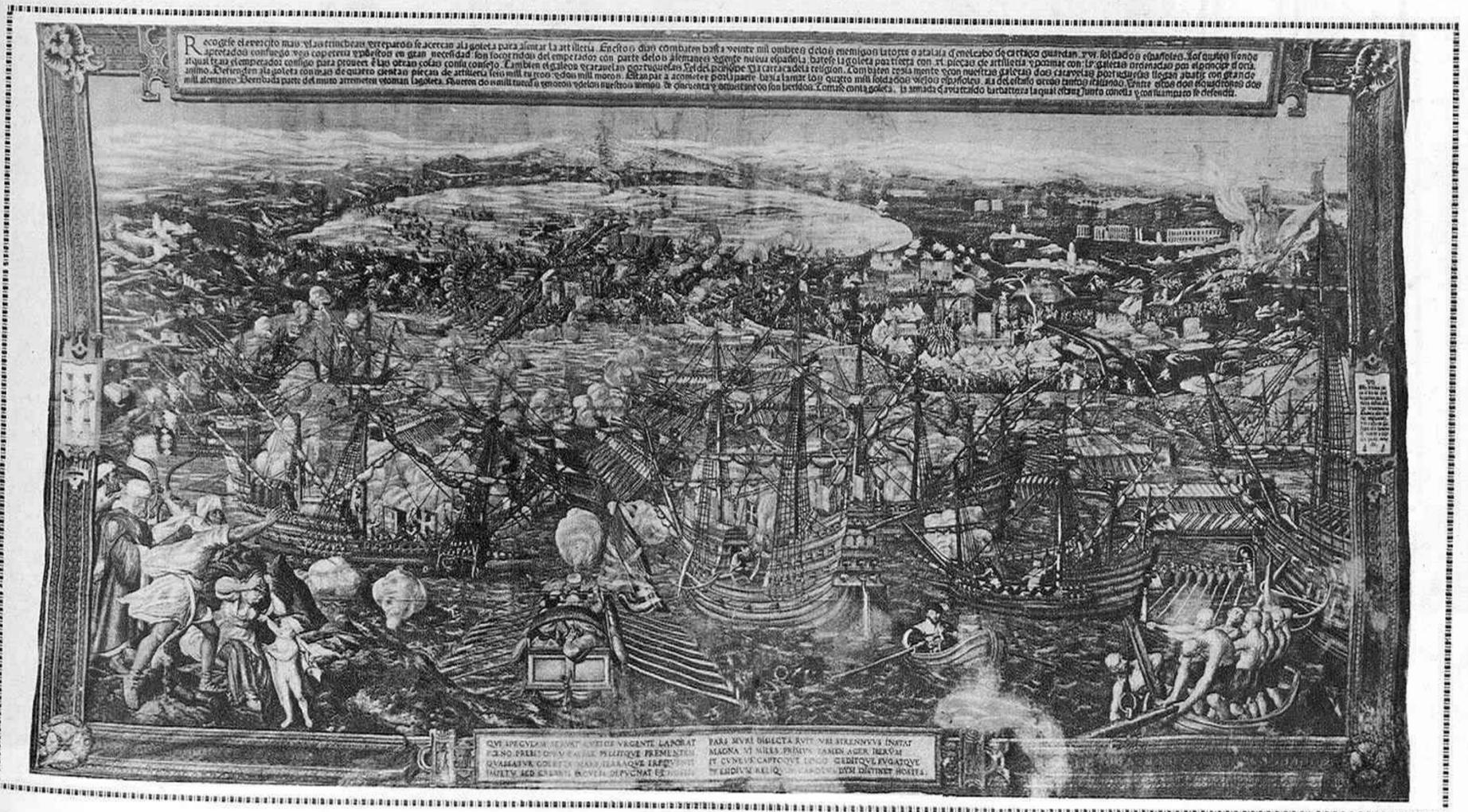
conde de Anquillara, gobernando 12 galeras del Papa, Paulo III; Aurelio Botigela, con cuatro de la religión de Malta; D. Alvaro de Bazán, con 15 de España; D. Berenguer de Requeséns, con 10 de Sicilia; D. García de Toledo, con seis de Nápoles; Antonio Doria, con cinco que traía por asiento, y algunas sueltas de caballeros, que las armaron á su costa, como lo hicieron los príncipes de Salerno y Visignano y Hernández de Alarcón. La llegada de Andrea Doria con 19

fué acontecimiento, por la vista de la galera imperial, que traía magnífico vaso esculpido, dorado y dispuesto como para morada del César. A popa arbolaba estandarte de raso carmesí, con un crucifijo bordado, y á los lados las efigies de la Virgen María y del evangelista San Juan, y en los palos y entenas, otras banderas de tela de oro con las armas imperiales. Tocaban trompetas, clarines, chirimías y atambores, y después de las salvas saludaba la gente á la voz gritan-

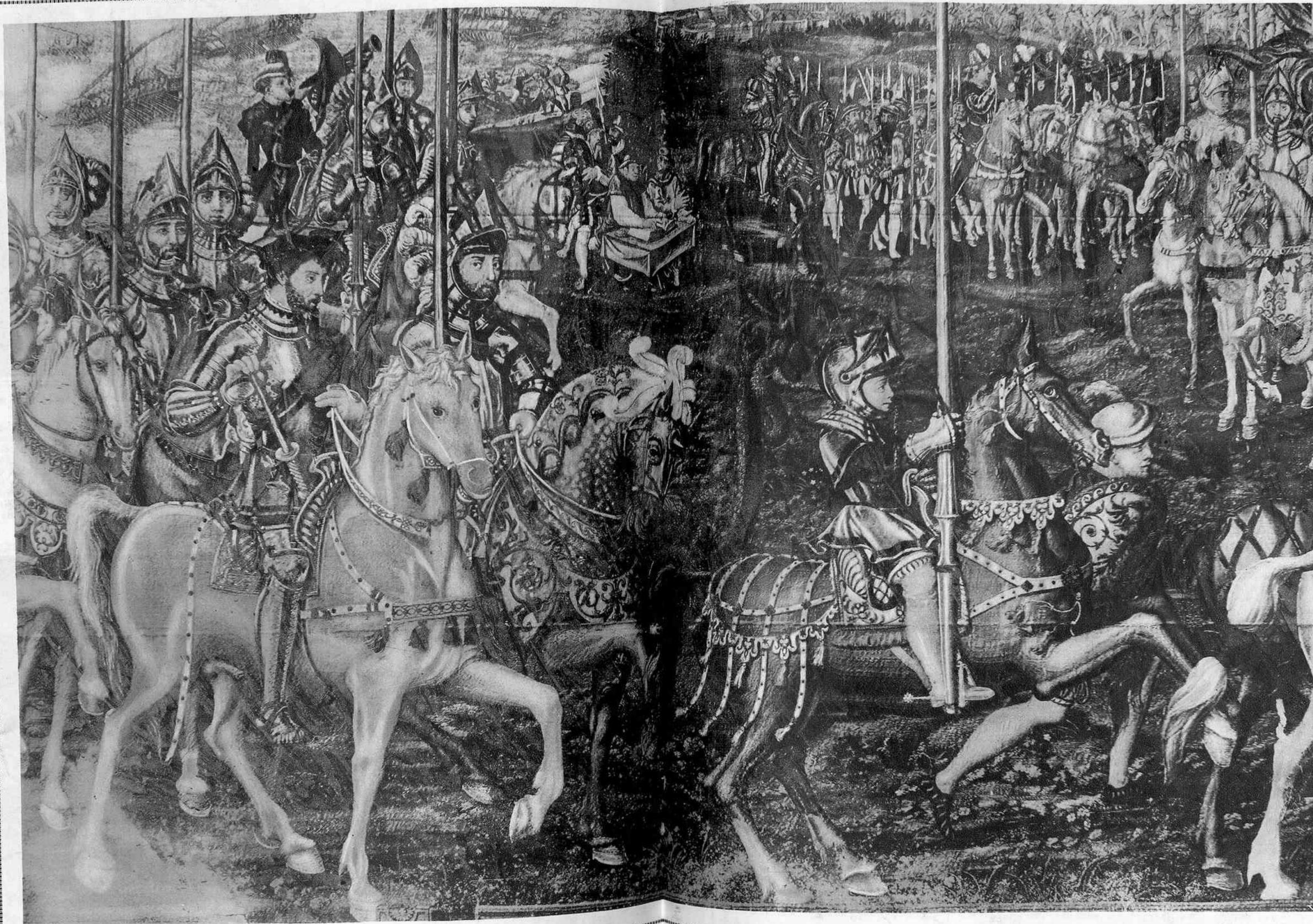
do tres veces: ¡Imperio! ¡Imperio! ¡Imperio!

Aun fondearon después 42 naos de Cantabria, 60 urcas de Flandes y otras muchas.

Don Carlos visitó á la Virgen de Monserrat, comulgó en Santa María del Mar, revistó la magnífica flota, y en 30 de Mayo de 1535 embarcó en la galera imperial y emprendió la expedición que había de abatir la soberbia de Barbaroja y cerrar nuevamente á los agarenos el paso á Occidente.

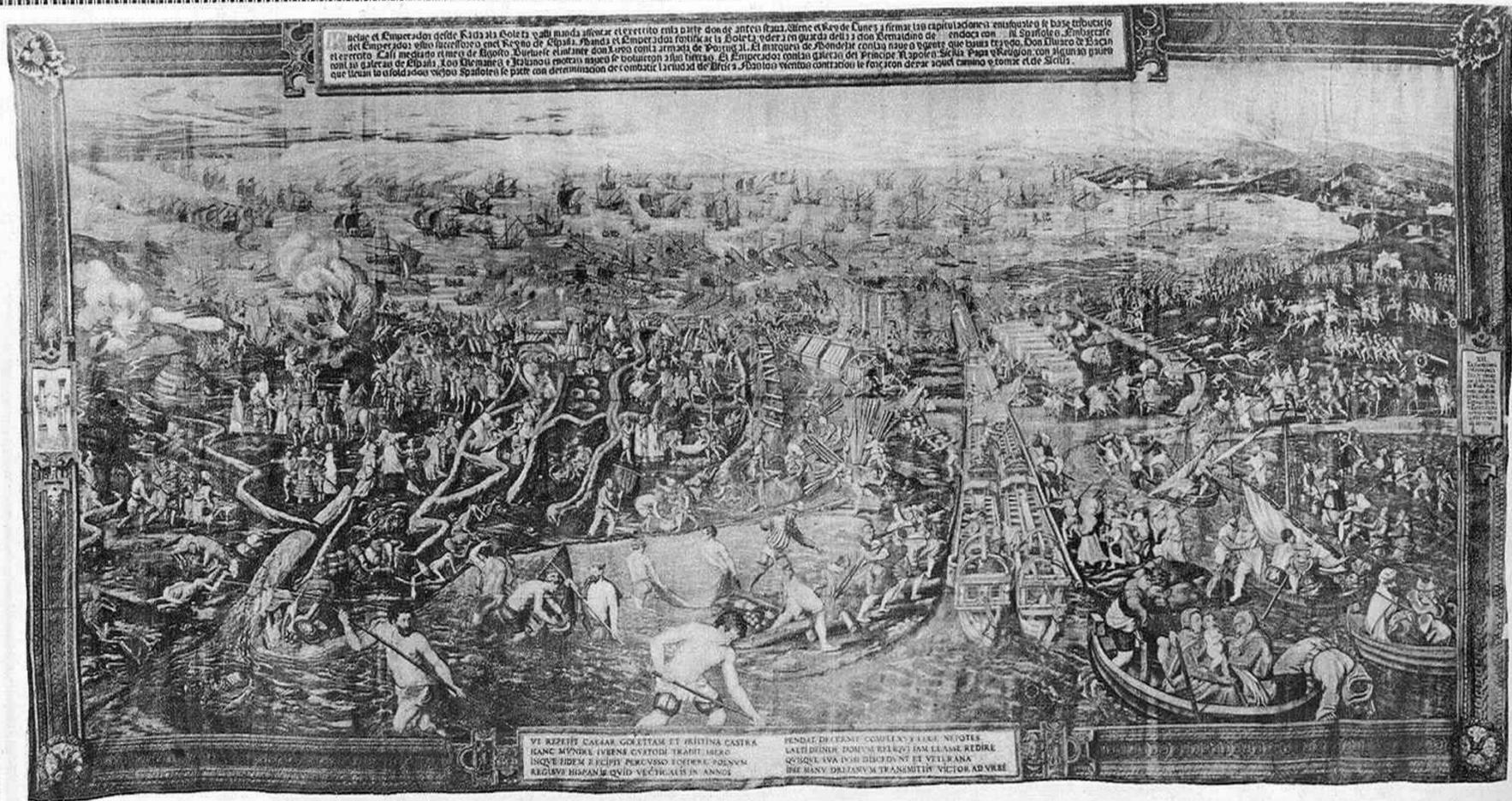


Toma de La Goleta (Fots. Laurent)



La conquista de Túnez, según la colección de tapices de la Real Casa.—Revista del Ejército imperial antes de embarcarse
 (Fragmento del tapiz que reproducimos íntegro en la primera plana de esta información)





La conquista de Túnez, según la colección de tapices de la Real Casa.—Embarque del Ejército después de la toma de La Goleta (Fot. Laurent)

Antes de partir, el Emperador publicó un bando con ordenanzas para el viaje, entre las que una mandaba que hubiera treguas por el término de la campaña entre las personas que estuviesen enemistadas, y otra prohibía en absoluto el embarco de mujeres. No sabemos si la primera fué cumplida. La segunda no lo fué, puesto que, según el historiador Sandoval, aparecieron en Túnez más de 2.000 *enamoradas*.

Respecto á la fuerza de la escuadra imperial, hay muchas divergencias entre los autores de la época; desde 250 á 400 naves, hay muy diferentes apreciaciones numéricas. Tal vez la divergencia consiste en que algunos cronistas no incluyen en la cuenta las embarcaciones menores. El número que da Fernández Duro en su obra *La Armada Española*, que es la más completa y documentada historia de la Marina española, está tomado de la carta escrita por el Emperador desde Calles al marqués de Cañete, después de revisadas las escuadras, que, según ese documento, estaban formadas por 74 galeras, 30 galeotas y fustas, es decir, más de 100 embarcaciones de remos. De vela, grandes y pequeñas, pasaban de 300; los soldados de infantería eran 25.000; los jinetes, 2.000; de ellos 800 hombres de armas, no entrando en la cuenta los señores con sus criados, los aventureros ni la gente de mar, es seguro que pasaba de 54.000.

De Cagliari, donde se pasó la revista general á que antes se aludió, salieron las escuadras el 13 de Junio con la siguiente formación: en vanguardia, las carabelas portuguesas; en el centro, el Emperador, y á retaguardia, la escuadra de D. Alvaro de Bazán.

Hicieron escala en Porto Farina, cerca de los muros de Cartago, y antes apresaron dos naves francesas que el rey Francisco I, de Francia, había enviado á Barbarroja, dándole noticias de la expedición y que regresaban ya de cumplir tal cometido.

Barbarroja, ensoberbecido por su dominio absoluto de la mayor parte del Mediterráneo y por su posición en Túnez, creyó exageradas las nuevas que el francés le enviaba, y, sobre todo, no juzgó verosímil que el Emperador en persona fuese contra él. No obstante, general prudente, emprendió muy activos trabajos para fortificar Túnez y La Goleta, empleando en ellos 9.000 cautivos, que trabajaban día y noche. Encerró en La Goleta 4.000 turcos, montó la artillería grue-

sa, embarrancó muchas naves desarmadas en la dársena y despachó 12 naves á Bona y 12 á Argel, llevando cuanto de valor poseía. Por fin, reunió para defender á Túnez más de 100.000 hombres, de los cuales 30.000 eran jinetes, los más de ellos alárabes, montaraces atraídos por la promesa del pillaje, pero con poco valer militar.

Pensó en el primer momento en degollar á los millares de cautivos cristianos que tenía; pero finalmente, pensando quizá utilizarlos como arma defensiva en último extremo, los encerró en la Alcazaba.

Por fin, la escuadra imperial surgió en el golfo de Túnez, á tres millas de distancia de La Goleta. Desembarcó tropas y caballos y comenzó el asedio formal sin oposición.

La táctica de Barbarroja consistía en entretener al ejército cristiano, contando con el tiempo como el más poderoso de los auxiliares, ya que él había de traer el agotamiento de las tropas cristianas por el calor, los inconvenientes de las tierras pantanosas en que habían de acampar, la escasez de agua y las dificultades para los aprovisionamientos.

Las escaramuzas y alardes de los moros no eran, ni mucho menos, incruentas. Imán Arráez, *el Judío*, sobre todo, las hizo costosísimas para los cristianos, que perdieron en ellas muchos capitanes valerosos y cuatro generales: al marqués de Jural, el conde de Sarno, Marco Antonio Carreto, deudo de Doria, y Jerónimo Espinola.

Por fin, el 14 de Julio fué posible el asalto por mar y tierra.

Se contaron 2.000 turcos muertos, y fueron tomadas unas 500 piezas de artillería, muchas de bronce, y algunas de 60 libras de bala, marcadas con flor de lis ó con una salamandra entre llamas y el mote *Nutrisco el estinguo*, que las señalaban como de procedencia francesa y acreditaban una vez más el auxilio que Francisco I había prestado á los turcos.

Las cien naves que Barbarroja había embarrancado ó abrigado en la dársena fueron también apresadas por los asaltantes. Entre ellas había 42 galeras muy buenas, contándose la capitana, de Barbarroja, y la que había sido de Porlusado y le quitó el corsario *Cachidiablo*.

Por parte de los cristianos hubo también muchas víctimas, no sólo en tierra, sino en las mismas naves; en la suya fué herido D. Alvaro

de Bazán, y Doria se salvó milagrosamente.

Barbarroja lamentó, sobre todo, la pérdida de su flota. Su plan consistía en perseguir con ella á los cristianos una vez que hubiesen abandonado el golfo, satisfechos con las victorias conseguidas: ni por un momento pensó que se adentrasen hacia Túnez. Seguía confiando en el calor, y además creía tener bien defendidos todos los pasos.

Cuando supo que, contra sus hipótesis, los cristianos iban marchando tierra adentro, marchó contra ellos con 80.000 infantes y 25.000 caballos; pero los cristianos, lejos de retroceder, avanzaron con mayor denuedo, y aquel ejército de Barbarroja fué destrozado. Sus restos retrocedieron apresuradamente hacia Túnez. En aquel combate pronunció el marqués de Aguilar, con asombro de sus soldados, la famosa frase: «A más moros, más ganancia.»

Fué vano el empeño de los vencidos de encerrarse en Túnez. Los cautivos, en la Alcazaba, enterados del desastre, rompieron sus cadenas, dominaron á la guarnición y enfilaron los cañones contra la hueste desbandada de Barbarroja.

El caudillo moro, el terrible y soberbio capitán bajá, huyó con Imán y *Cachidiablo*, sus mejores capitanes, y pronto sólo con *el Judío*, porque *Cachidiablo* sucumbió á las heridas que recibió en el combate.

Barbarroja logró llegar á Bona, donde tenía 15 galeras.

Cuando llegó la escuadra cristiana, Barbarroja había huído á Argel.

Túnez fué entregada á Muley Hassan, el rey destronado por Barbarroja, en condiciones de vasallaje, y el Emperador se reservó La Goleta como llave del reino y para establecer allí un presidio español.

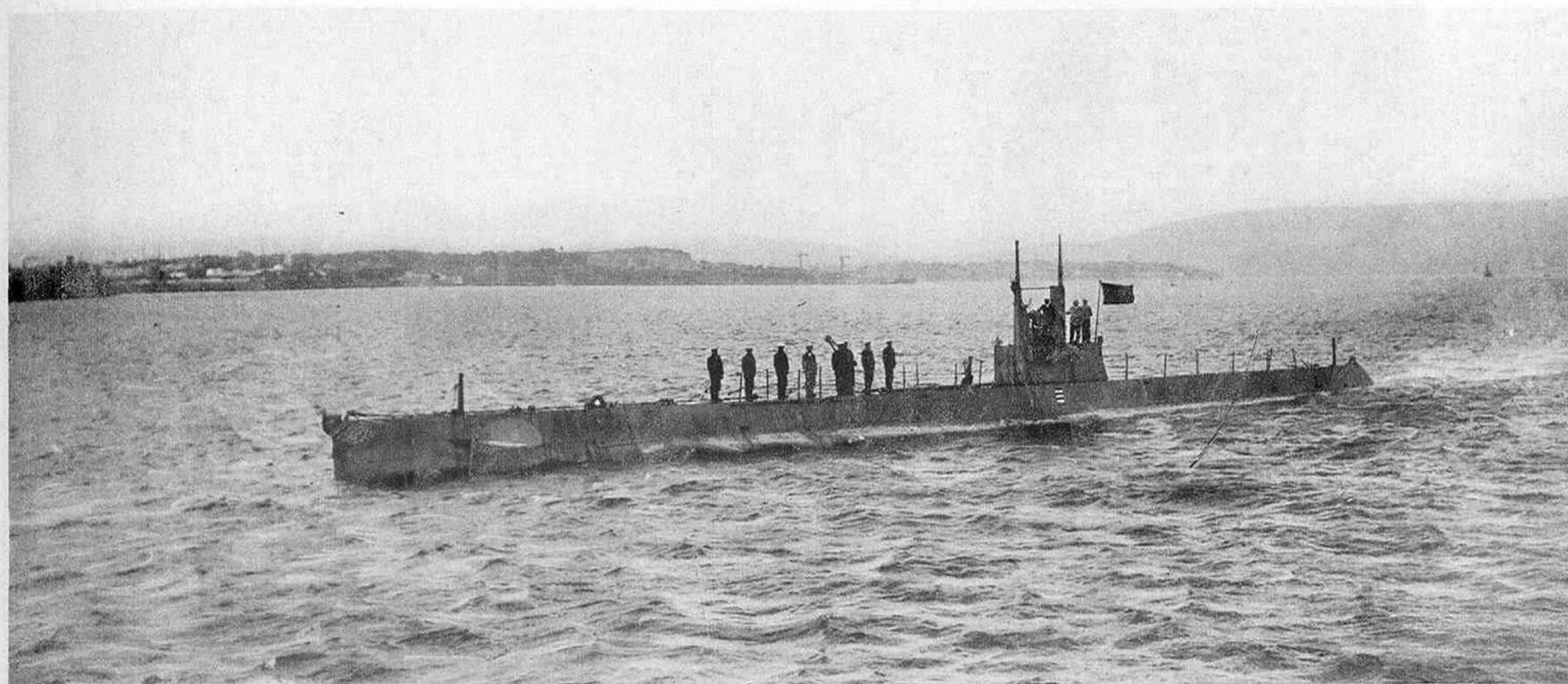
Carlos I quiso perseguir al argelino para destrozarle en Argel; pero los consejeros imperiales opinaron de modo contrario. Juzgaron que Barbarroja no se lanzaría á nuevas aventuras; creyóse así, equivocadamente, que la misión de la alianza había terminado, y dándola por concluida se disgregaron.

Carlos I se dirigió con las naves españolas á Sicilia; las de otros países tomaron rumbo á sus respectivas patrias.

Unos meses de permanencia en Nápoles y Roma dieron reposo al ejército imperial, que luego emprendió nueva campaña contra Francia.

LOS MODERNOS ELEMENTOS DE GUERRA

PRACTICAS DE SUBMARINOS ESPAÑOLES



Submarino preparándose para hacer la sumersión

FORMANDO contraste con las escuadras primitivas, con sus remeros forzados por todo motor y la estabilidad en la superficie de las aguas por suprema preocupación náutica, las escuadras de submarinos constituyen lo más moderno de las fuerzas navales, y en ellas el número de problemas técnicos es tal, que sus tripulaciones han de estar formadas por especialistas en diversos ramos de las ciencias diversas, y muy compleja cada una de ellas, que integran

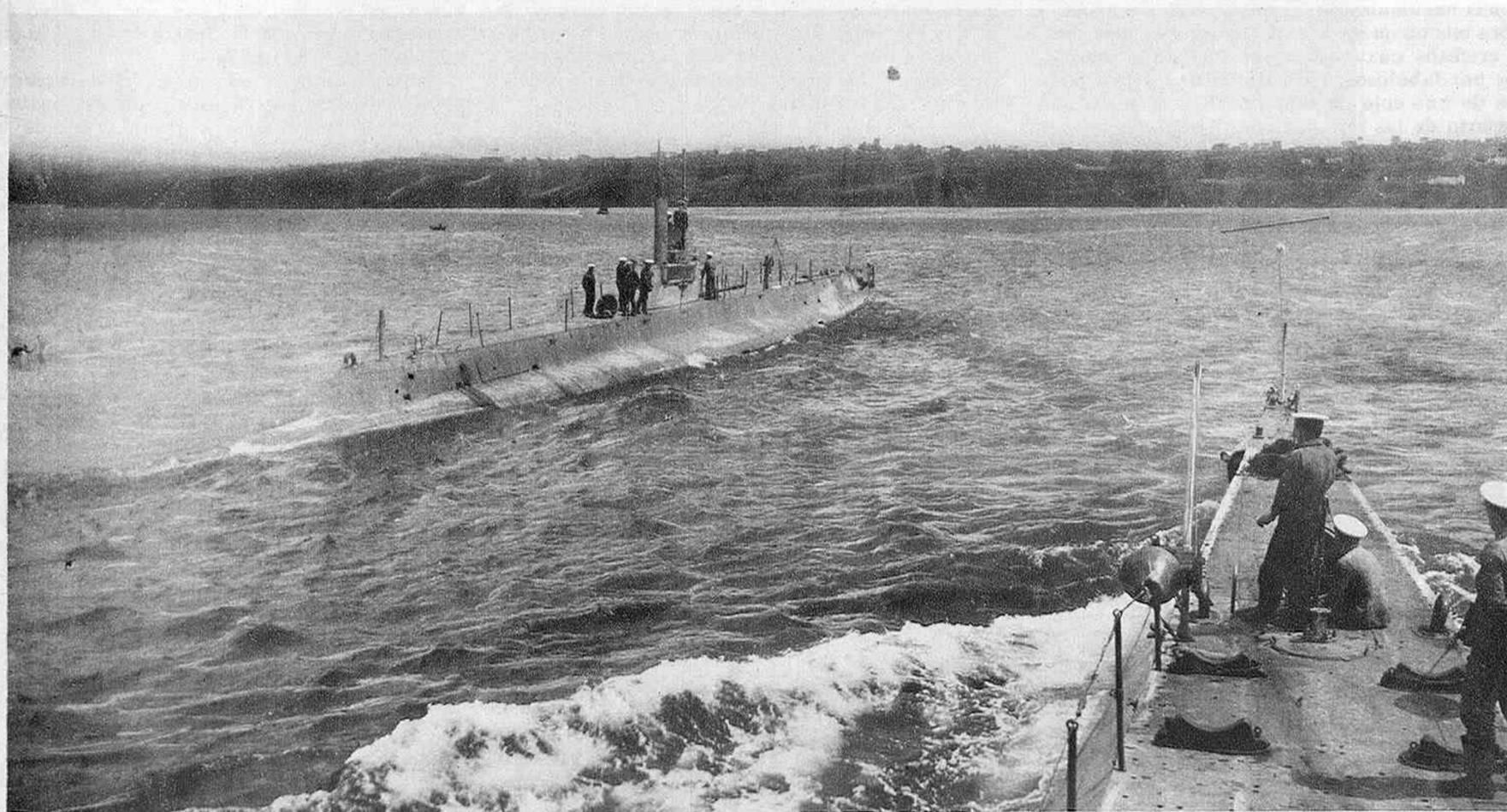
hoy no sólo el arte de navegar, sino el más complicado aún de guerrear en el mar.

Esa competencia especializada de las tripulaciones requiere, además, un ejercicio constante, sin el cual las más intensas actividades se entumescen, y sería de mucho menor eficacia llegado el momento de la acción.

Las mismas máquinas, complicadísimas, constituidas por esos admirables barcos, que en todo el mundo deberían llevar nombres españoles en

recuerdo de Monturiol y Peral, requieren un uso, si no constante, á lo menos muy frecuente si han de ser útiles por sí mismas y por su penetración con el hombre que ha de manejarlas.

Todos los países atienden cumplidamente á esa necesidad, y naciones hay como Inglaterra, los Estados Unidos, el Japón y ahora Italia, sobre todo, tienen á sus escuadras de submarinos en constante acción y á sus tripulaciones en continua aplicación de sus conocimientos especiales



Primera fase empleada por el submarino

(Fot. Díaz Casariego)



Momento de descender la tripulación al fondo del submarino

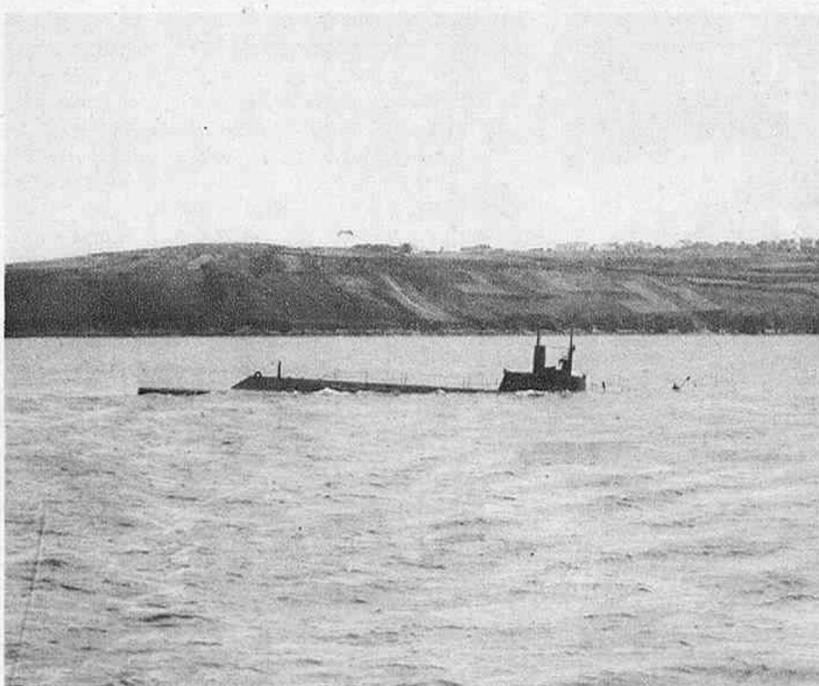
con el fin de que los especialicen cada vez más. Por si eso fuese poco, los problemas de la navegación submarina son considerados como problemas nacionales de la mayor trascendencia, y ahora mismo en los Estados Unidos se han votado créditos cuantiosísimos, para dedicarlos a la resolución de uno solo de esos problemas: el del salvamento de las tripulaciones de submarinos en caso de accidente.

Nosotros, desgraciadamente, no podemos ser tan espléndidos ni satisfacer con tan amplia largueza esa necesidad. El personal de nuestra armada, en eso como en todo, y bien lo demuestra la historia entera de nuestra armada, ha de suplir con su heroísmo y su pericia todas las deficiencias del material y todos los errores de la alta dirección central.

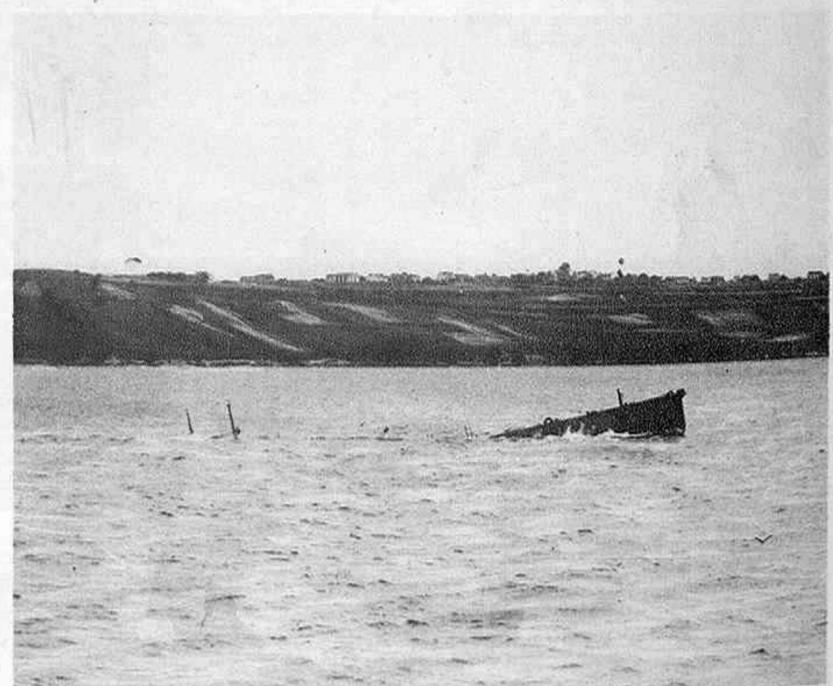
Sus ejercicios de conjunto quedan, por imposibilidades de presupuesto, reducidos a la

unión anual en Vigo, en que los tripulantes de los submarinos españoles son felices pudiendo desarrollar plenamente sus actividades y realizando así el ideal de amor que les llevó a su arriesgada profesión y, dentro de ella, a la especialidad más arriesgada.

Reproducimos en estas páginas los momentos culminantes de uno de esos períodos anuales de maniobras que tienen siempre inusitada brillantez.

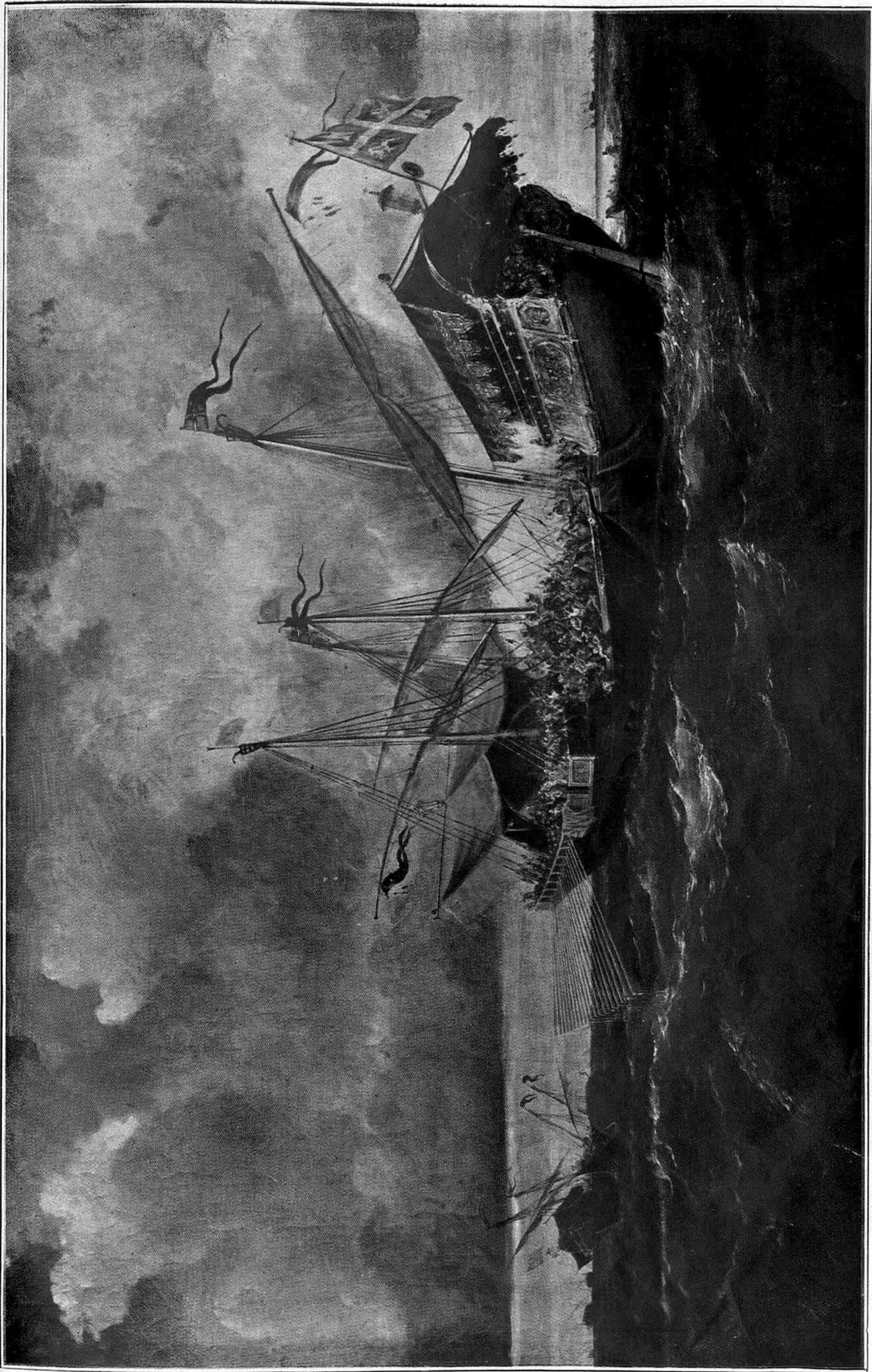


El submarino, casi sumergido, deja fuera solamente la torreta



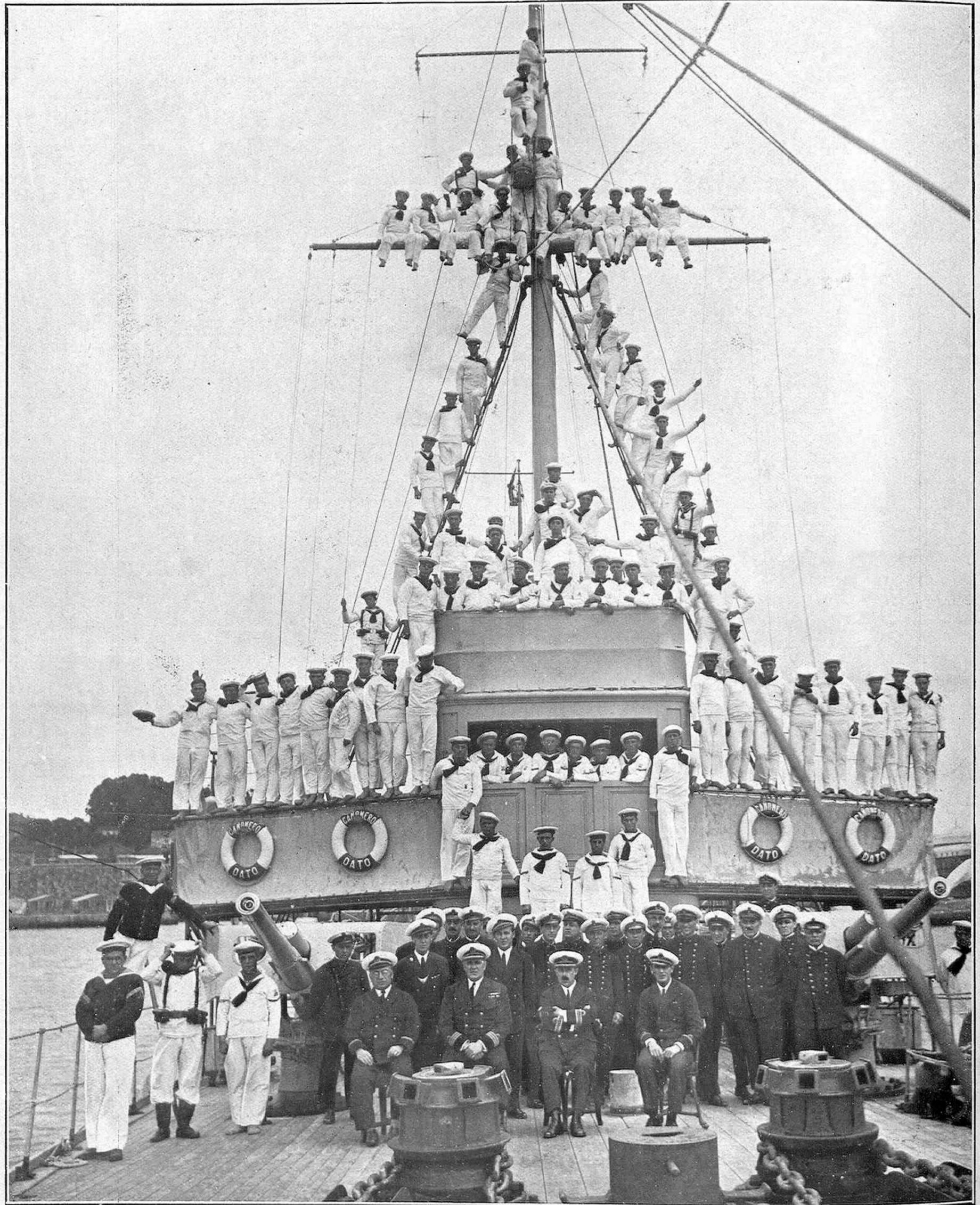
Momento de quedar completamente sumergido, dejando los periscopios

(Fots. Díaz Casariego)



«Encuentro, el año 1328, del almirante de Castilla D. Alonso Jufre Tenorio contra veintisiete galeras granadinas y sarracenas, á las que derrotó con sólo ocho p^oqueñas naves, seis galeras y seis leños», cuadro que se conserva en el Museo Naval de Madrid

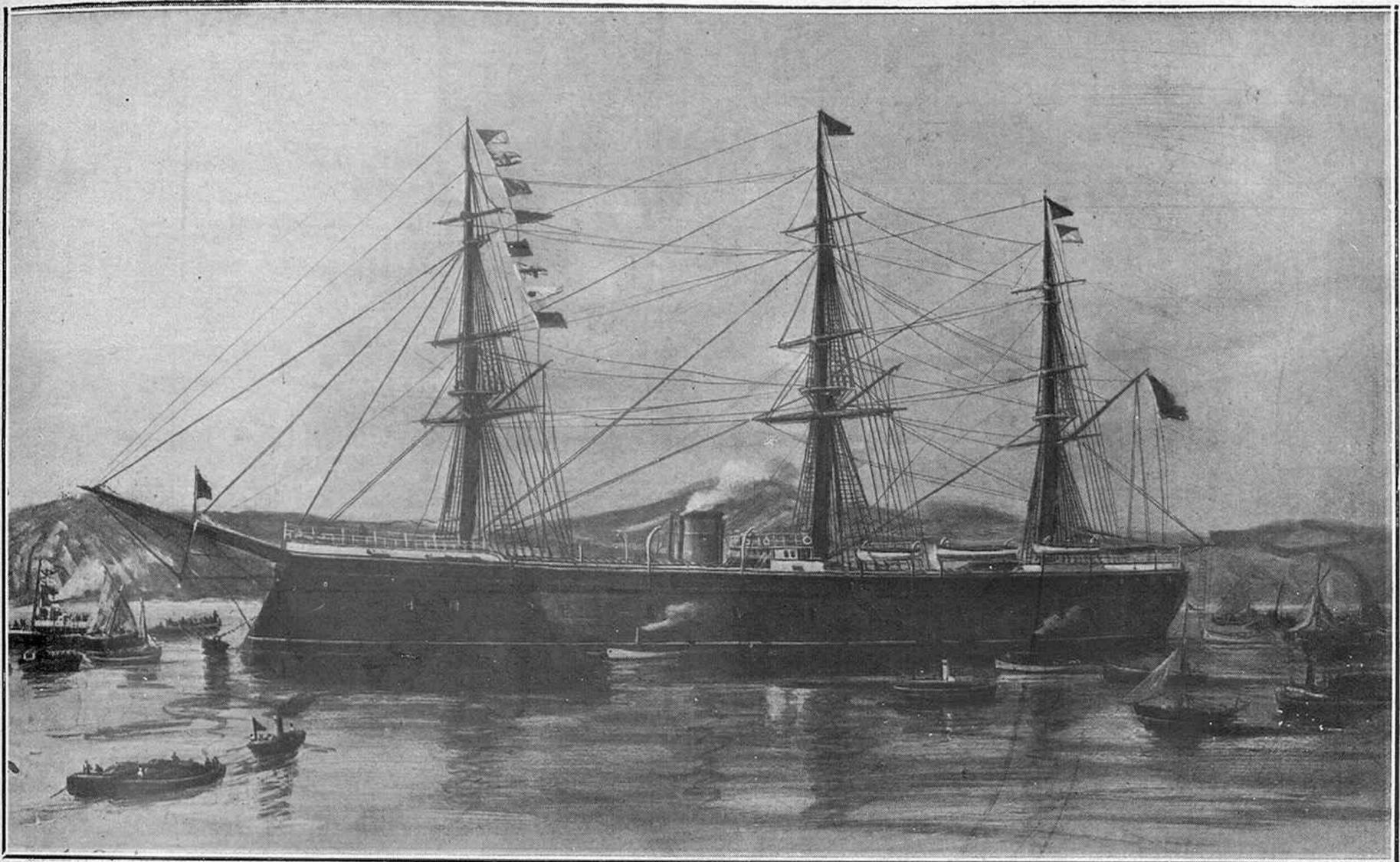
LAS UNIDADES DE NUESTRA ESCUADRA



Puente y torre del cañonero «Dato», con la tripulación
(Fot. Díaz Casariego)

EL APRESAMIENTO DE LA «COVADONGA»

De «La vuelta al mundo en la "Numancia"»

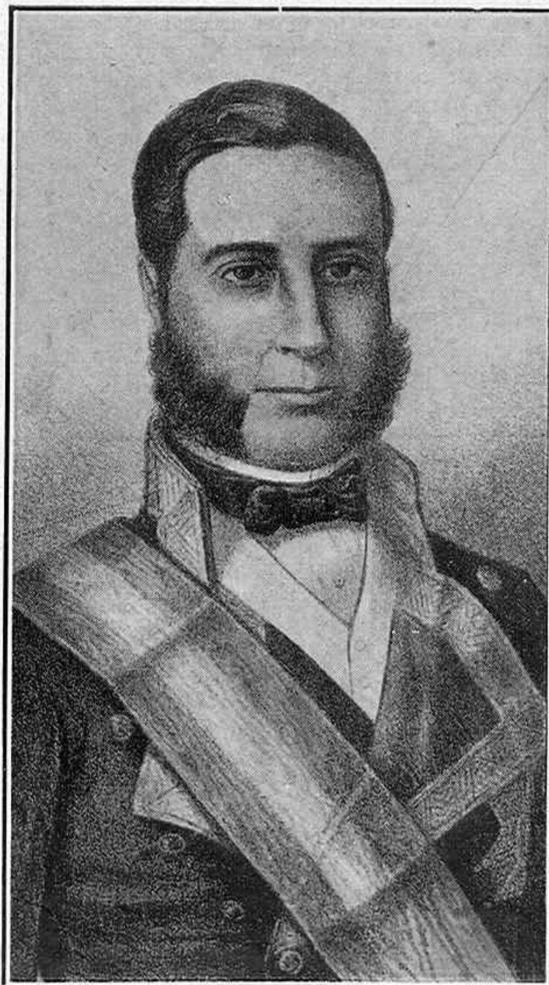


La fragata «Numancia», la «niña bonita» de la escuadra española, cuya epopeya cuenta Galdós en una obra admirable

Para llegar al combate del Callao fueron precisos acontecimientos que hicieron indispensable aquel heroico acto de fuerza. Uno de ellos fué el apresamiento de la fragata «Covadonga», que con el suicidio, consecuencia suya, del almirante Pareja, refiere Galdós en los siguientes términos:

XX

AL aproximarse á la ensenada de Caldera, Méndez Núñez, en el puente con el oficial de derrota, reconoció con su antejo las fragatas *Villa de Madrid* y *Berenguela*; luego vió los mástiles de los mercantones apresados... No le sorprendió encontrar la *Berenguela*, que había relevado á la *Blanca* en el bloqueo de aquella zona; pero sí ver á la *Villa de Madrid*, y aun fué mayor su sorpresa cuando advirtió que ésta no arbolaba la insignia de Jefe de Escuadra, y, en cambio, en la *Berenguela* flameaba el gallardón de Capitán de Navío. ¿Qué había ocurrido? Diferentes conjeturas pasaron rápidas por la mente del comandante de la *Numancia*, y las visiones de desdichas se sucedieron con la fecundidad pesimista de nuestra imaginación, que á veces las exagera y abulta con la idea de que resulte menos fuerte la desdicha real, al ser conocida... Pronto saldría de dudas... Era D. Casto Méndez Núñez de estatura mediana, tirando á corta, recio y bien plantado. Sobre su rostro moreno vagaba siempre, en ocasiones ordinarias, un mirar dulce y una vaga sonrisa. Su voluntad de hierro no era de las que tienen por muestra al exterior un entrecejo duro, ni su voz, robustecida en las conversaciones con el viento y la mar, llegó á perder las blandas inflexiones gallegas... Quedó, como se ha dicho, con el alma suspensa de un enigma cuya solución esperaba, y la atención presa en los topes de las dos fragatas. Los de la una, por arbolar insignia, algo le decían; los de la otra, por no tenerla, le decían más.



DON CASTO MENDEZ NUÑEZ

Comandante de la «Numancia» y jefe de la escuadra en el Callao

El Segundo, D. Juan Bautista Antequera, ocupaba su puesto á proa, atento á la maniobra de dar fondo. Saludó la fragata con siete cañonazos la insignia de capitán de navío; contestó la *Berenguela*, y apenas disipado en vagos jirones el humo, se vió desde el puente que del buque insignia venía un bote hacia la *Numancia*. Echóse á la cara Méndez Núñez los anteojos, y al ver que el bote traía la visita del capitán de navío D. Manuel de la Pezuela, su asombro fué extraordinario. Con toda su curiosidad y todo su asombro á cuestas, Méndez Núñez bajó al portalón para recibir al visitante... La clave del estupor de D. Casto nos la da un hecho, de estos que sin estar consignados en los libros de Historia á ella pertenecen, por el tributo que la vida particular paga á la vida pública cuando menos se piensa. Antes de que la *Numancia* saliera de Tolón, era su comandante Pezuela, amigo y protegido del ministro de Marina, general Armero. Lista la fragata blindada para prestar servicio, y destinada á la campaña del Pacífico, elegido fué inopinadamente D. Casto Méndez Núñez para mandarla y conducirla en tan larga navegación, nunca intentada por naves de tal porte y pesadumbre. Las razones que tuvo el Ministro para este nombramiento no debían deprimir á Pezuela, que gozaba de buen crédito como navegante y militar; pero le amargaron enormemente. Debemos considerar que el enojo de Pezuela se fundaba en un noble sentimiento: la emulación, arma de los cuerpos armados de estructura aristocrática.

El caso fué que desde el día en que la *Numancia* cambió, como si dijéramos, de galán ó de novio, Pezuela y Méndez Núñez no volvieron á dirigirse la palabra. Al primero se le dió el mando de la *Berenguela*, novia que ni por su edad ni por su belleza podía competir con la que le qui-



Vigo.—Casa donde nació D. Casto Méndez Núñez

(Fot. Pacheco)

taron en Tolón, y fué al Pacífico en la escuadra de Pareja; el segundo emprendió después su viaje de leyenda con *la niña bonita*. Cuando ésta llegó al Callao victoriosa, desmintiendo los augurios pesimistas de los técnicos, los dos rivales no cambiaron ninguna demostración de amistad en todo el tiempo que permanecieron en aguas peruanas. Si Pezuela visitó en la *Numancia* al segundo de ésta, D. Juan Antequera, fué en ocasión de estar en tierra Méndez Núñez pagando la visita oficial... Por la feliz realización del viaje, ascendió Méndez Núñez á brigadier de la Armada; Pezuela seguía en su empleo de capitán de navío... Todo esto que brevemente aquí se cuenta pesó en la mente de D. Casto cuando hacia el portalón bajaba. Era hombre tímido, y la situación que se le presentaba, después del largo eclipse de amistad con Pezuela, le ponía nervioso y cohibido. Viéndole subir por la escala, pensó que su rival despejaría el nublado con breves palabras. Así fué:

«—Mi general—dijo Pezuela con grave cortesía, estrechando la mano de Méndez Núñez—, vengo á saludarle y á resignar en usted el mando de la escuadra que accidentalmente he tomado, y que á usted, por su graduación, corresponde. Ha muerto Pareja...»

A la interrogación de pena y asombro, expresada por D. Casto con la mirada y el gesto, más que con la palabra, contestó así Pezuela:

«—Tengo mucho que contarle, mi general. Por de pronto, acepte usted para esta empresa, que se nos presenta oscura y difícil, la cooperación de todos mis compañeros y la mía particularmente. Estamos á tres mil leguas de España, con su honor y su bandera entre las manos... Miremos tan sólo á sacar avante estos grandes intereses, y olvidemos todo lo demás...»

Con estas caballerescas expresiones puso Pezuela á los pies de Méndez Núñez todos sus

piques y agravios; lo mismo hizo el otro. Se abrazaron como buenos compañeros que en aquel instante se veían más que nunca subyugados por la religión del deber, y dirigieron á la cámara. Antes de llegar á ella, la impaciente curiosidad de Méndez Núñez iba soltando interrogaciones ansiosas. «Se ha pegado un tiro», dijo Pezuela ya dentro de la cámara; y lo decía con cierta sequedad, como si más que lástima sintiera desdén del pobre suicida, general Pareja... Sin dejar espacio al asombro de D. Casto, soltó la segunda parte de la trágica noticia, que más bien debía ser primera: «Hemos tenido una desgracia... Nos han apresado la *Covadonga*.»

Solos en la cámara, hablaron de las causas del suicidio del general, que habían de ser algo más que la pérdida de la goleta.

—Yo me lo explico ó quiero explicármelo —dijo Pezuela— por la depresión de su ánimo ante el mal cariz de la campaña. El bloqueo nos resulta un fracaso. Los comandantes de las escuadras extranjeras no cesan de ponernos mil obstáculos; nadie nos ayuda; nadie nos da una noticia, como no sea mala. Vivimos en el mayor aislamiento, rodeados del odio de todo el género humano. Hasta se ha dado el caso, aquí, en este mismo puerto, de entrar una fragata inglesa y pasar junto á la *Blanca* sin hacer saludo. Luego saltó á tierra su comandante sin pedir permiso á Topete, y á los dos días volvió á bordo, trayendo á un personaje chileno: era el intendente del departamento. Empavesó la fragata para recibirlo, le saludaron con *hurras*, y le hicieron extremados honores. Qué le cuente á usted Topete el berrinche que esto le costó y las ganas que le quedaron de cañonear al inglés... No sabía qué hacer. ¿Quién podía prever un caso tal de descortesía, más bien de burla?... Presumo yo que Pareja se sentía hundido bajo el peso de su responsabilidad por haber propues-

to al Gobierno las actitudes belicosas á todo trance... Exageró quizá la debilidad de Tavira. Hizo creer al Gobierno en una victoria fácil...; no sé, no sé.

—¿Y últimamente qué instrucciones recibió Pareja de Madrid?

—¿Lo sabemos acaso? Yo presumo que, después de recibir órdenes para llevar la cuestión por la tremenda, han venido órdenes de templanza y de transacción. ¡Vaya usted á saber!... Habíamos acusado á Tavira de traidor y desleal, y Tavira enseñaba una carta de Narváez, en que éste le decía: «No haga usted caso del Gobierno, y negocie la paz.» Esto es inicuo... Nos mandan al cabo del mundo, como si el venir acá y emprender una guerra en estas latitudes fuera cosa de juego..., y todo ello sin criterio fijo... ¿Saben allí dónde estamos y el modo de ser de estas repúblicas? Y verá usted cómo nos faltan recursos cuando sean más necesarios, y cómo nos veremos el mejor día sin una galleta, sin un quintal de carbón y sin un real.

Luego contó Pezuela el triste caso de la *Covadonga*. Carecía esta goleta en absoluto de poder militar y de agilidad marinera... Cojeaba de la hélice; asma padecía en sus calderas; manca estaba de tripulación, y el arma que llevaba (dos cañones en colisa) no servía más que para matar pájaros... Mandar estos inválidos á una guerra lejana era un verdadero crimen... En Coquimbo estaba la pobre veterana, con pata de palo y ambos brazos en cabestrillo... Servía para llevar y traer recados... La infeliz navegaba por mares enemigos, y á la vuelta de cada esquina ó de cada cabo acechábanla embarcaciones de más poder... En Coquimbo mismo entró á su bordo la traición con pretexto de pedir informe referente á una presa norteamericana... Los extranjeros, llamándose neutrales, ayudaban con ardor á los chilenos, haciéndoles el servicio de espías.

Los españoles no tenían espionaje, ni podían tenerlo, como no acudieran á las aves ó á los peces...

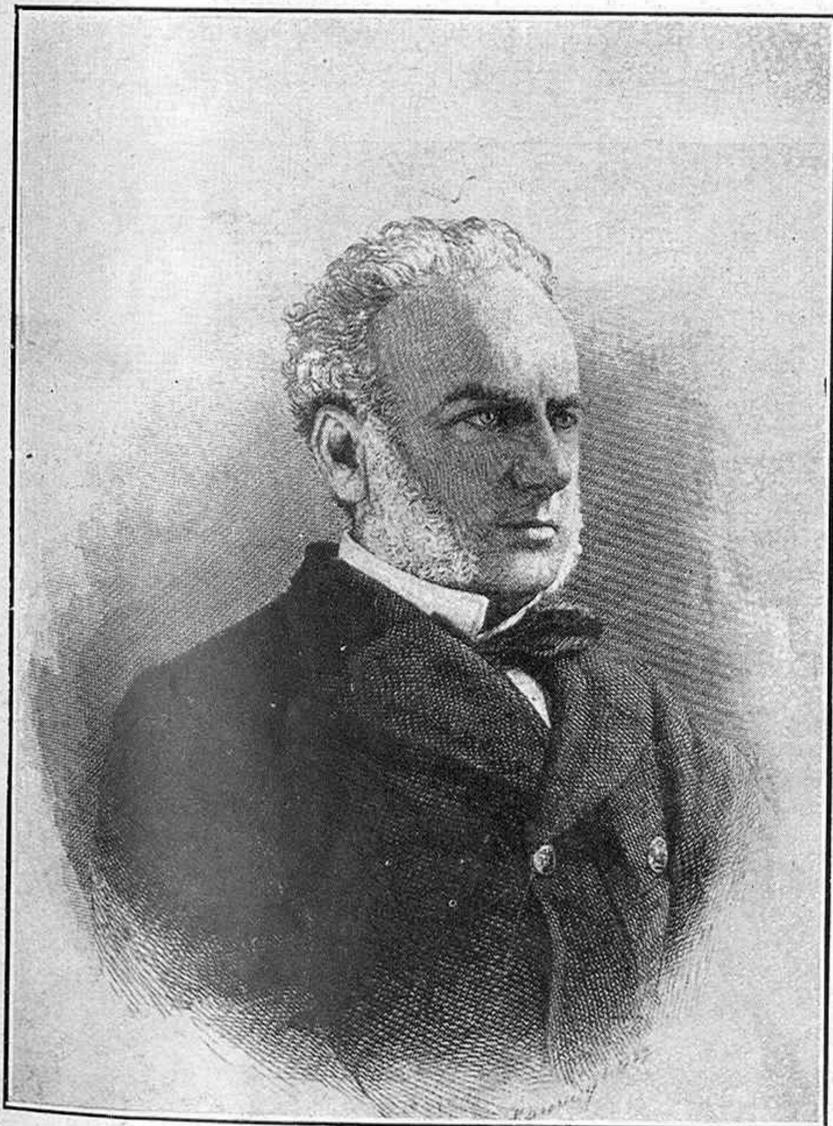
Partió la pobre *Covadonga* de Coquimbo para Valparaíso, cumpliendo órdenes de Pareja, que ya estaba con el alma en un hilo recelando el mal fin de la pobre mensajera... El domingo 26 de Noviembre pasaba la goleta frente á un puerto llamado *El Papudo*; amaneció con neblina; del seno de ésta salió como fantasma una corbeta, que izó bandera inglesa... No se dió por engañada la *Covadonga*, y preparó sus inútiles armas y avivó su andar premioso, renqueando por aquellos mares de Dios, más bien del diablo... Navegaba la corbeta de vuelta encontrada por estribor... Cuando se halló á popa orzó rápidamente y descargó su andanada sobre la goleta... En seguida izó el pabellón chileno. La goleta no tenía defensa... El combate no podía ser brillante por ninguna de las partes; mas por la parte española, que era la suma debilidad, resultó de un heroísmo obscuro. La impotencia hizo más de lo que humanamente podía. Los hombres se multiplicaron para defenderse y para dejarse morir. Los de la *Esmeralda* podían dividirse, pues su barco valía por diez del nuestro.

Descansado fué para los chilenos el apresamiento de la *Covadonga*, después de matar y herir á muchos de sus tripulantes. Cogida la nave inválida, á remolque la llevaron á *El Papudo* con algazara triunfal. El comandante Fery había sucumbido por falta de medios materiales que dieran á su entereza la debida eficacia. Con mal sino fué á la guerra: le tocó la china de tener que combatir con hombres bien armados, y para esto no llevaba más que una caña y armadura de papel... Los prisioneros fueron llevados á tierra é internados hasta Santiago, donde se les trató con rigor y crueldades que no merecía su glorioso vencimiento.

A una interrogación inquieta de Méndez Núñez, contestó Pezuela que el jefe de Escuadra no había tenido conocimiento del desastre de la *Covadonga* hasta que fué á notificárselo el cónsul americano Nicholson, que, dándole de amigo de España, favorecía con toda clase de manejos y soplos la causa chilena. Y añadió el comandante de la *Berenguela*:

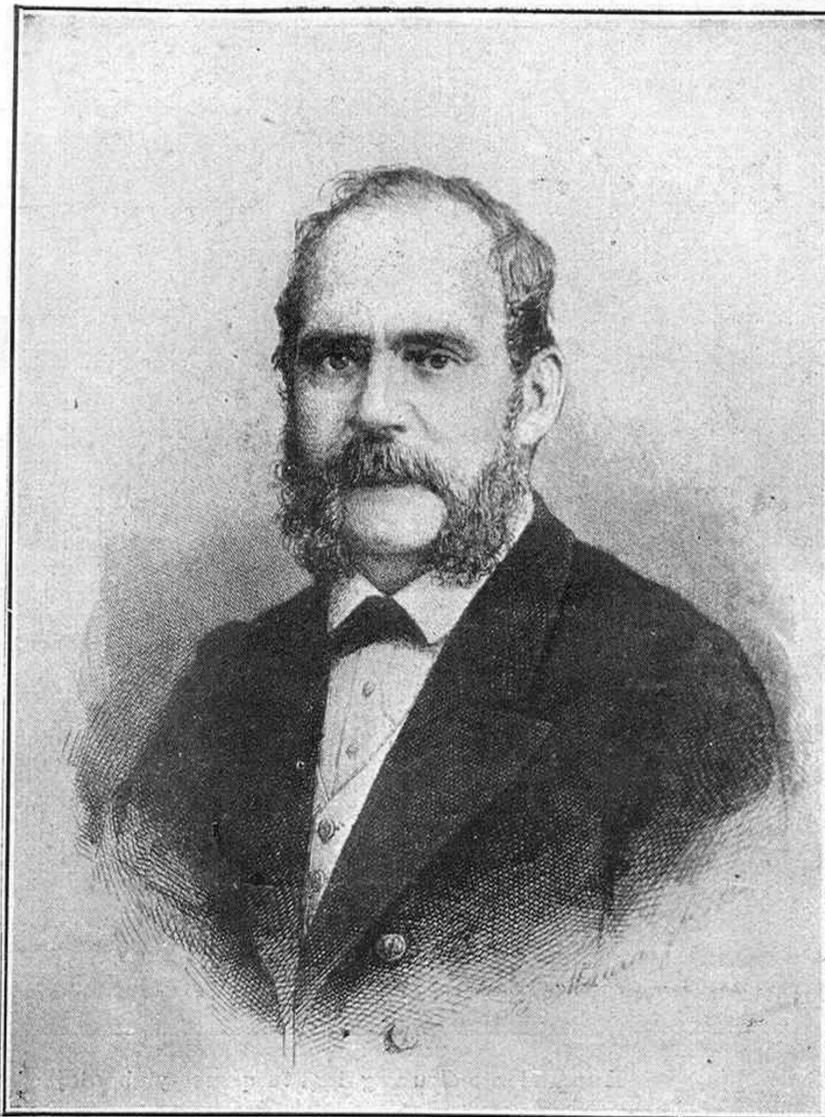
—Ya he dicho á usted que estamos aquí en un aislamiento horrible... No tenemos la simpatía de ninguna nación... Nadie nos ayuda, nadie da calor á nuestra causa, como no sea un grupo de españoles fanáticos, unidos á unos cuantos franceses mercachifles, que no sabemos qué fines se traen ni á qué móviles obedecen...

—Estamos bien—dijo D. Cas'o, triste y ceñudo—, y en estas condiciones bloquee usted con cinco barcos un frente de mil quinientas millas... En Madrid no tienen idea de lo que es esto. Comprendo la desesperación del pobre Pareja... Sin base de operaciones, teniendo que llevar á cuestas la comida y el carbón, estamos á nueve mil millas de la patria. ¿Dónde podríamos reparar una avería de importancia? En el ce-



MIGUEL LOBO

Que se hizo cargo del mando de la escuadra en el combate del Callao



JUAN BAUTISTA TOPETE

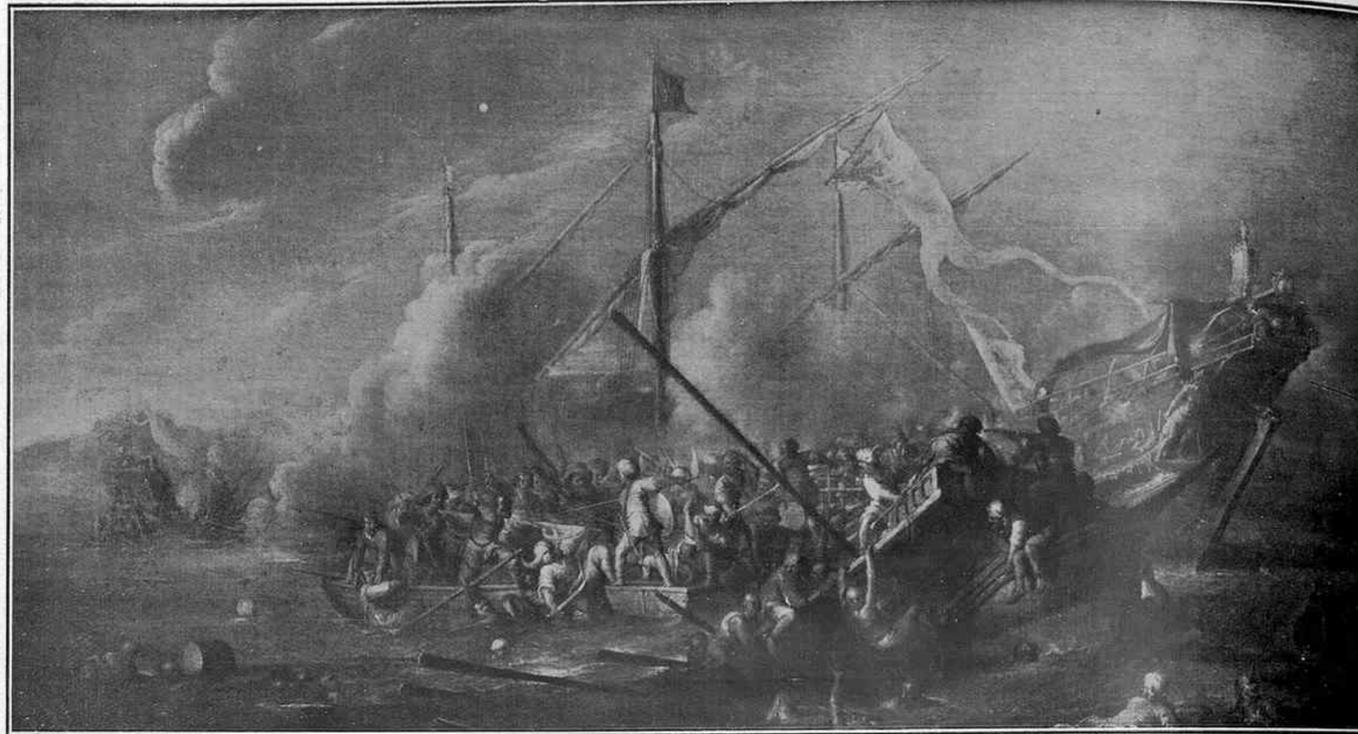
menterio, como dijo el general Alvarez; en el mar... Eso sí, por cementerio no podremos llorar, que el que aquí tenemos es bastante ancho.

En este punto del coloquio, llegaron D. Claudio Alvargonzález y D. Miguel Lobo, comandante y mayor general de la *Villa de Madrid*, y hablando todos de los graves sucesos, no añadieron nueva luz á las causas del suicidio de Pareja. Resultaba como causa única y bastante poderosa la convicción del fracaso de su política en el Pacífico. Se sentía responsable de haber llevado las cosas al camino escabroso por donde iban á la sazón. Contaron asimismo los jefes de la *Villa de Madrid* que después de la visita de Nicholson observaron en el general Pareja una tranquilidad melancólica, que en otra persona no podía ser alarmante; en un militar sí lo era. Hablando con Lobo, le preguntó con flemática frialdad: «¿Cree usted que nos habrán apresado también la *Vencedora*?» Y Lobo respondió: «Mi general, lo creo posible y probable; que estos pobres barcos, indefensos y que andan con muletas, llegan de milagro á donde se les manda.» Por la tarde, el general comió con mediano apetito; después paseó un rato en la toldilla, fumando un cigarro. Bajó á su cámara... Tenía costumbre de tirar desde el balcón con revólver á los pájaros marinos. Así lo hizo aquella tarde... Tres veces disparó... Pasó tiempo... El cuarto disparo sonó en los oídos del comandante y del mayor general con mayor estruendo que los anteriores. Pero apenas se fijaron en la intensidad del ruido... De pronto salió de la cámara dando gritos el asistente italiano del general. Acudieron, y hallaron á Pareja tendido en la cama, sangrando de la cabeza. Aun tenía en su mano derecha el revólver... En la mesa vieron un papel, en que había trazado el suicida con firme pulso sus últimos pensamientos, dirigidos á Pastor y Landero, su sobrino y secretario. Tres pensamientos eran: *Te estoy agradecido... Que no me sepulsen en aguas de Chile... Que todos se conduzcan con honor.*

Oído todo esto, y algo más que, por no incurrir en prolijidad, aquí no se cuenta, Méndez Núñez suspiró fuerte, y dejó ver en sus ojos cierta luz que anunció parecía de resolución firme... Era jefe de la Escuadra; la autoridad, así como la responsabilidad de Pareja, habían pasado á ser suyas... ¿Cómo continuar la empresa trágicamente interrumpida? Al abandonar el mundo y la vida, arrojó Pareja sobre un papel una idea sentimental: *que no me sepulsen en aguas chilenas*; y tras esto, una generalidad de las que vulgarmente llamamos de clavo pasado. ¡Conducirse con honor! Esto ya lo sabían todos, y no había la menor duda de que así se cumpliera... Pareja pudo legar á su sucesor una idea militar, un plan, un criterio... Pero nada de esto dejó, sin duda, porque no lo tenía... La Historia se continuaba; al caudillo muerto reemplazaba el caudillo vivo. Quizá lo que no dijo el papel fúnebre de Pareja, decíanlo los ojos de Méndez Núñez: *Concentración de fuerzas... Tomar la ofensiva.*

Aquella misma tarde trasladó Méndez Núñez su persona y su insignia á la *Villa de Madrid*, y salió para Valparaíso.

BENITO PEREZ GALDOS



Hundimiento de una galera turquesca y abordaje de dos lanchas enemigas

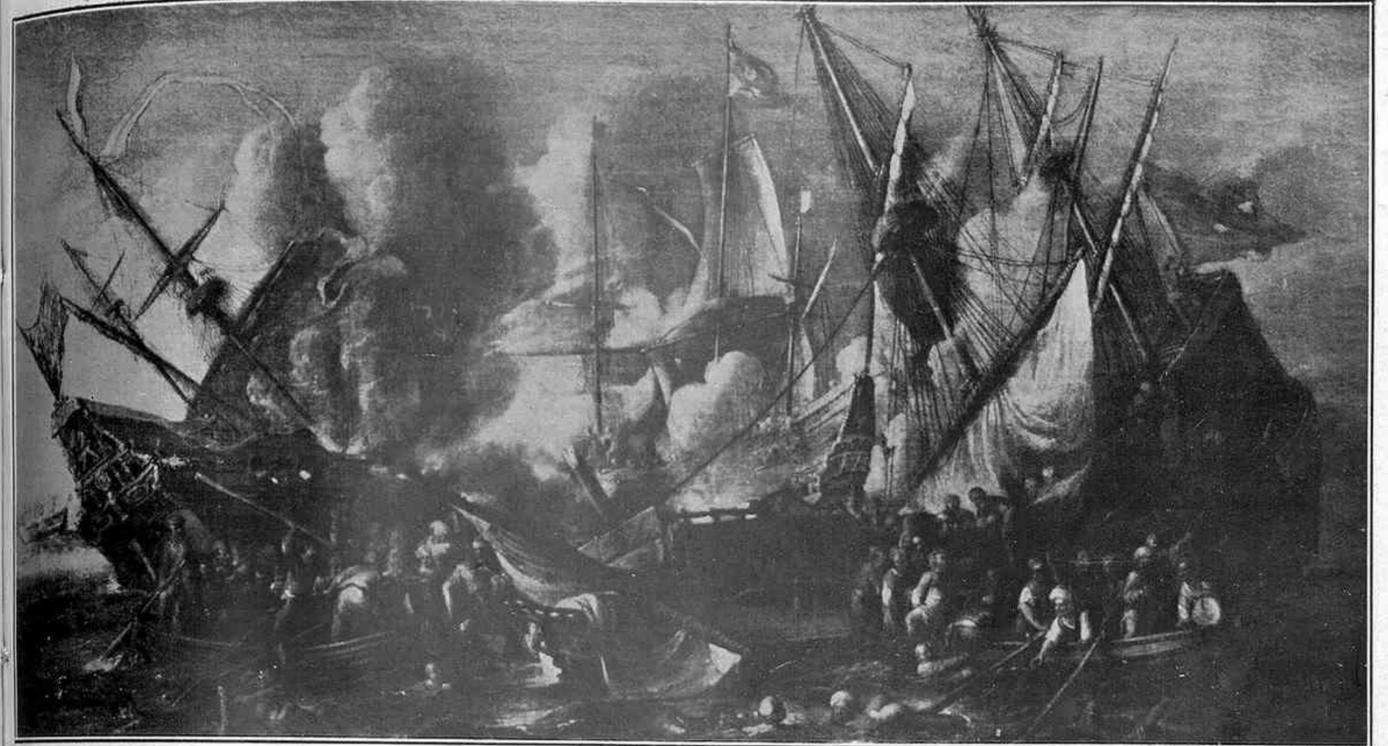
No suelen verse, por cuantos frecuentan el Museo del Prado—y menos aún por los que pasan accidentalmente á lo largo de sus salas con la natural preocupación de ver á los grandes maestros—estos cuatro lienzos de Juan de Toledo, tan animados de composición dramática y no exentos de cualidades técnicas. Reflejan, con animados colores y acción, luchas marítimas entre turcos y cristianos en el siglo XVII, sin que lo exiguo de las dimensiones dañe á la grandiosidad de los conjuntos.

Juan de Toledo era levantino. Nació en Loreca en 1611 y murió en Madrid poco después de cumplir los sesenta y cuatro años. Alternó el arte de la guerra con el de la pintura, y de aquí la veracidad que respiran sus obras dentro del espectacular brío que las caracteriza.

LOS COMBATES NAVALES DE JUAN DE TOLEDO

Se le llamó en su tiempo *El Cerquozzi español*, así como al pintor italiano con quien se le comparaba tenía también el sobrenombre de *El Miguel Ángel de las Batallas*.

Cerquozzi, un poco más joven que Juan de Toledo, alcanzó amplia popularidad en su época. Pin-



Combate naval entre turcos y cristianos

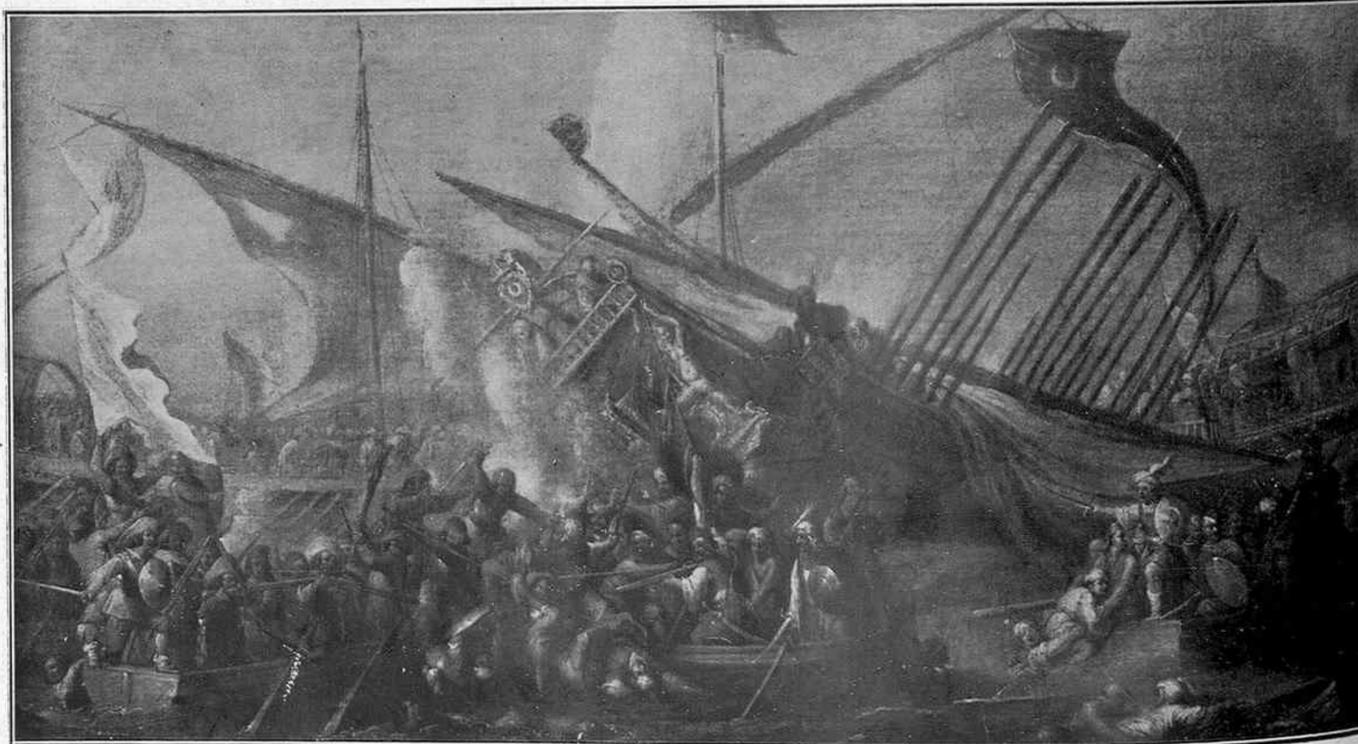
tor de bodegones y *bambochadas*, se distinguió, sobre todo, como autor de escenas de combates navales y de naufragios. En nuestro Museo sólo se conserva una obra de él, titulada *La Cabaña*, pequeño cuadro de minucioso toque y vivo cromatismo. Juan de Toledo supo aprehender del maestro ita-

liano la fantasía temática, la energía y movimiento de las escenas, el acierto en agrupaciones aisladas que constituyen luego la plural armonía.

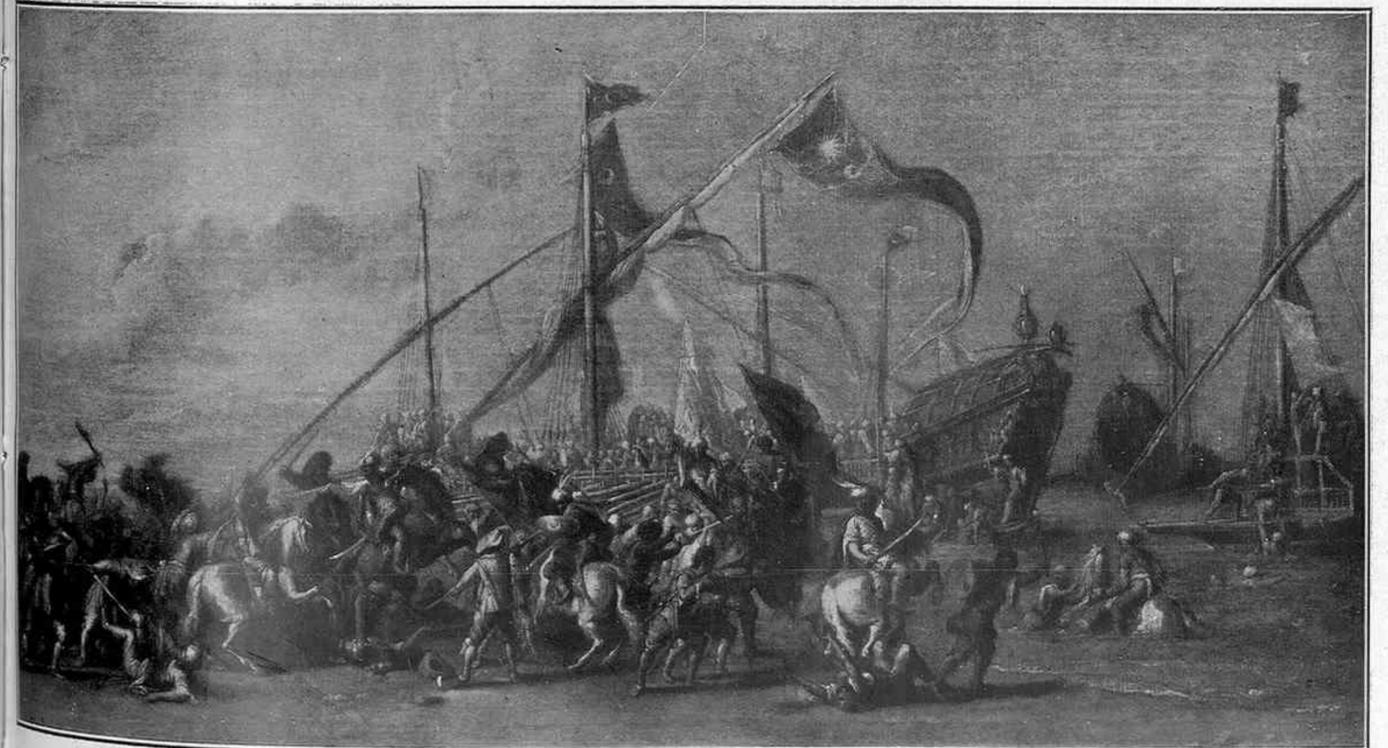
Todos sus cuadros reproducen, según se dice anteriormente, empeñados y truculentos combates entre navíos turcos y españoles ó flamencos. Episodios de abordaje, momentos de desembarco, lanchas colmadas de combatientes, barcos echados á pique;

y todo ello en medio de la turbulencia de las aguas agitadas y de la atmósfera humosa de disparos...

Y si bien como obras pictóricas no alcanzan aquella elevada categoría que pudiera distinguirles en un Pinacoteca ce tal modo colmada de verdaderas joyas como la nuestra de Arte Antiguo, tienen, en cambio, singular atractivo é interés documental para la historia gloriosa de nuestra Marina de guerra.



Escena de abordaje



Escena de desembarco y combate

EL COMBATE DEL CALLAO

(De la «Historia de la Guerra de España en el Pacífico», por D. Pedro de Novo y Colson)

AMANECIÓ el día 2 de Mayo de 1866. Una espesa neblina envolvía aquella costa americana; pero los rayos solares la disiparon lentamente, y fué apareciendo cada vez menos confuso y al fin límpido y claro un hermoso paisaje de tierra y mar, de cielo y nubes, de barcos y caseríos. Veíase al frente la ciudad del Callao rodeada de fortalezas, que se extendían á lo largo de la costa. Hacia el S. O., y separada por seis millas de Océano, la Isla de San Lorenzo, y á su abrigo fondeaba la Escuadra Española y su convoy. Algo más hacia el N. hallábanse buques de guerra ingleses, franceses y americanos, dispuestos á presenciar la lucha que se preparaba.

Ya había vencido el plazo fijado en el manifiesto que dirigió Méndez Núñez al Cuerpo Diplomático residente en Lima; ya aquel insigne jefe había reconocido, con la goleta *Vencedora*, los fuertes y baterías contrarias, acercándose hasta medio tiro de cañón, y adquirido el conocimiento exacto de su número y poder; ya se había circulado á los buques esta proclama de Méndez Núñez:

«Marineros y soldados: Después de una larga y cruda campaña, hoy se nos presenta la ocasión de cerrarla dignamente, castigando cual se merece la osadía y perfidia de un enemigo, que nada ha dejado de poner en práctica para vilipendiar á nuestra querida España; á España, que hoy espera de nosotros que la vengamos dignamente. Un mismo deseo nos anima á todos; yo no puedo dudar que con nuestro valor, decisión y entusiasmo lo veréis satisfecho, volviendo al seno de vuestras familias después de consignar una página de gloria en la historia de la marina moderna, dejando su honra á la altura que nuestra patria tiene derecho á esperar de nosotros. ¡Viva la Reina!—Vuestro comandante general, *Cas- to Méndez Núñez.*»

«Con atronadores é incesantes vivas respondieron las tripulaciones á la lectura de la alocución, subiéndose después á las tablas de jarcias para vitorearse de unos buques á otros y clamando por la hora de romper el fuego... Ya entonces los barcos empezaron á levar sus anclas y quedaron luego dando vueltas en el fondeadero, esperando á que la neblina se despejase» (1).

A las once y media hizo señales la *Numancia* de ponerse en movimiento y de tocar á zafarrancho de combate. Los toques de generala y calacuerda se oyeron entonces en todos los buques, y pocos minutos después la Escuadra emprendió la marcha hacia el Callao. A bordo reinaba un silencio imponente, ese silencio precursor de las grandes tempestades. Sólo se oían las trepitaciones de las hélices y las voces del mando. En primer término avanzaban con lentitud las fragatas *Numancia*, *Blanca* y *Resolución*, que iban á atacar las formidables baterías del S. de la ciudad. Componían la segunda división la *Berenguela* y *Villa de Madrid*, que se dirigieron hacia las baterías del N. La fragata *Almansa* y goleta *Vencedora* ocupaban el centro, y su misión era batir á los monitores *Loa* y *Victoria* y vapor *Tumbes*, que estaban inmediatos á los muelles. Marchaba á retaguardia el vapor *Maule*, mandado por el teniente de navío Yolí, y su objeto era el de prestar socorros ó dar remolques en caso de necesidad.

IV

Entretanto, en el Perú se habían dispuesto, con patriótico entusiasmo, á rechazar el ataque anunciado por la Escuadra. El jefe supremo de la República había dirigido al pueblo la siguiente alocución:

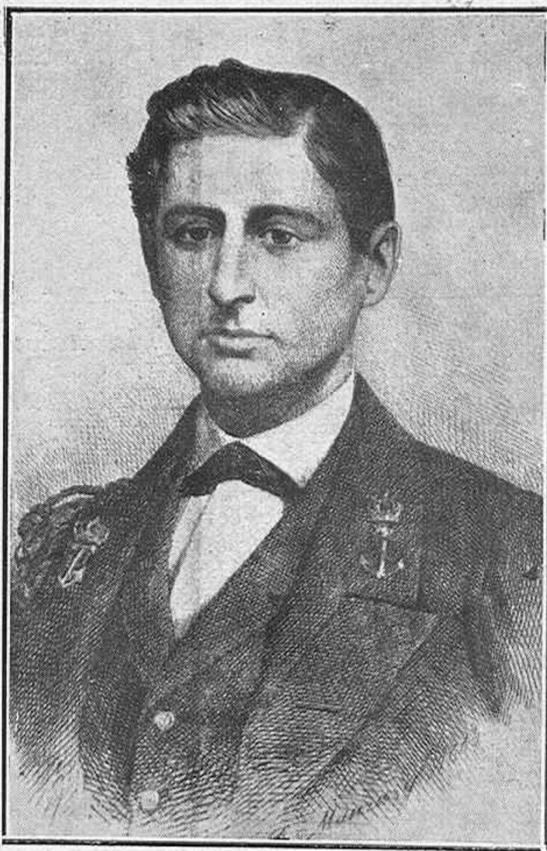
«Peruanos: Hace cuarenta años flameaba en las fortalezas del Callao la bandera española. Nuestros padres la hundieron en los mares después de haberla humillado en los campos de Junín y de Ayacucho. Hoy nuestros enemigos la enarbolan de nuevo en esas mismas playas que han contemplado dos veces su derrota y nuestro triunfo. Mañana les probaremos por tercera

(1) Iriondo. «Viaje de circunnavegación de la *Numancia*».

vez que es invencible el pueblo que combate por su honra y su libertad. Cincuenta cañones defiende, contra trescientos, el honor nacional. Ellos tienen la fuerza; nosotros, la justicia y el valor. Pasó ya el tiempo en que prevalecía el peso de la fuerza en la balanza de la justicia. Yo estaré con vosotros en el peligro. ¡Qué gloria mía si cayese envuelto en la bandera de mi patria, al lado de los defensores de su honor! Si llega ese momento, os recomiendo la cordura que aconseja la propia conveniencia, para probar al mundo que al valor de la lucha se unen las virtudes cívicas que os hacen dignos de su libertad.»

«Peruanos: Nuestros más fervientes votos van á cumplirse. Vais á vengar el ultraje del 14 de Abril. La hora de la lucha se acerca. ¡Cada hombre á su puesto! Al fuego de nuestros cañones hagamos sentir, á los incendiarios de Valparaíso, la virilidad de un pueblo que prefiere la honra á la vida.»

«Soldados y marinos: Nuestra causa es la cau-



DON RAMON RULL

Oficial de la Armada, muerto heroicamente en el Callao

sa de toda la América. Defendemos el honor y la libertad de todo un continente. Callao, Abril 30 de 1866.—*Mariano Ignacio Prado.*»

El arzobispo de Lima también había dirigido una pastoral al pueblo para que ofreciera á la patria su corazón y su vida, concediendo indulgencias plenarias y bendición apostólica á todos los que perecieran en el combate, y dispuso rogativas en los templos. Los militares presos por causas políticas pidieron como gracia el que se les permitiese tomar parte en la lucha, y se les había concedido. Gran número de voluntarios habían ayudado á las tropas á terminar los trabajos de defensa; varios generales se presentaron de uniforme al jefe supremo, manifestándole que cualquier puesto les era indiferente. El inválido general Arrieta había dejado la cama para acudir á las baterías, así como el veterano Lafuente. Doscientos jóvenes, hijos de familias distinguidas, se hallaban dispuestos para el transporte de muertos y de heridos. También estaban formadas numerosas compañías de bomberos, compuestas por hombres de todas nacionalidades.

El aspecto de la población, cuyas casas tenían cerradas sus puertas, era triste é imponente; sólo la tropa recorría las calles solitarias. En el castillo estaban los miembros del Gobierno y gran

número de jefes; una división del ejército hallábase apostada al extremo N. de la ciudad, y en el extremo S., varios escuadrones de caballería. Todas las alturas estaban coronadas de gente, cuyo número excedía de 20.000 personas; muchas habían llegado de la capital para presenciar el terrible duelo y pedir á Dios el triunfo de su causa.

Al servicio de las baterías se hallaban no pocos oficiales norteamericanos, traídos por mister Nelson, por cuya intervención también habían sido llevadas al Callao la artillería de grueso calibre, las armas y las municiones que debían ofender á la Escuadra española. El presidente había asumido la dirección de la defensa, y el ministro de la Guerra, coronel D. José Gálvez, se hallaba mandando la *Torre de la Merced*, una de las blindadas.

Los buques continuaron avanzando hasta colocarse tan cerca de tierra que sus quillas rasaron el fondo.

Detengámonos un momento á considerar fríamente la empresa que se acometía. La Escuadra española, compuesta de buques de madera, á excepción de la *Numancia*, no contaba con un solo cañón de gran calibre que oponer á los 12 de monstruoso y extraordinario alcance que poseían los peruanos.

Los defensores del Callao podrían renovarse continuamente y tener siempre seguras sus baterías con hombres de repuesto y descansados. Las tripulaciones españolas no contaban con reserva alguna ni aun para reponer sus bajas.

De los peruanos era el territorio y hallaban en él toda clase de socorros y de recursos. La Escuadra no disponía sino de sus propios y escasos medios, y para reparar grandes averías ó buscar refugio no contaba con un puerto amigo en una extensión de costa de 1.200 leguas.

Además, las consecuencias de la lucha eran de una manifiesta desigualdad, pues los españoles sólo podían cifrar la victoria en apagar los fuegos del Callao y retirarse después, mientras que los peruanos podían llevar su triunfo hasta conseguir la completa destrucción de la Escuadra y el apresamiento de los buques que quedarán imposibilitados de retirarse ó defenderse.

Creemos dudoso que muchos marinos hubieran afrontado la tremenda responsabilidad de semejante situación.

Los buques habíanse aproximado tanto á las fortificaciones, que los sumergidos torpedos resultaron inofensivos, porque aquéllos traspasaron la zona en que se hallaban. Los peruanos no pudieron suponer que avanzarían hasta remover el fondo con las hélices y rasarlo con sus quillas. Así lo hicieron para acortar la distancia todo lo posible, única manera de lograr que sus proyectiles pudieran ofender con eficacia. No hay duda que, en cambio, las grandes dimensiones de las naves presentaban al enemigo blanco fáciles y enormes... Mas si todo esto es cierto, ¿en qué base fundaban la remota esperanza de triunfo que viniese á disculpar acto tan temerario? ¿No tenían alguna escondida ventaja, algún misterioso recurso que les infundiera confianza y sangre fría? ¡Oh, sí! Preciso es confesarlo: La Escuadra atesoraba en su seno una asombrosa disciplina á prueba de terribles penalidades, y una perfecta instrucción militar y marinera, adquirida en largos años de soledad y de esperada lucha. Estos eran los auxiliares poderosos que infundían fe y esperanza á aquellos pechos españoles; los mismos cuya ausencia lloraba Gravina al dirigirse á Trafalgar; los mismos que entonces acompañaron á Nelson; los mismos, en fin, que, cual faros brillantes, alumbran, atraen y fascinan á la inconstante victoria.

Una vez colocados los buques en sus puestos respectivos, hubo un momento de expectación general. Desde á bordo se veía claramente á los artilleros peruanos que rodeaban sus piezas, y á éstas muy bien enfiladas. No muy lejos, pero fuera de las enfilaciones, se hallaban, para ser testigos de la terrible lucha, buques de las tres marinas más poderosas del mundo.

A las once y cincuenta, una blanca nube se desprendió del costado de la *Numancia*, y un fuerte estampido conmovió la atmósfera y hendiendo el espacio un proyectil, fué á estallar entre las banderas peruanas.

A este primer disparo contestaron dos descargas nutridísimas, y espesas lluvias de hierro cayeron sobre los buques y sobre el Callao. Roto el fuego por todas las baterías de tierra y por todas las flotantes, trocóse de súbito el tranquilo paisaje en imponente y magnífico. Interminables truenos, rojas llamaradas, vibrantes y metálicos silbidos, choques sonoros de hierro contra granito y sobre maderas, y ruidosas explosiones de incendiados proyectiles; todo envuelto en un denso humo que, al ascender, parecía modelar el Genio de la guerra, aspirando sonriente el olor de la pólvora y las emanaciones de la sangre.

La lucha comenzó terrible: antes de que la fragata *Villa de Madrid* pudiese romper el fuego, recibió una granada de 300 libras, que, abriéndole enorme brecha, puso 35 hombres fuera de combate, matando la mitad; entre ellos, al guardia marina Godínez, á quien arrancó la cabeza (1). El proyectil rompió además el tubo de conducción del vapor é inutilizó la máquina; por lo que la fragata, privada de todo movimiento, tomó remolque de la *Vencedora* para retirarse; mientras lo efectuaba pudo enviar 200 proyectiles sobre el enemigo.

Entretanto, la *Numancia*, blanco predilecto, se había aproximado á tierra tangenteando el círculo de torpedos y colocándose en cinco brazas de fondo; allí varó en fango, y, gracias á su potente máquina, pudo flotar al fin libremente. En pocos minutos había recibido una lluvia de balas que hicieron leve daño en su blindaje. Un proyectil, rompiendo la baranda del puente y la bitácora, produjo á Méndez-Núñez ocho heridas en todo el cuerpo (2). Este quiso permanecer tranquilo; pero á los pocos minutos la pérdida de sangre le obligó á caer desmayado en los brazos de Antequera. Ocultóse á la escuadra este suceso, y el mayor general, D. Miguel Lobo, continuó mandando el combate.

La *Blanca*, por su menor calado, había ido á colocarse mucho más cerca de tierra; allí envió sus certeros tiros, principalmente á la Torre del Sur, cuyos cañones monstruos causaban horribles estragos; transcurrida una hora de fuego, logró meter en su recinto una granada, que al estallar produjo la explosión de la torre blindada, viéndose distintamente volar á parte de su guarnición y su bandera. Y después de este hecho, la fragata ayudó á la *Numancia* en la difícil empresa de destruir la formidable batería Santa Rosa.

Mientras, la *Almansa* había hostilizado á la población y á los monitores *Loa* y *Victoria*, recibiendo en su casco numerosos proyectiles. A las dos y treinta, una granada de 300 reventó en su batería, le mató 13 hombres, entre ellos el guardia marina Rull, destrozándole horriblemente, é inflamó la pólvora de los guardacartuchos; los hombres que los conducían quedaron abrasados, pero ninguno se movió de su puesto hasta que llegó su relevo. El incendio se propagó al sollado; la prudencia aconsejaba abrir los grifos; pero el comandante Sánchez Barcáiztegui se negó á ello tenazmente, y al fin pudo ser extinguido el fuego sin mojar la pólvora. La fragata se retiró de la línea sólo durante media hora, y después volvió á ocupar su puesto, haciéndose notable por la rapidez de sus disparos.

Entretanto, la *Berenguela* se batía sola contra las torres blindadas y baterías del norte, haciéndoles un espantoso fuego, que dejó inútiles á los cañones Armstrong de la torre blindada; pero no tardó en recibir un proyectil Blackely,

(1) Este bizarro guardia marina había sido herido en Abtao, y aún convaleciente ocupó su puesto en el combate del 2 de Mayo. Tuvo el presentimiento de que lo matarían, y tan profunda era su convicción, que antes de la lucha repartió entre sus compañeros de camarote todo su tabaco, sus libros y otros objetos, diciéndoles: «—Sé que muero en el combate; conservad esto en recuerdo mío.»

(2) Méndez-Núñez fué curado con grandísimo acierto por el inteligente Dr. D. Antonio Censio y Romero, primer médico de la «Numancia». De las ocho heridas del jefe, dos fueron graves.

que penetró en su batería y salió por el opuesto costado bajo la línea de flotación; el agua se precipitó á torrentes por aquella brecha de 56 pies de área. No obstante, la fragata continuó batiéndose, pues como decía en su parte oficial, con sublime sencillez, el comandante Pezuela, «V. S. me tenía prevenido que persistiese en mi puesto hasta el último extremo». Pero pocos minutos después, otra granada de 300 libras penetró en el sollado é incendió la carbonera inmediata al pañol de pólvora; al mismo tiempo, el buque se anegaba rápidamente, tumbándose sobre babor. No era dudoso que había llegado el último extremo, y la *Berenguela* efectuó su retirada marchando hacia atrás con lentitud y disparando los cañones que le quedaban disponibles. Sólo cuando salió fuera de las enfilaciones se ocupó en apagar el fuego; después cambió toda su artillería á una banda para descubrir la brecha. Ante tal bravura y serenidad, la corbeta inglesa *Sheerwater* largó su ancla y le salió al paso, gritándole su comandante, Mr. Douglas: ¡Valiente *Berenguela*, aquí estoy yo para recogeros! La fragata contestó: *De nada necesito*. La *Berenguela*, antes de retirarse, había hecho enmude-



DON ENRIQUE GODINEZ
Muerto heroicamente en el combate del Callao

cer á varios cañones de las baterías del norte.

Los artilleros enemigos también se batían bizarramente. En la batería de *Abtao* había caído muerto el oficial Quiespe; gravemente heridos, un capitán y otros seis oficiales. En la *Torre de la Merced*, volada por una granada de la *Blanca*, murieron el ministro Gálvez y los coroneles Borda y Montes; los cañones de la torre habían disparado cinco tiros en cincuenta y cinco minutos; fué entonces cuando la granada española, cayendo sobre el lado derecho de la cureña del primer cañón y rebotando de allí al círculo de la torre, entró por el hueco de la porta donde estaban varios saquetes de pólvora; en aquel sitio hizo explosión, lanzando la porta á 90 metros de distancia, desquiciando las planchas de á seis pulgadas de grueso y astillando las maderas y blindaje interior de la torre. Bajo sus ruinas quedaron sepultados 27 hombres muertos y 66 gravemente heridos.

En la batería *Chacabuco*, construída en el foso de Santa Rosa, perecieron muchos voluntarios y les fueron desmontados varios cañones. La de *Maipú*, al norte de *Santa Rosa*, había tenido 15 muertos; todos los fuegos de esta batería habían sido apagados.

El fuerte de *Santa Rosa*, mandado por el comandante Jones, había sufrido también muchas

bajas, contándose la del capitán de navio Muñoz.

En la línea del norte, el fuerte de Ayacucho había tenido cuatro muertos; uno de sus cañones Blackely fué el que disparó el proyectil que causó avería en la máquina de la *Villa de Madrid*. Lo mandaba el comandante Cáceres. Al fuerte de Pichincha le habían desmontado dos piezas, que lograron colocar de nuevo en batería. La torre de *Junin* había jugado con mucha precisión sus cañones de á 300; los proyectiles de los buques hicieron poca mella en su blindaje. A la batería de la *Independencia* le habían sido desmontados sucesivamente todos sus cañones y había sufrido numerosas bajas.

Así, pues, en las primeras horas de la terrible lucha dos fragatas quedaron fuera de combate, y los peruanos perdieron sus mayores fuerzas con la destrucción de una de sus torres blindadas y haberse inutilizado muchos cañones; además, los certeros disparos de la escuadra habían producido el desorden en algunas baterías, donde la lluvia de los proyectiles no daba tiempo á los artilleros para hacerle resonar; las bajas del enemigo eran cada vez más numerosas. Sin embargo, aun comenzaba el combate. Este continuó una hora más y otra y otra sin que las tripulaciones diesen muestra ostensible del cansancio que las postraba. Cuando se recalentaban mucho los cañones de una banda, los buques viraban en redondo, utilizando la batería del otro costado, y ya por babor, ya por estribor, se sostenía el fuego tan nutrido como en los primeros momentos.

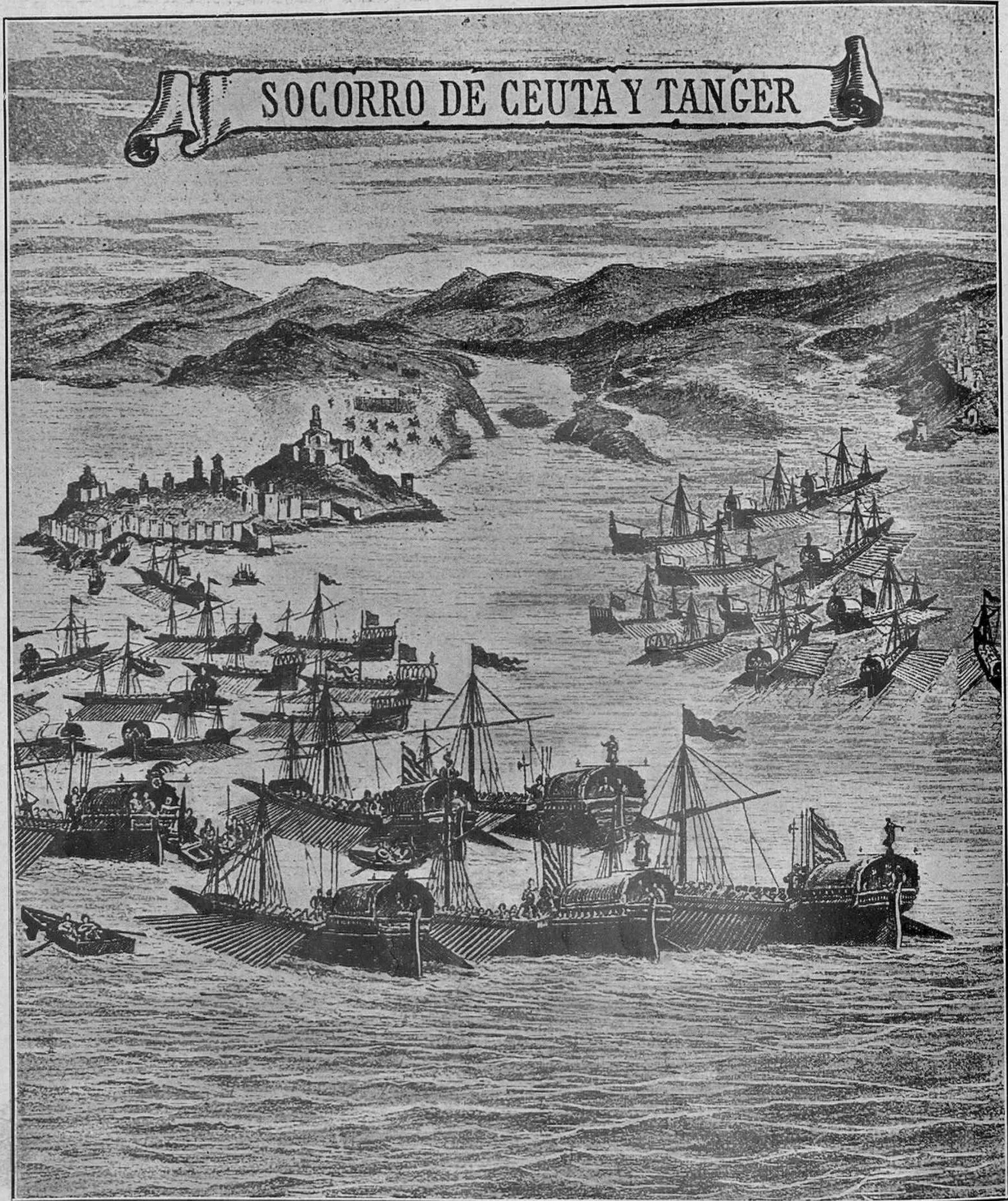
La *Resolución* había logrado incendiar diversos puntos de la población y hecho enmudecer algunos cañones de la batería de *Santa Rosa*. La gente veterana y aguerrida de este buque no dejó de batirse con heroísmo hasta la completa terminación del bombardeo.

La fragata *Blanca*, inquieta siempre y afanosa de glorias y peligros, como mandada por el bizarro Topete, podría compararse á un brioso corcel que tascaba el freno pugnando por salvar obstáculos y correr al encuentro de ambiciosa meta; así procuró avanzar sobre los fuertes, tanteando distintos rumbos, hasta que pudo colocarse en cuatro brazas de fondo, exponiéndose á varar de firme multitud de veces; desde allí mantuvo un vivísimo cañoneo contra el enemigo y recibió muchos proyectiles, uno sólo de los cuales le mató ocho nombres é hirió al mismo Topete. Mientras se hizo á éste la primera cura, rápidamente continuó mandando la fragata su segundo, D. José Carranza; Topete volvió pronto á ocupar su puesto, batiéndose hasta las cuatro de la tarde, hora en que había sido agotadas sus municiones. Ya habíase conseguido apagar los fuegos de la mayor parte de los puertos del Callao, y sólo respondían al vivísimo de la escuadra 12 ó 14 piezas de la batería de *Santa Rosa*. También se había hecho retroceder é internado entre los muelles á los buques enemigos. Continuó el combate, sostenido por la *Numancia*, *Almansa*, *Resolución* y *Vencedora*, que sólo tenían que atender á los 12 cañones mencionados. La goleta *Vencedora*, mandada por Patero, se batió desde el principio hasta el fin con mucho valor, y prestó también eficaces auxilios á las fragatas que los necesitaban.

A las cinco de la tarde ya no contestaban á los buques más que seis cañones, pertenecientes á una batería de *Santa Rosa*, y comenzando entonces la neblina, y próximo á ponerse el sol, hizo señal la *Numancia* de retirarse del combate. A las cinco horas de fuego, ya casi no contestaban las baterías enemigas. Noticiöse esto al herido almirante, el cual dijo al oficial comisariado para ello: —¿Están los muchachos contentos? —Sí, señor—contestó el oficial—; todos estamos contentos—. Y Méndez-Núñez añadió: —Ahora sólo falta que en España queden satisfechos de que hemos cumplido con nuestro deber. Diga usted á Antequera que cese el fuego, que suba la gente á las jarcias, que se den los tres vivas de ordenanza antes de retirarnos.

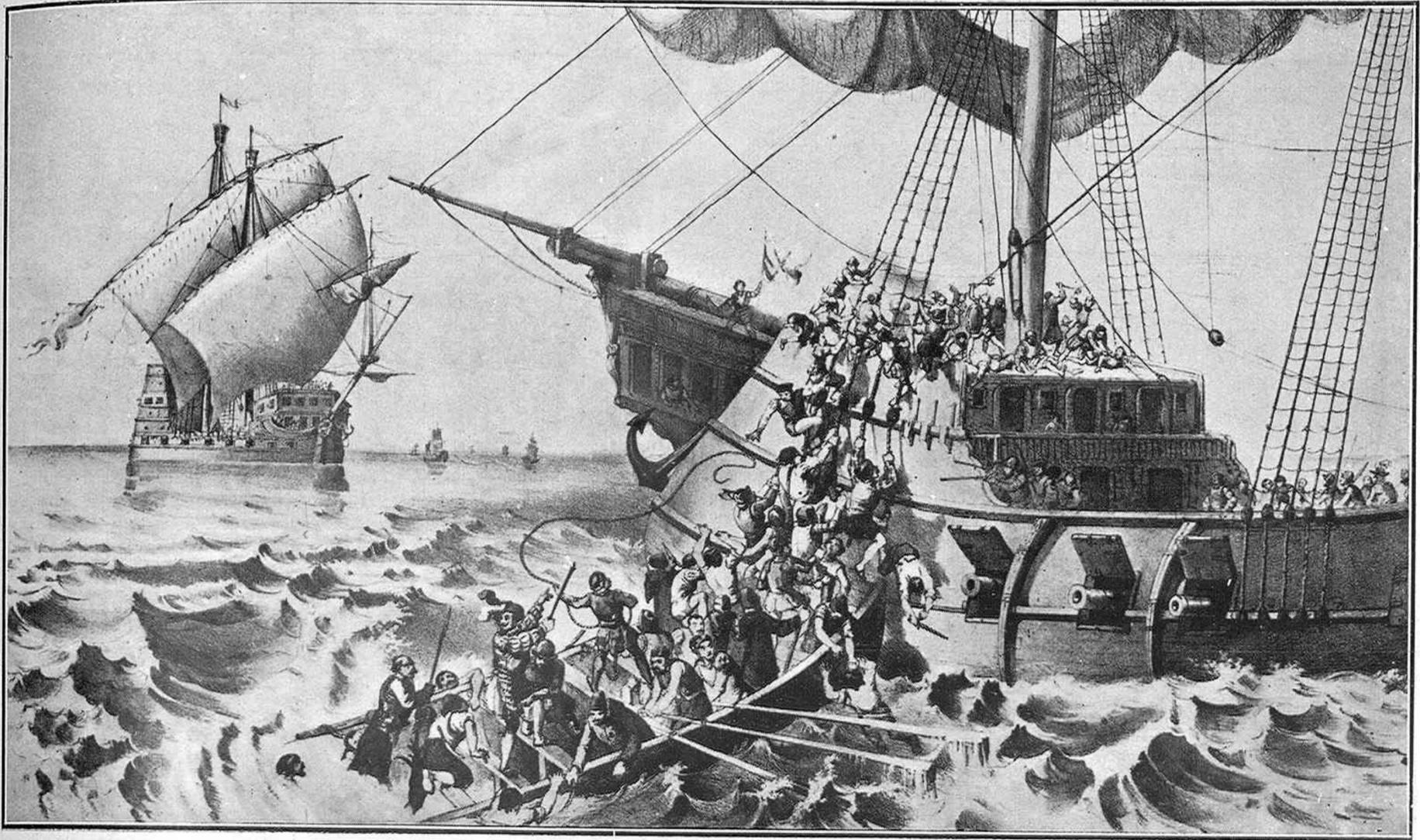
Suspendido el fuego, las tripulaciones cubrieron las jarcias y dieron vivas á la Reina, encaminándose después todos los buques al fondeadero de San Lorenzo, donde llegaron ya entrada la noche.

HAZANAS DE LA ARMADA ESPAÑOLA

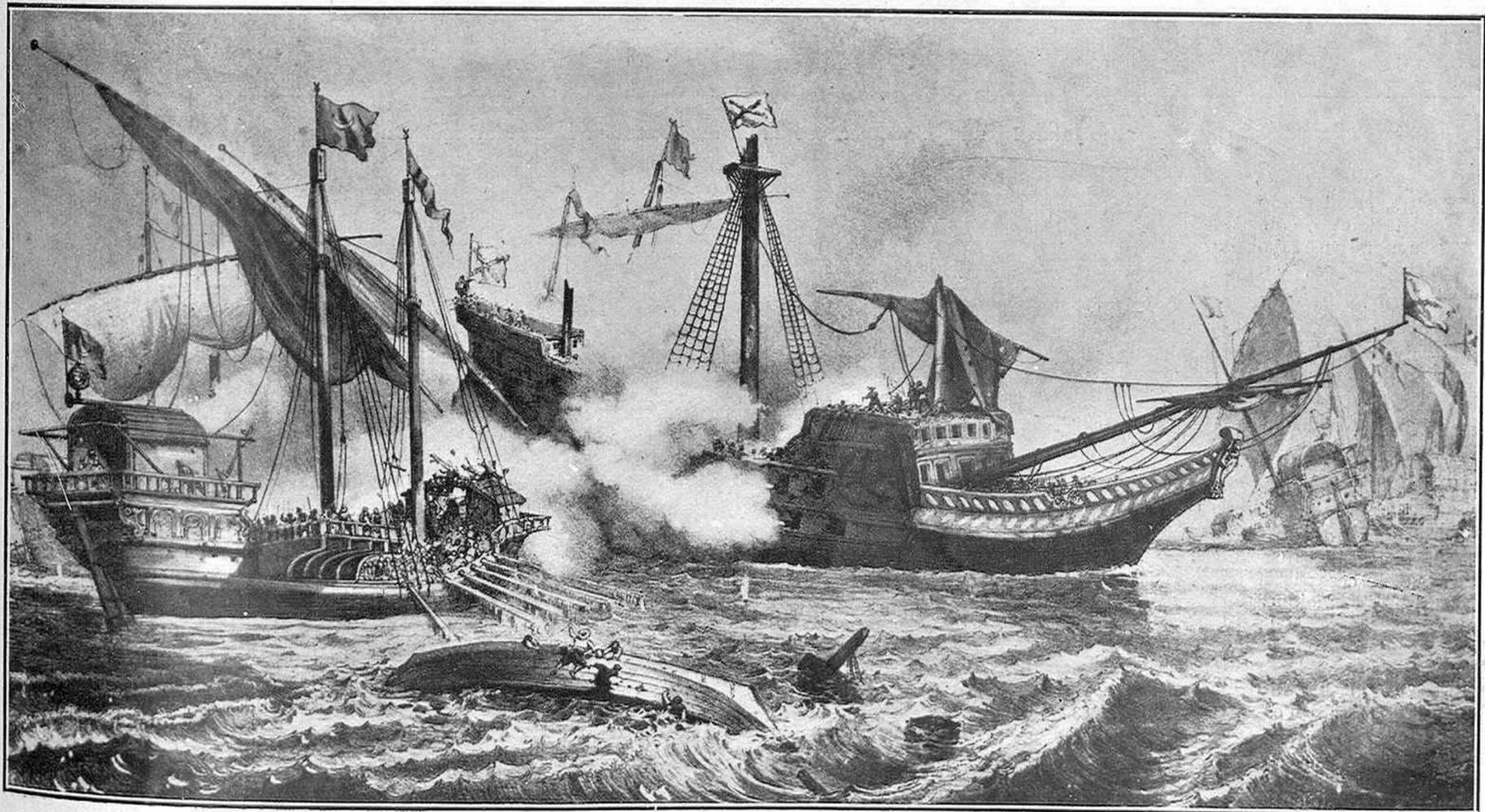


«Socorro de las plazas de Tánger y Ceuta», según una pintura mural del Palacio del Viso

HAZAÑAS DE LOS MARINOS ESPAÑOLES



Hazaña semejante á la de Hernán Cortés quemando sus naves, fué la del capitán español que, sin más bastimento que un batel, hundió á fuerza de golpes de pica su nave en el mar para impedir que sus gentes retrocedieran

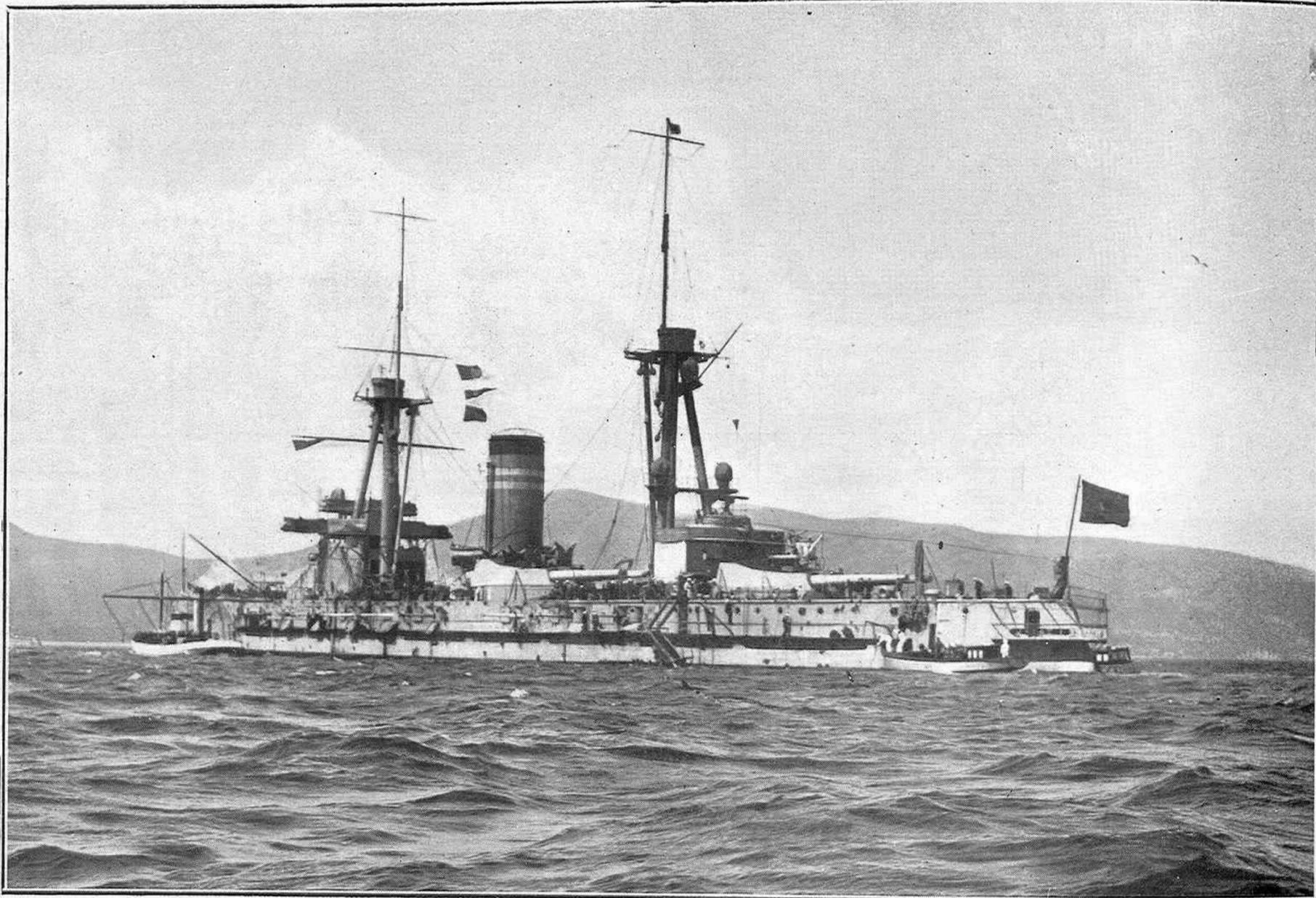


El glorioso combate que hizo famoso entre los marinos el nombre de Machin Munguía

(De las estampas de la colección Monleón)

(Fots. Cortés)

DE LA ESPAÑA MARITIMA
LA MARINA DE GUERRA ACTUAL

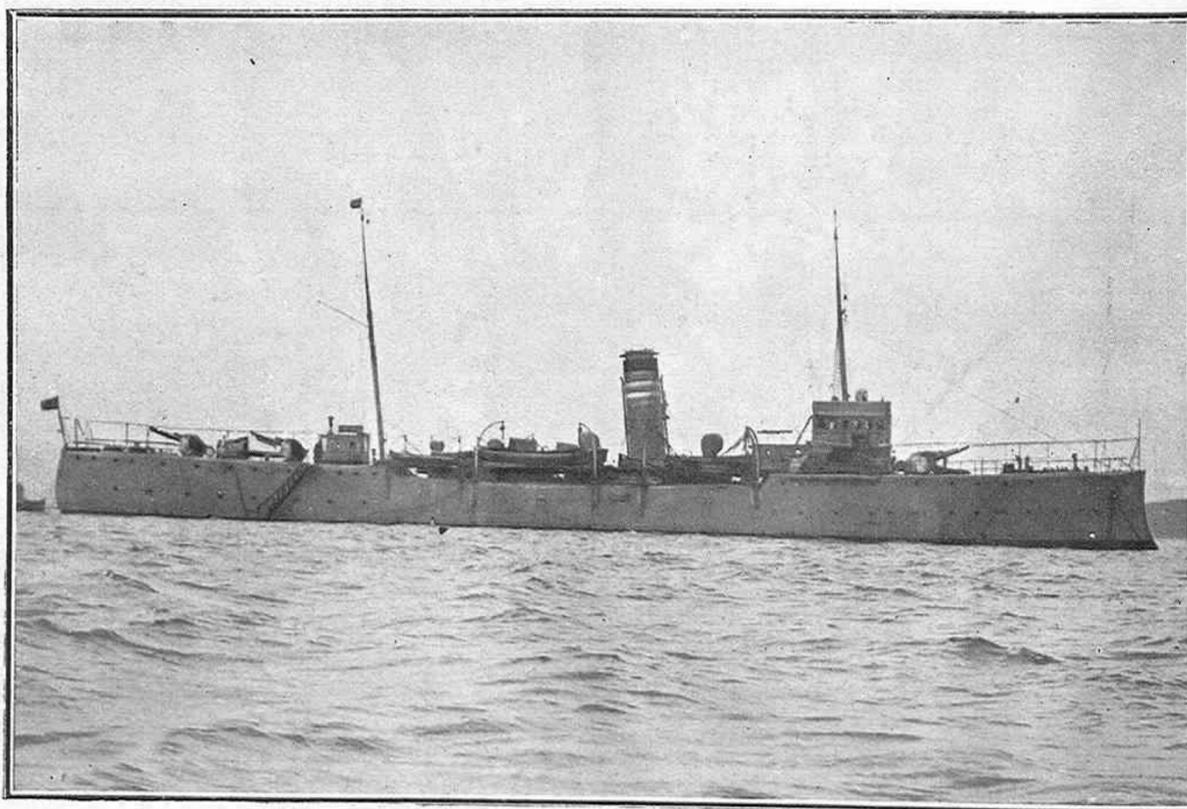


El «Jaime I», uno de los acorazados más modernos de nuestra Marina de Guerra

Es ya, en el ritmo del tiempo, sólo un recuerdo aquella estampa, tan clásica, tan aceptada, de una marina española con barcos viejos é inservibles.

Los buques de nombres gloriosos — nombres evocadores de jornadas de victoria ó de figuras ilustres— eran luego, en el contraste con la realidad, pequeños, anticuados, distantes de los tipos nuevos que sin cesar iban lanzando las naciones que caminaban á la cabeza del progreso marítimo.

Pero esto ha ido quedando lejos. En estos últimos tiempos, el panorama de nuestra Marina de guerra ha cambiado totalmente. Día á día, España, en este aspecto tan fundamental de su vida, cambia de un modo profundo.



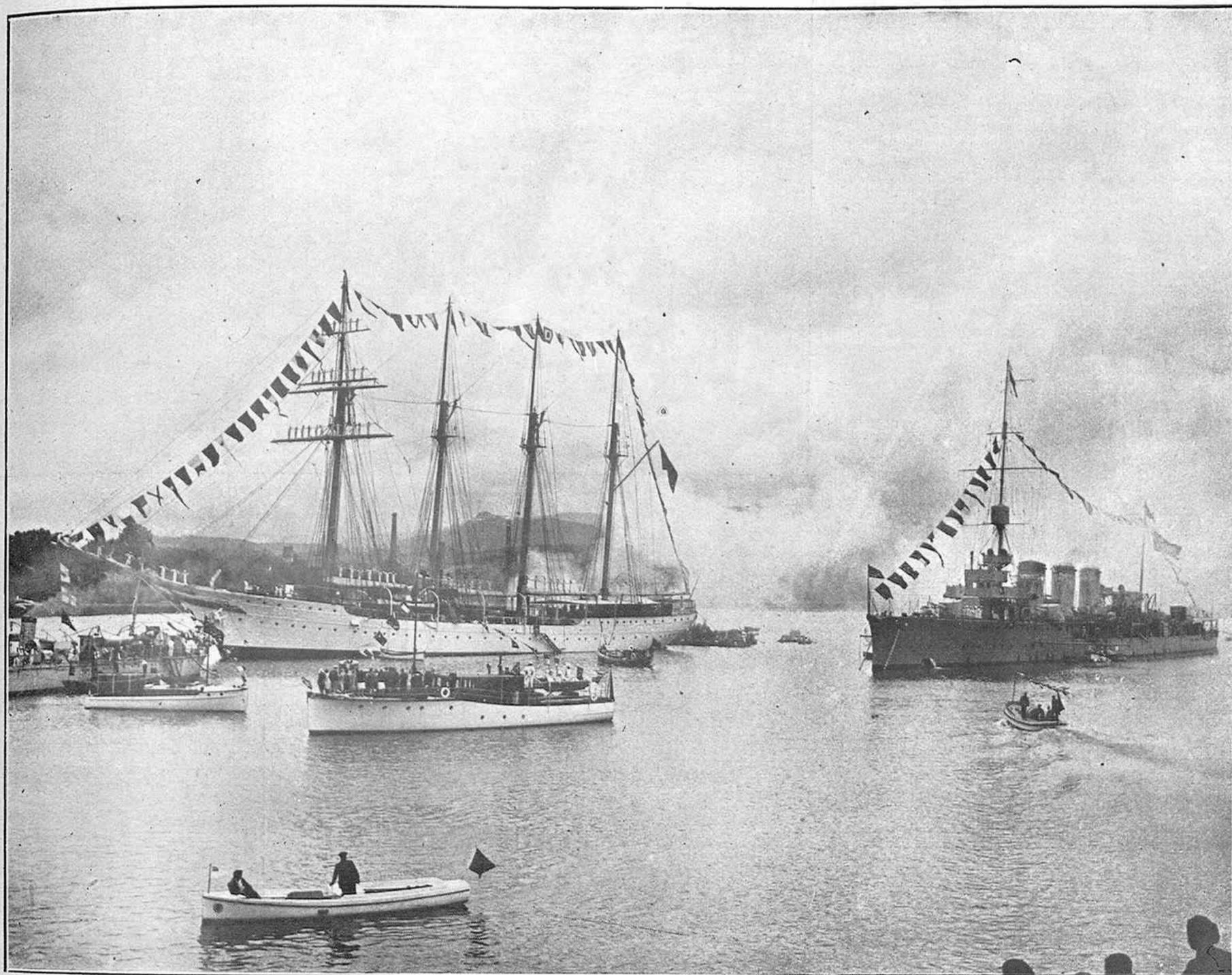
El cañonero «Dato», tipo moderno
(Fots. Díaz Cosariego)

Los barcos construidos últimamente son, en verdad, magníficos. Acorazados, cruceros, torpederos que responden, en su tipo, en su construcción, en su artillería, á los adelantos más recientes en esta materia, que todas las naciones atienden hoy tan preferentemente.

Una prueba de la positiva excelencia de nuestra actual Marina de guerra está en los unánimes elogios que han merecido los dos barcos recientemente vendidos á la República Argentina. Desarrollan una velocidad espléndida, y las condiciones de su construcción son verdaderamente perfectas.

Los barcos españoles, ya en adecuada consonancia con los progresos de las marineras de guerra, constituyen para España un legítimo orgullo.

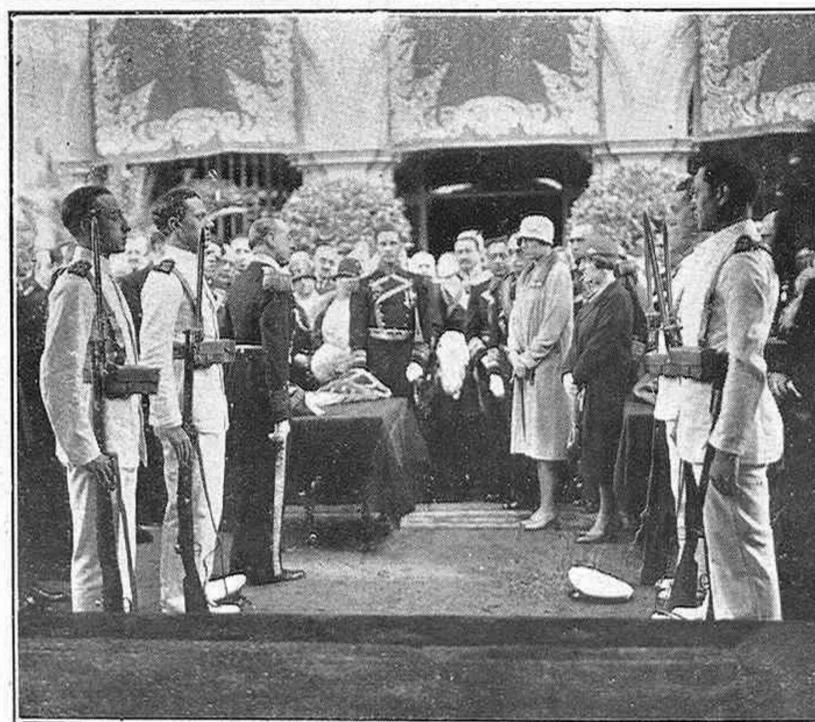
Entrega de las banderas al crucero "Blas de Lezo" y al buque-escuela "Juan Sebastián Elcano"



Los dos barcos, anclados en el puerto de Pasajes, en la mañana del domingo último, en que fueron izadas sobre el «Elcano» y el «Blas de Lezo» las banderas regaladas por Guipúzcoa



El traslado de las dos enseñas desde el Gran Casino—donde fueron entregadas por las Infantitas a los comandantes de los buques—al «Proserpina», para su conducción al puerto de Pasajes



Las Infantita doña Beatriz, madrina de una de las banderas, pronunciando su discurso en la brillante ceremonia celebrada el domingo último en San Sebastián (Fots. Campúa)

LA ACTUACION DE UN HOMBRE TODO VOLUNTAD

Una visita al presidente del Comité Regulador de la Industria Algodonera

HACE unos meses se publicó en estas mismas columnas una interesante interviú, celebrada con el ilustre vicepresidente del Consejo de la Economía Nacional, Excmo. Sr. D. Sebastián Castedo; y al encontrarme ahora en Barcelona, al objeto de publicar varias informaciones de carácter puramente local, he querido dar á conocer á nuestros numerosos lectores la importancia que en realidad tiene actualmente el Comité Regulador de la Industria Algodonera, puesto que este organismo está adscrito al mencionado Consejo de la Economía, y cuya actuación puede afectar grandemente á la riqueza nacional, si se tienen en cuenta los fines para que ha sido creado dicho Comité.

Al enterarme de que la persona que lo preside es el pundonoroso teniente general excelentísimo Sr. D. Joaquín Miláns del Bosch, me apresuro á visitarle, siendo recibido en el acto con la proverbial y característica amabilidad del hombre de mundo á quien no desvanecen los éxitos obtenidos en los diferentes y elevados cargos que durante su larga y honrosa carrera militar ha ocupado, ni las pesadísimas tareas que cotidianamente absorben su atención; pues desde el Gobierno Civil de Barcelona, que con tanto acierto y beneplácito unánime viene desempeñando, ha reverdecido los muchos y merecidos laureles conquistados cuando estuvo al frente de la Capitanía General de esta región—por cierto en momentos bastante difíciles—, que pusieron de relieve una vez más sus excepcionales dotes de buen gobernante, y á cuya extraordinaria rigidez justiciera sólo puede compararse su exquisita corrección.

—Para contestar—empieza diciéndome el general—cuál fué la poderosa razón que dió origen á la creación del Comité, es de todo punto imprescindible el referirse á un hecho de triste recuerdo, que durante cierto período de tiempo desnaturalizó por completo la fisonomía económica de España. Me refiero á las repercusiones de la gran guerra europea, derivadas de las circunstancias de que, habiendo tenido necesidad de acudir á nuestro país las naciones beligerantes para proveerse de artículos que les era materialmente imposible producir, se intensificó la industria, se acrecentó el comercio exterior y se acentuó la vida de los negocios, al extremo de parecer que por arte de encantamiento habíamos



Una reunión de la Comisión Ejecutiva

escalado el primer lugar, en orden á la prosperidad material. Es éste un tema que se presta á profundas consideraciones, y es ahora ocioso exponer, cuando la experiencia nos ha dado la más triste de las enseñanzas, principalmente para todas aquellas personas quienes no supieron distinguir á su debido tiempo las consecuencias que podrían resultar, teniendo necesidad de que la firma del armisticio les despertara, volviéndoles á la realidad de la vida.

—¿Y la industria textil algodouera sufrió también las consecuencias de la crisis?

—La industria textil algodouera no escapó de la crisis que se dejó sentir en toda clase de negocios, dándose el caso de que la exportación de sus manufacturas, que en el año 1919 alcanzó la respetable cifra de unos 18 millones de kilos, fué descendiendo enormemente y de tal forma, que al llegar al 1924 solamente se exportaban tres millones y medio de kilos, sin que la contracción de las operaciones se compensase por el consumo interior. En este estado las cosas, el Directorio, con laudable espíritu de previsión, dictó el Real decreto de 30 de Abril de 1924, sobre auxilio á las industrias, sin que, á pesar de las gestiones que á su amparo realizaron las entidades económicas de Barcelona, bajo la iniciativa de la Cámara Oficial de Industria, hubiese habido posibilidad de implantar el régimen de compensaciones á la exportación, que constituye uno de los medios de defensa que se establecen en la disposición de referencia. Y fué después de algún tiempo—á últimos del si



Sección de Estadística



EXCMO. SR. D. JOAQUIN MILANS DEL BOSCH

Teniente general, gobernador civil de Barcelona y presidente del Comité Regulador de la Industria Algodouera, á quien el Gobierno se dignó conceder recientemente, por sus relevantes condiciones personales, la Gran Cruz del Mérito Civil, por cuyo motivo ha sido objeto de muchas y entusiastas felicitaciones (Fot. Chavarino)

guiente año, ó sea en el 1925—cuando la Agrupación de Fabricantes de Hilados de Algodouera del Fomento del Trabajo Nacional se preocupó muy seriamente del asunto, y teniendo en cuenta que toda crisis obedece fundamentalmente á la desproporción que existe entre la producción y el consumo, concibió la idea de crear un organismo que cuidase de regular la industria textil algodouera, y en el que se coordinase el esfuer-

individual con el apoyo del Poder público, que, desde luego, se echó de ver la ineficacia de toda actuación dimanada de cualquiera entidad que no revistiera carácter oficial y dispusiera de fuerza coactiva para imponer sus acuerdos y resoluciones. Llevados á cabo los estudios y resoluciones adecuados, y habiéndoles sometido en diferentes asambleas, merecidos interesados en su aprobación, así como la de la Cámara Oficial de Industria y del Fomento del Trabajo Nacional, cuyos representantes quedaron incorporados á la Comisión gestora, que sin pérdida de tiempo se dirigió al Gobierno, el cual, aceptando el proyecto en lo que tenía de esencial, emitió el Real decreto de 9 de Julio de 1926, mediante el que fué creado el Comité Regulador de la Industria Algodonera.

—¿Y cómo actúa el Comité para su completo desenvolvimiento?

—Las líneas generales en que dicho organismo viene llamado á desenvolverse en su actuación, consisten en fomentar la exportación de los productos manufacturados de algodón, habiendo establecido al efecto el régimen adecuado por medio de compensaciones; gestionar de los establecimientos bancarios los medios necesarios para obtener el crédito á largo plazo á los exportadores de dichos productos destinados á los mercados de Canarias, hispanoamericanos, orientales próximos y posesiones de Africa y zona del Protectorado español en Marruecos; informar al Gobierno en los casos de autorización especial para establecer nuevas fábricas de manufacturas de algodón, ya que su establecimiento queda prohibido siempre que no medie expresa autorización; dedicar las cantidades autorizadas á facilitar la renovación y, en su caso, amortización de maquinaria; organizar la estadística de los elementos de trabajo y cuantificar los antecedentes son necesarios recopilar para conocer en todo tiempo el estado de la industria textil algodouera, su avance ó retroceso, así como la propaganda genérica de los artículos de algodón en los mercados extranjeros, y adoptar cualesquiera otras medidas que, pudiendo conducir á la industria de que se trata á una mayor prosperidad, no se aparten del espíritu del Real decreto de creación del Comité, y proponer, en consecuencia, al Gobierno la adopción de aquellas otras medidas que las circunstancias aconsejen.

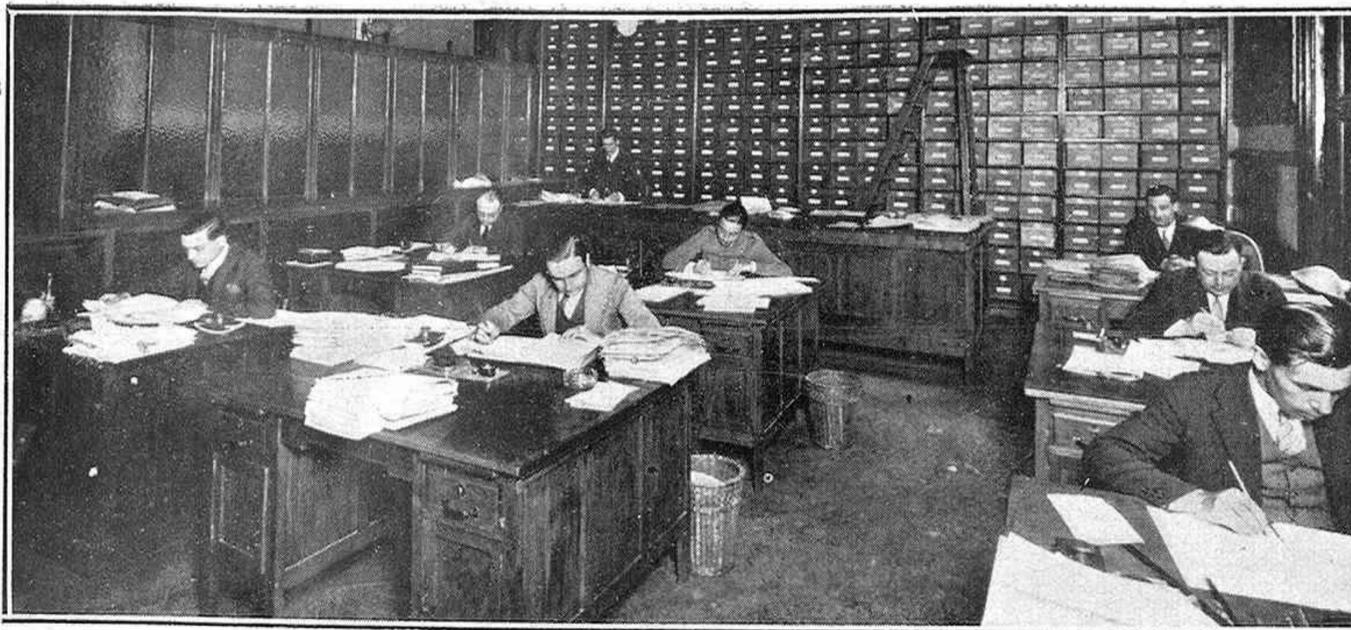
—¿Se ha concedido al Comité alguna nueva facultad después de su constitución?

—La que en principio se le reconocía relativa á la renovación de maquinaria, ha sido sancionada por una Real orden de 30 de Noviembre del próximo pasado, mediante la cual se establece todo un sistema convenientemente articulado que regula con verdadera amplitud de atribuciones.

—¿Y con qué medios cuenta el Comité para el cumplimiento de sus atenciones?

—Cuenta con un impuesto sobre la introducción de algodones que se hace efectivo por las aduanas, á razón de cinco céntimos de peseta por cada kilo de algodón; y además, por Real decreto de 2 de Junio del año 1927, se le concedió una subvención igual á la cantidad que invierte de sus propios recursos.

El Comité—continúa hablando el Sr. Miláns del Bosch—consta del Pleno, de la Comisión ejecutiva y de las Ponencias necesarias para llevar á cabo eficazmente cada una de sus funciones. El Pleno lo constituye, además del presidente



Sección de Exportación



Don José Ruiz Casamitjana, secretario general del Comité Regulador, despachando con el vicesecretario, Sr. Bassols

y vicepresidente, que lo es el delegado de Hacienda, D. José Vázquez Lasarte, cuatro vocales del Consejo de la Economía Nacional, designados por el presidente del mismo; representantes corporativos por el Fomento del Trabajo Nacional, Cámaras Oficiales de Comercio y Navegación y de Industria de Barcelona, Centro Algodonero, Asociación de Fabricantes de Estampados y Blanqueo, Federación de Fabricantes de Hilados y Tejidos de Cataluña, Mancomunidad de Fabricantes de Tejidos y demás análogos que corresponda; y, por último, doce fabricantes de algodón, pertenecientes: seis, á Cataluña; tres, á las provincias del norte de España, y otros tres, á las de Levante-Andalucía, designados libremente, por elección directa, por los fabricantes de hilados y tejidos, todos ellos con sus respectivos suplentes.

—¿Quiénes son los señores que constituyen actualmente la Comisión ejecutiva?

—La Comisión ejecutiva está integrada por los vocales señores conde de Caralt, D. José Botey, D. Gregorio González Suso, D. Domingo Sert, D. Juan Puig Marcó, D. José Monegal Nogués, D. Francisco Trinxet, D. Olegario Godó, D. Luis Fernández Villavicencio y D. Isidoro del Campo; y como suplentes, el excelentísimo señor marqués de Santa Cruz, D. Juan Palá y Claret, D. Jaime Rifá, D. José M.^a Irigoyen, D. Salvio Iborra, D. Alejandro Bosch y Catarinéu, don José Armenteras, D. José M.^a Suris, D. Alfonso Amat y D. Antonio Cantí.

—¿En qué forma se efectúan los diferentes servicios del Comité?

—Los servicios se hallan divididos en secciones, que corresponden á las diferentes Ponencias, y son acertadamente dirigidos y coordinados por el ilustre secretario general, D. José Ruiz Casamitjana, que á la vez es vocal del Consejo de la Economía Nacional y notable jurisconsulto, cuya actuación al frente de la secretaría es altamente meritoria, por ser gran conocedor y muy competente en todo esto, á consecuencia de haber ejercido y continuar desempeñando cargos similares en distintos organismos sociales y económicos, siendo eficazmente secundado por el joven vicesecretario don Jacinto Bassols, distinguido y honorable capitán del Cuerpo Jurídico Militar, y por todo el demás personal adecuado.

También forma parte del Comité, en concepto de asesor, el secretario general de la Comisaría Algodonera del Estado, ilustrísimo Sr. D. Manuel García Barzanallana.

En el transcurso de la conversación observo que el general no hace nada más que mirar el reloj que tiene sobre la mesa de su despacho, y al marcar el minuterero las cinco, se levanta don Joaquín del sillón donde está sentado y, estrechándome con toda efusión la mano, me dice:

—Usted perdonará no continuemos nuestra charla; pero á esta hora nos reunimos los que componemos la Comisión ejecutiva, y no me gusta que esperen estos señores.

Al abandonar el Gobierno Civil, salgo bajo la impresión de que con hombres de la enérgica voluntad y acrisolada honradez del Sr. Miláns del Bosch, progresará enormemente España y se regenerará por completo.

JOSÉ MARÍA RODRIGUEZ



Vestíbulo y oficinas administrativas

Fots. Merletti

Barcelona, Julio 1928.



LA ACTUAL TEMPORADA DE VERANO EN SAN SEBASTIAN



San Sebastián.—Jardín de Alderdi-Eder y calle de Hernani

El estío manda... Estamos, como todos los años en cuanto Julio llega, ante la actualidad de las playas de moda, hacia las que, desde toda la Península, afluye ya el nutridísimo contingente de los que huyen de las ciudades interiores.

Entre nuestras ciudades de verano, San Sebastián es, por tradición y por justicia, la que tiene más entusiastas partidarios y la que goza de más merecida fama. San Sebastián ha hecho de su verano un culto y un orgullo. *Siente* el veraneo, sabe engalanarse con sus mejores vestiduras para que el núcleo de sus admiradores sea mayor á cada nuevo año. Y la ciudad admirable lo consigue. Ve que en cada nuevo estío sus visitantes son más. Y alegre, complacida, la gran ciudad cantábrica no cesa de adornarse con nuevos embellecimientos, en justa reciprocidad hacia aquella predilección de los veraneantes.

Magnífico es el programa de fiestas que para esta temporada ha organizado San Sebastián. La ciudad tiene ya una espléndida animación, que ha de crecer á medida que se acerquen los días culminantes de la temporada. Deportes, toros, fiestas mundanas... El programa de este año superará, en belleza y en importancia, á los organizados en años anteriores.

Para los días del 25 al 30 de Julio están anunciadas las interesantísimas carreras automovilísticas en el circuito de Lasarte. Esta magnífica prueba deportiva atrae á la gran ciudad aficionados de todos los países, que siguen con la más viva expectación las interesantísimas carreras en que las marcas de mayor renombre se disputan premios cuantiosos.

Este año, además, ofrece San Sebastián á sus visitantes un nuevo aliciente: la reapertura del Gran Casino, espléndido escenario de elegancias



San Sebastián.—La Concha

mundanas y de fiestas inolvidables. El Casino tiene una tradición de brillantez que este verano, seguramente, ha de verse continuada con las mejores magnificencias. El gran edificio está ya abierto de nuevo, y su animación actual prelude ya las admirables jornadas que han de venir en los días más salientes de la temporada estival.

La tradicional «semana grande» de San Sebastián ofrecerá en Agosto un programa de festejos de un interés difícilmente superable. Cuantos han presenciado alguna vez lo que son esos días en San Sebastián podrán hacerse una idea de lo que serán las fiestas de este año, en las que se ha logrado reunir un máximum de alicientes.

Junto á estas fiestas organizadas, *oficiales* pudiéramos decir, hay en la ciudad norteña la gran fiesta natural, el maravilloso espectáculo continuo que es su playa incomparable. La Perla, por su animación policroma, por su alegría, es ya por sí solo un festejo, un espectáculo, con esa suprema belleza de las cosas no preparadas.

En la creciente importancia turística de San Sebastián hay que dedicar, por estricta justicia, un elogio fervoroso á una entidad que vela cuidadosamente por los prestigios y las atenciones de la ciudad: el Comité de Turismo, á cuyas iniciativas, á cuyo esfuerzo vigilante é incansable se deben muchas mejoras de San Sebastián en este aspecto, y muchas de las facilidades y comodidades que hacen de la ciudad el escenario ideal para el veraneo.



Gran Casino de San Sebastián

(Fots. Cámara)

Elegancias

EN París se ve...
Para la caza, el tiro de pichón y para todas estas horas de alegre libertad y de higiene física y espiritual, vestidos que responden á los movimientos racionales de estas manifestaciones del deporte.

Para la calle, calzado cómodo, con tacones planos, que eviten las torturas que ofrecen los zapatos ajustados, de tacones inverosímiles.

La libertad del cuerpo es un hecho en todos los aspectos de la moda, pues incluso los corsés, que antaño eran una prenda de tortura, se han convertido hoy en algo grato de llevar, pues las fajas de caucho facilitan nuestros movimientos, no ya en los deportes sino en las horas todas de nuestra vida.

Para las mañanas, faldas de crespón de China plisadas con esos deliciosos *sweater* que tan señalada acogida han tenido por parte de la mujer parisiense.



Sombrero de «bakon» negro con el aborno bajo el ala

(Modelo Corbet)

Los sombreros de pajas brillantes forman legión, así como los trajes de muselina; tanto, que puede decirse que en Longchamp no se ha visto otra cosa.

Para la noche, los trajes de tul siguen imperando con furor. El *moiré* aparece en el vasto horizonte de la moda y obtendrá un marcado triunfo, pues su calidad, consistente á la vez que adaptable, es insustituible para los modelos confeccionados con grandes *poufs* y cascadas de *panniers*, que ahora se inician, volviendo á la moda del pasado siglo.

Los trajes sastre como aquellos que imperaban antes de la guerra; pero con la falda por las rodillas, se ven ahora mucho en París. Se acompañan estas *toilettes* de diminutos sombreros de fieltro, generalmente en negro ó en colores neutros, y se completan con calzado de charol.

Las novias llevan al acto de su matrimonio trajes de terciopelo de estilo Renacimiento italiano.

Velos inmensos de céfiro las envuelven, como los jirones de nubes ocultan las montañas.

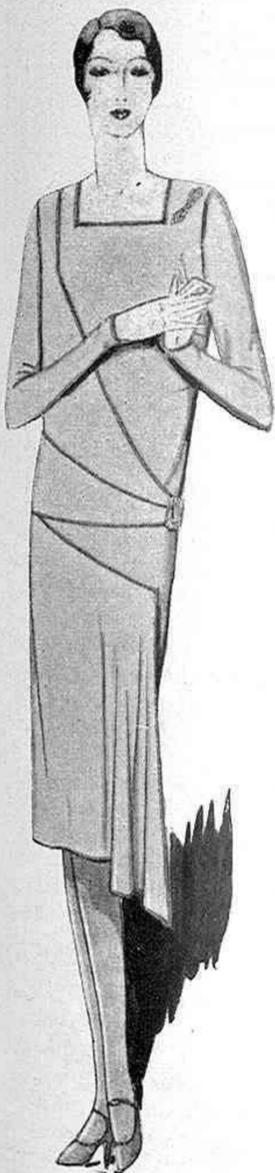
En los trajes de tarde se ve el talle en su sitio ó un poquito más bajo, cuando las siluetas son menos espirituales. Faldas de amplios vuelos, muy cortas, cuando se trata de faldas regulares; las irregulares son más largas. Echarpes, cuellos anudados, hebillas de gruesa pedrería...

En cuanto á los colores, se llevan casi todos; pero con preferencia el gris perla, violeta fuerte y verde estridente para los trajes de noche; para el día, los *beige*, los azules, negro, blanco, gris, rojos apagados y azul marino.

Las combinaciones *trois pièces*, camisa, pantalón y enagua en una sola prenda, tan prácticas



Un traje muy práctico para viaje: falda y larga chaqueta de seda estampada y jersey blanco



Vestido de crespón de seda color malva

(Modelo Vionnet)



Lindo vestido en «crêpe marocain» azul marino, con la falda más larga al lado derecho, y gran cuello de crespón blanco

(Modelo Philippe et Gaston)



He aquí una bella «toilette» de paseo: vestido de tul de seda estampado en colores vivos sobre un fondo de seda negro

(Modelo Eugenie et Juliette)

y bellas á la vez, han de ser del color del vestido, con los encajes en ocre ó blanco, según el deseo de la que la lleva.

Se ven algunas medias negras. Para ir acostumbrando nuestra vista á esta moda, se han lanzado primero unas de color topo obscuro, que han tenido bastante aceptación, sin duda porque la mujer empieza á cansarse de las de color de carne, tan en boga hasta el día.

ANGELITA NARDI

Deducciones acerca del reciente concurso celebrado en Gálveston

Á SU REGRESO DE AMÉRICA, «MISS FRANCE» CREE SER LA MUJER MÁS BELLA DE EUROPA Y QUIZÁ DEL MUNDO; EN VISTA DE ELLO, ACUDIRÁ DE NUEVO AL TORNEO DE GÁLVESTON EL AÑO PRÓXIMO, APOYADA POR UNA INTRIGA QUE TIENDE Á ELIMINAR Á LAS DEMÁS CONCURRENTES EUROPEAS

MADEMOISELLE Raymonde Allain, embajadora de la belleza francesa en el reciente concurso de Gálveston, acaba de regresar á París... «Miss France» ha obtenido el segundo premio del certamen... Es, por lo tanto, y oficialmente al menos, la segunda belleza del mundo y la primera de Francia... Y, sin embargo, cuando el magnífico automóvil que la trajo de El Havre, y que es obsequio regio ofrecido á esta reina por la casa Renault, se detuvo ante el restaurant del Bosque de Boulogne donde la aguardábamos los comisionados, los periodistas y los curiosos; cuando esta muchachota de diez y seis años, crecida demasiado de prisa, desgarrada de cuerpo y de rostro inexpresivo, apareció sonriendo automáticamente, se estableció en mi espíritu la odiosa, pero inevitable comparación entre Mademoiselle Allain y las cien mil parisienses excepcionales, dueñas de toda la belleza, de toda la elegancia y de toda la gracia, y junto á las cuales la «Señorita Francia» no haría sino un papel secundario y tan sólo podría brillar á media luz...

¿Segunda belleza del mundo? ¿De esa Italia y de esa España donde el gran Rodín afirmaba haber hallado, únicamente, el tipo de hermosura femenina comparable con las hermosuras de la Grecia clásica; de esa Alemania y esa Austria y esa Hungría que ofrecen, desde la Venus de oro hasta la Venus de bronce, una incomparable gama de belleza femenina; de esos países escandinavos donde las hijas de los wickings favorecidas por las hadas son—todas luz, rosa y nácar—mujeres de ensueño; de esa América del Norte, donde la belleza anglosajona, transformada por el vigor y la juventud de una existencia nueva, produce, sin duda alguna, la mujer físicamente más perfecta; y, por último, de esa América del Sur, donde el cruzamiento de nacionalidades ha creado la espléndida belleza porteña, y la tradición española mantiene la pura y melancólica bellena chilena?...

No... Mademoiselle Raymonde Allain es una hermosa muchacha; pero no es, ni mucho menos, la segunda belleza del mundo... Este título, así como el de primera que ostenta «Miss Chicago», pueden otorgarse, como *réclame* y á la puerta de una barraca de feria, á una señorita que acepta conscientemente tal ficción; pero no puede ser dado ni utilizado en serio, de una manera oficial, sin entrar en el dominio del ridículo ó sin prestarse á una combinación de publicidad que nada tiene que ver con la estética ni con la ética, y aun menos con cualquier aspecto posible del prestigio nacional...

•••••

«Miss France», durante la recepción en el «Bois», no dijo nada... Se limitó á sonreír con una sonrisa estereotipada y á decir muchas veces *merci*, al aceptar los cumplimientos, los elogios, el ramo de flores y la copa de champaña... No sabemos si tal reserva era efecto de las escasas dotes oratorias de la señorita Allain, ó si ésta, á semejanza de Miss Amelia Earhart, tenía concedida la exclusiva de sus impresiones... En todo caso, y al día siguiente, «Miss France» renunció á su mutismo en favor del periódico organizador del concurso, y esta buena muchacha, que no nos pareció capaz de decir, y mucho menos de escribir nada interesante, firma un largo relato de su viaje en «Le Journal», y lo hace ingenuamente convencida de la extraordinaria importancia patriótica de su misión...

«A la ida—dice—pesaban sobre mí la nostalgia de París y la angustia que me producía el grande, pero inquietante honor de tener que defender, allá, lejos, el prestigio de la belleza francesa...»

Y añade, entre otras muchas declaraciones triviales:

«—Mis compañeras y rivales europeas no eran desdeñables...»

«—Al llegar á América, «Miss Italia» fué aplaudida y cubierta de flores por un enjambre de muchachas de la colonia italiana. A mí, como á las demás *misses* de Europa, sólo nos aguardaban algunos delegados y los músicos, que interpretaron, uno tras de otro, nuestros himnos nacionales. Esto me produjo una gran tristeza; pero al escuchar de pronto las notas de *La Marsellesa* me di cuenta de que también yo iba á la conquista de un día de gloria...»

«—Mi peor recuerdo es de Méjico, donde la multitud nos arrojaba flores tan violentamente, que nos golpeaban el rostro, y donde me hicieron asistir á una corrida de toros... Abandoné la plaza á poco de comenzar el horrendo espectáculo, y lamenté no conocer el idioma español, por no haber podido expresar á gritos mi indignación...»

¿Valía la pena de que la señorita Allain escribiera ó inspirara tales manifestaciones?... Yo creo que no... Y también creo que la señorita Allain no debiera presentarse á nuevos concursos...

Pero M. de Waleffe, gran organizador de propagandas de la Moda parisiense, gran denigrador de lo extranjero en Francia y gran adulador del Extranjero fuera de Francia, y además gran paladín del *culotito* masculino y gran preboste de esa titulada «Prensa Latina» que sólo sirve para la conquista francesa de la América española; M. de Waleffe, en suma, declara en la forma presuntuosa y con el estilo pedestre que le caracteriza:

«—Mademoiselle Raymonde Allain, segunda belleza del mundo á los dieciséis años, podrá volver, el año próximo, al torneo de Gálveston. Nuestra campeona habrá embellecido con el tiempo, ya que sus únicos defectos son consecuencia de su extrema juventud. Su rostro es demasiado infantil, y su busto es aún algo frágil, en contraste con la base del cuerpo, muy desarrollada. La vida le dispensará lo que al mar dispensa la aurora cuando le ilumina y le calienta. La mujer, en tanto que no ama y no sufre, es como una lámpara no encendida aún.»

Perdonen ustedes este trozo de literatura *waleffesca*, pero es prólogo indispensable para lo que luego propone el paladín del *culotito* masculino «á la francesa...» Propone y se propone monsieur de Waleffe establecer en su periódico y bajo su dirección, acá en París, una especie de primer acto del torneo de Gálveston, primer acto consistente en una prueba internacional eliminatoria, de la que saldrá una única elegida que ostentará el título de «miss Europa»... Tan



Cuando el magnífico automóvil que la trajo de El Havre se detuvo ante el restaurant del Bosque de Boulogne, donde la aguardábamos, esta muchachota de dieciséis años, crecida demasiado de prisa, desgarrada de cuerpo y de rostro inexpresivo, apareció sonriendo automáticamente...

sólo esta elegida cruzará el Atlántico... Las demás «reinas» se volverán tranquilamente á sus países, renunciando á presentarse ante el Jurado americano... Claro está que «miss Europa» será designada por monsieur Waleffe, único definidor y perito de la belleza y de la elegancia de los tres sexos en el viejo Continente... Monsieur de Waleffe pretende tranquilizarnos afirmando que el Jurado presidido por él será internacional, también, ya que lo es la prueba; pero los que sabemos quién es y á qué móviles obedece el hombre del *culotito*, no nos hacemos ilusiones: sabemos que el internacionalismo del Jurado que él organice se reducirá á la colaboración de algunos *prensa-latinas* de su comparsa, cómplices conscientes ó inconscientes, y en todo caso dóciles á las indicaciones del jefe que les dispensa con periódica regularidad prebendas apreciables y viajes magníficos y gratuitos... Si el señor de Waleffe consigue lo que pretende, el año próximo la señorita Allain volverá sola al torneo de Gálveston y será representante única de Europa, con lo que de nuevo tendrá asegurado, por lo menos, el premio de cinco mil dólares que ha recibido ahora... Y en los futuros concursos, la elección de «miss Europa» será un negocio más sumado á los de la propaganda de la Moda parisiense y á los de captación espiritual—con todas sus consecuencias materiales—abarcados por la supuesta «Prensa Latina»...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1928.




 i sonrisa es un don de la
 P A S T A D E N S

Quien usa Pasta Dens
 sonríe mejor porque
 posee dentadura
 limpia y brillante, boca
 desinfectada y fresca
 y aliento perfumado.

Tubo grande, 2 ptas.; pequeño, 1,25
 en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.



PERFUMERÍA GAL. - MADRID

OPINIONES

El periodismo es intuición y claridad

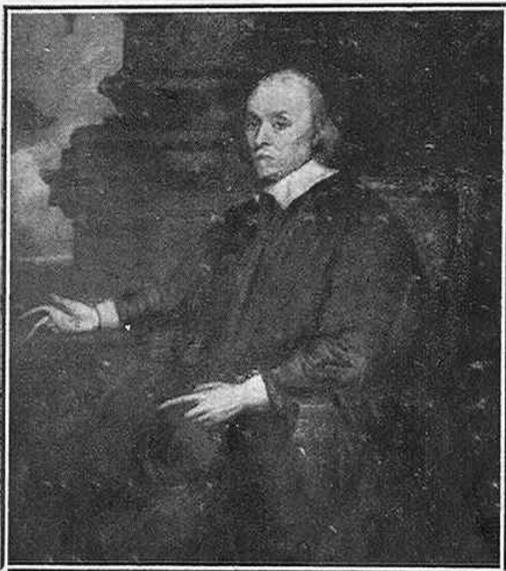
El periodismo es un arte; nace de la intuición y se perfecciona libérrimamente, sin cánones determinados, fijos. ¿Escuelas de periodistas? Nunca. Todo intento en este sentido resultaría ineficaz, baldío. Una pluma en la mano, un montón de cuartillas sobre la mesa y un gran instinto polémico ó informativo. ¿Hace falta algo más para ser un buen periodista? Sí; cultura; mas no una cultura enfática, pedantesca, tan corriente entre algunos literatos que se las dan de periodistas por el mero hecho de colaborar asiduamente en los periódicos; no, sino una cultura latente, pudorosa, sin alharacas, aunque lo suficientemente firme y arraigada para evitar al que escribe un traspies ó una caída ridícula.

Pero sobre todo intuición y claridad. Azorín, á quien si mucho hay que censurarle respecto á honestidad política, tiene, en cambio, bien ganada su categoría de príncipe en las letras españolas, en un interesante y breve artículo propugna la misma opinión, y, para concederla mayor autoridad, transcribe las siguientes palabras del gran periodista francés Luis Veuillot: «El talento del periodista consiste en la prontitud, el rasgo y, sobre todo, la claridad. El periodista no dispone más que de unas cuartillas y de una hora para exponer el problema, batir al adversario y dar su parecer; si escribe una palabra que no sea eficaz; si escribe una frase que el lector no comprenda inmediatamente, ese periodista no sabe su oficio. Que se apresure; que sea límpido; que sea sencillo. La pluma de un periodista goza de todos los privilegios de una conversación atrevida; debe el periodista usar de esa prerrogativa. Pero nada de énfasis; sobre todo, que no caiga en la tentación de buscar la elocuencia.»

He aquí sintetizado el código, en cuanto á la técnica se refiere, de un buen periodista. Límpido y sencillo. Huye de la elocuencia—dice Veuillot—, y es que sabe que emparejado con la elocuencia viene el énfasis, amigo de los períodos abstrusos para epatar á las multitudes.

.....

El tricentenario del descubrimiento de Harvey



Fué en 1628 cuando el médico inglés Guillermo Harvey dió á conocer al mundo su descubrimiento de la circulación de la sangre que abrió una nueva era en la fisiología. El importante hallazgo, del que ya había dado cuenta su autor en una serie de conferencias, celebradas en Cambridge y Londres hacia 1619, hubo de ser divulgado en su libro *De motu cordis et sanguinis*, publicado en Francfort en 1628. Para honrar la memoria del insigne fisiólogo en la fecha de aparición, hace tres siglos, de su obra fundamental, ha organizado el *Royal College of Physicians*, de Londres, con la participación de las Universidades y Centros científicos de Inglaterra, una asamblea internacional de médicos, cuyas sesiones se verificaron durante la primera semana de mayo. Nuestra ilustración presenta el único retrato auténtico de Guillermo Harvey, obra de Cornelio Janssen, que se conserva en la Real Academia de Medicina de Londres.

.....

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

Un periódico es un libro para el gran público, por lo que, consecuentemente, desde la cruz á la fecha debe ser claro; fácil á la comprensión de la mayoría. Dar á un periódico el tono de una disertación elocuente de ateneo y no de ágora, es contra-

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

FERNANDO LOPEZ MARTIN



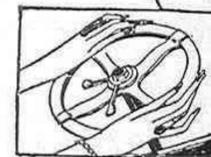
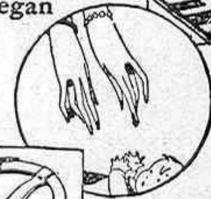
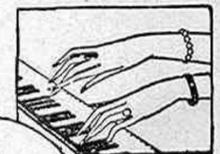
LA BELLISIMA SEÑORITA PILAR VIÑAO DUCHA

Que, después de brillantes estudios, ha obtenido, en los exámenes de fin de carrera, primer premio de piano del Conservatorio

.....

MANOS

- » que tocan
- » que acarician
- » que juegan



Suaves
y blancas manos
gracias a la

CREMA de Miel y Almendras HINDS

Reduce los poros » Sirve de base al polvo » Evita que el cutis se agriete » Impide la formación de arrugas » Alivia las quemaduras del sol » Calma el ardor de la afeitada » Alisa los dedos ásperos.

Pídala dondequiera que vendan artículos de tocador.

